

Cuando la vida dio la vuelta

Rafaela Lorca

Table of Contents

ROMPIENDO ESTAMPAS
EL VIAJE
LA CASA
LOS POLLITOS
1
2
3
4
FRASCOS DE COLONIA
5
6
7
8
9
UNA MIRADA TRISTE
LA HABITACIÓN DE LOS GATOS
EL GRAMÓFONO
10
11
12
13
EL ESTEREOSCOPIO
PROBLEMA
ENSEÑANZA DEL HOGAR
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
CHOCOLATE CON CHURROS
AMADEOS
26
27
PAPELES VIEJOS
CARTA DE LUTO
28
29
CARTA DE PÉSAME
30
31
32
El AUTÉNTICO TESORO DE ALHAMAR
EL REGRESO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

.CUANDO LA VIDA
DIO LA VUELTA

Rafaela Lorca

Cuando la vida dio la vuelta

Rafaela Lorca
rafaelalorca.novela@gmail.com
Instagram: @rafaelalorca
Facebook: Rafaela Lorca
Primera edición: marzo 2024
Sello: Independently Published
Corrección y edición: Ayelén F. Esker
Maquetación: Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs
Diseño de portada: Guillermo Kelly

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi familia de ayer
y de hoy

ÍNDICE

ROMPIENDO ESTAMPAS
EL VIAJE
LA CASA
LOS POLLITOS
1
2
3
4
FRASCOS DE COLONIA
5
6
7
8
9
UNA MIRADA TRISTE
LA HABITACIÓN DE LOS GATOS
EL GRAMÓFONO
10
11
12
13
EL ESTEREOSCOPIO
PROBLEMA
ENSEÑANZA DEL HOGAR
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
CHOCOLATE CON CHURROS
AMADEOS
26
27
PAPELES VIEJOS
CARTA DE LUTO
28
29
CARTA DE PÉSAME
30
31
32
El AUTÉNTICO TESORO DE ALHAMAR
EL REGRESO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

ROMPIENDO ESTAMPAS

Alhamar, 30 de agosto de 1995

Cada estampa que rompía era como un instante que eliminaba de mi vida anterior en aquella casa.

—¡Rotas! ¡Todas rotas! —les dije enérgica dejando caer los fragmentos sobre la mesa.

Mis hermanas me observaron con ojos atónitos, sin atreverse a seguir mis instrucciones. Una monja destruyendo iconografía sagrada no les resultaba un acto corriente. Era contradictorio, lo sé. Puede que aquello pareciera un acto sacrílego. Al comprobar su inhibición, yo misma continué el proceso cogiendo otro puñado al azar y rasgando por la mitad, sin miramientos, imagen tras imagen, virgen tras virgen, o santos cualesquiera incluidos en el montón. La tarea prometía ser ardua porque el cajón contenía infinidad de ellas en distintos formatos, en blanco y negro, color, papel mate, cartulina satinada, etc.

Argumenté, para restarle importancia, que las imágenes de la Virgen habían sido usadas hasta para anunciar chocolates o publicitar comercios locales. Para dar veracidad a mis palabras, les mostré el sello impreso en el reverso de la que tenía en mis manos y la leí en voz alta.

—No podemos hacernos cargo de todo lo que tía Flora ha acumulado durante una vida, por muy bien conservado que lo haya tenido —aseveré—. No quiero que nadie las encuentre y trate de averiguar quién ha guardado, durante cerca de un siglo, estampas de novenas, triduos, jaculatorias, bulas, recordatorios fúnebres, comuniones de niños del pueblo, postales dedicadas o anuncios.

Me abochornaba la idea de que los albañiles que se encargaran de demoler el edificio arrojaran a los escombros retazos de vidas ajenas. Temerosa en todo momento de que algún vestigio del pasado revelara lo que solo Dios y yo guardábamos, registré cada cajón antes de exponerlo a los ojos de mis hermanas. Quería evitar que ellas encontraran la quimérica carta que tanto esperé en mi juventud y que, en caso de haber existido, estaría en aquella casa. Con ello, pretendía preservar mi honor de religiosa, ocultarles a ellas y al resto del mundo cómo y porqué sucedieron las cosas.

Las tres accedieron, no por estar convencidas, sino por ser yo quien se lo pedía.

Acercaron una silla hacia la mesa sobre la que yo había colocado el cajón. Respiraron hondo, se acomodaron y agarraron tímidamente un taco de recordatorios una; de comuniones, la otra, y de novenas y triduos, la tercera. Se miraron con complicidad y procedieron a destruir aquellos objetos.

—¿Dónde echamos los trozos, Estrella? —escuché que me preguntaron.

—En estas bolsas de basura —respondí mientras buscaba el rollo entre los trapos del polvo que trajimos de casa—. Una para cada una. Así os resultará más cómodo y os cundirá más.

Cuando las vi aplicadas en la tarea, volví a por el siguiente cajón de la cómoda y, una vez revisado, lo situé sobre la mesita de velador. Lo dejé allí como esperando turno. Mis hermanas dirigieron hacia él una mirada escrutadora —sin que sus manos perdieran el ritmo—, mientras intentaban calcular cuánto tiempo nos llevaría terminar con la nueva «entrega».

—¡Ay! ¡Ese cajón es de tarjetas postales! —irrumpió una de mis hermanas entusiasmada al atisbar el contenido del mismo—. ¡Con lo difícil que era comprar una de esas para felicitar a alguna amiga en el día de su santo! Teníamos que reunir reales entre varias niñas porque ni para eso nos daban dinero.

Se levantó sin poder resistir la tentación que le producía tal cantidad de elementos tan atrayentes para ella. Sin atender a la meticulosa clasificación de las postales, entresacaba sin control las que le parecían más atractivas.

—¡No me digas, Estrella, que vamos a romperlas también! —Se indignó, mientras levantaba un puñado de ellas con sus manos.

—¡A ver, mujer! ¿Qué otra cosa podemos hacer? —le planteé, dándole tiempo a

reflexionar—. ¿Acaso podrías llevártelas a tu casa? Además, la mayoría están escritas por detrás. No sabemos qué intimidades pueden aparecer en cualquiera de ellas...

—¡Ya ves...! Pues mira lo que dice esta —Rio al tiempo que leía los versos escritos en el anverso—:

En un canasto de flores
metí mi mano dichosa
y me encontré con mi hermana
que era un manojo de rosas.
Tu hermana que no te olvida y verte desea.

Rieron divertidas.

—No puedo acarrear con todas, desde luego, en un viaje en el que tengo que cruzar España. Mi marido diría que estoy loca. Ahora bien, la que me guste, ¡me la llevo! —dejó claro antes de regresar a la tarea.

Nos reímos de su chiquillada y ella se azoró, acomodó su falda estrecha antes de sentarse para evitar arrugas y se palpó su peinado cardado y abombado por la laca.

—¡Os tocaron malos tiempos por ser las más pequeñas! —comentó la mayor, compasiva, despegándose del cuerpo acalorado el blusón de color beis—. Antes de que nacierais vosotras, Manolito y yo coleccionábamos cromos de un álbum de artistas. Recuerdo que la que nunca nos salía era la de Carlos Gardel, con lo bien que cantaba.

—¡Mira! Esta es de un cura que cantó misa en 1945. —Escuché mientras yo me afanaba haciendo pedazos varios ejemplares a la vez.

—¿Qué año has dicho? —le pregunté disimulando mi interés.

—1945 —repitió—.

El presbítero D. Ernesto Camino López celebrará por vez primera el Santo Sacrificio de la Misa en la iglesia parroquial de La Encarnación de esta villa el día 29 de junio de 1945 a las diez de la mañana (hora oficial)...

¿Lo conocerías? ¿Qué sería de él? Bueno, menos mal que ya había pasado la guerra, que si no...

—¡No te entretengas leyendo por detrás de cada una, mujer, que se pierde mucho tiempo y tenemos que irnos en el día! —le advertí con contundencia.

—¡Ay! Esta es tuya, Estrellita —exclamó muy contenta, sin tener en cuenta mi recomendación. Luego se puso en pie con la estampa en la mano y leyó—: *En tu corazón de Madre, guárdame para Jesús. Solo tendré mis amores en el Sagrario, la Cruz, en mi Madre Inmaculada y el Corazón de Jesús.*

»¡Qué bien nos lo pasamos cuando fuimos ese día a la ceremonia! Aquí dice la fecha: *Hizo su profesión religiosa el 1 de julio de 1950…*

Tuvimos que dormir la noche de la víspera en la pensión, nosotras tres y las primas en la misma habitación. ¿Os acordáis cuando la tía Carmela apareció como un fantasma para regañarnos por el jaleo que hacíamos? Al verla con el camisón de dormir y el moño suelto nos dio una risa que no podíamos parar. ¡Casi no pegamos ojo en toda la noche! Por la mañana no había quién nos moviera del sueño que teníamos. ¡Por poco no llegamos a tiempo al convento!

Las tres se morían de risa como si lo estuvieran viviendo de nuevo. Se tiraban hacia atrás, se sujetaban el pecho que traqueteaba al ritmo de sus carcajadas y se limpiaban las lágrimas... Cuando se recompusieron y su memoria regresó de aquel día memorable, añadió una de ellas:

—Y la sorpresa de tía Rosario, ¿te acuerdas, Estrella?

No contesté. Pero ¡cómo no acordarme de cada cosa!

El temor a esas remembranzas y detalles, aparentemente inocuos, que habían estado surgiendo durante la mañana, eran la causa del malestar interno que me aquejaba. Pretendía evitar enfrentarme a un pasado que abría sus barreras en el espacio y en el tiempo. Por eso, yo misma había aplazado en diferentes ocasiones la tarea que ahora nos ocupaba en la casa de las tías de Alhamar.

EL VIAJE

—La llave —pronunció tía Flora, alargando la mano mientras erguía su cuerpo con esfuerzo y enderezaba sus hinchadas piernas.

Nos reconoció en cuanto nos vio entrar a Anita y a mí en la sala de la residencia de mayores. Caminábamos, cogidas del brazo, dirigiéndonos hacia ella. La pobre enfermó de meningitis cuando tenía doce años y las secuelas marcaron su torpeza de movimientos, la lentitud y dificultad en el habla y un pensamiento que iba en disonancia con su cuerpo de mujer.

—¡Tía! ¡Un beso y un abrazo antes que la llave! —le dije al tiempo que la estrechaba por los hombros y la besaba en las mejillas—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

A continuación, la saludó mi hermana mayor, y al preguntarle que cómo estaba, Flora se encogió de hombros, metió la llave en el bolsillo y, con gesto altivo, abrió sus manos para señalar a los compañeros situados a ambos lados, denotando su disconformidad con el lugar y desdeñando a las personas con las que compartía residencia hacía ya una docena de años. Unos, acomodados en las butacas, con el rostro resignado y la mirada perdida; otros se iban incorporando según salían de desayunar ayudados por los auxiliares.

Ya conocíamos la pesadumbre que ella sentía al ser considerada como una más entre los desgraciados del pueblo.

—¡Son personas como tú, tía! —le hice ver sin conseguir más que un gesto retorcido como respuesta.

Mis hermanos Manuel y Gerardo se aproximaron guiados por uno de los residentes que se atribuía funciones de conserje, pero al que ella había considerado toda la vida el tonto del pueblo.

—¡*Mírala*, lleva todo el verano con la llave de la casa en el bolsillo esperando a los sobrinos! —voceó el hombre, y se dirigió a continuación a tía Flora—: ¡Ya los tienes aquí! ¿Has visto?

Flora ladeó la cabeza para evitar toda conversación con aquel personaje, y en cuanto creyó que no la miraba se llevó el dedo a la sien y luego a los labios para insinuar que estaba chalado y disuadirnos de dirigirle la palabra.

Buscó la abertura en la falda de su vestido ablusado y fresco. Las pintas blancas, moteadas sobre la tela negra, combinaban con su pelo ya crecido y descuidado. Sacó de nuevo la llave de bronce, grande y pesada, y agarrándola por un extremo la blandía mientras paseaba su mirada por cada uno de los cuatro sobrinos que en aquel momento la rodeábamos.

—Esta es la llave de mi casa. Allí está todo. Os podéis llevar lo que queráis. Antes de que se lo lleven ottos, como está pasando... ¡Ea...! Pocque éstas... —dijo echando levemente la cabeza hacia atrás y señalando con la vista al despacho de administración —, se llevan mi llave sin decínmelo siquiera y vuelven con ollas y cacerolas nuevecitas, todas mías.

—Bueno, tía —intervine, cómplice con la dirección—, si a ti ya no te sirven esos cacharros grandes, ¿qué hacen allí guardados llenándose de polvo? Es mejor que sean de utilidad aquí, donde se pueden aprovechar más personas.

—Pero, es que..., son míos —insistió—. Es que..., la Henmi... ¡Vaya con la Henmi!

—¿Qué pasa con Herminia? Siempre fue buena contigo —le recordé.

—Pero ya no. Un día vino aquí luciendo unos zapatos míos y yo los conocí... No se lo dije pocque ella piensa que soy tonta, pero los conocí, eran los *mismiticos*, los míos.

—Eso te parecería a ti, mujer, pero hay muchos burros del mismo pelo —intentó suavizar mi hermano Manuel.

—No, no. Al día siguiente le dije a la chica que está por aquí que si podía acompañamme a la casa pocque como está tan cecca y yo entonces tenía penmiso para ir cuando quisiera, fuimos las dos. En el teccer escalón, según se baja, yo tenía esos zapatos en su caja, liados en su papelillo fino y todo... ¡Ea! Ya no estaban. La caja vacía.

Ante su gesto de satisfacción tras exponer los evidentes indicios, no comentamos más

el asunto.

La tía eligió a Manuel para entregarle la llave. Este la tomó diciéndole que, cuando termináramos, se la devolvería. Ella asintió con un gesto de derrota, se sentó y se abanicó con un cartón que guardaba en el lateral del asiento.

—Cómo ha sabido reconocer lo que hiciste por ella, Manolito —manifesté a mi hermano mayor mientras lo tomaba del brazo en dirección a la salida.

—Ya ves, la pobrecita. No tenía ni carnet de identidad, y hubo que hacérselo para que pudiera cobrar una pensión de beneficencia o solicitar la residencia de mayores, ya que reunía todos los requisitos exigidos. Resultó ser tan pobre y necesitada como la que más del pueblo —dijo Manuel, recordando apesadumbrado la situación en la que se había encontrado a tía Flora cuando se quedó sola.

Hasta ahora ninguna persona había podido influir en ella para que nos cediera algún mobiliario u objeto de su casa. Se trataba de sus bienes más preciados, ante los cuales ella había ostentado su poder. Nunca permitió que los tocaran y hasta seleccionaba qué personas eran dignas de que les mostrara sus cosas.

Desde hacía tan solo unos meses, al parecer, comenzó a sentirse derrotada y decidió entregarse, como si de una inmolación divina se tratara, empujada por el miedo a que se lo llevaran los otros.

Según nos contó el personal de administración, tras aquella trascendental decisión, cada día pedía ayuda para asomarse a la calle desde la portería del edificio, e intentaba vislumbrar si en la puerta de su casa había un camión, encargado por sus sobrinos, para vaciar la vivienda.

La espera debió convertirse en una tortura ante el sacrificio que suponía para ella sentir su hogar deshecho, su esencia desperdigada y su estirpe exterminada.

Ese momento tardó en llegar porque yo temía el viaje a Alhamar y el encuentro con la casa. Pero el tiempo de mis vacaciones en Jácara se agotaba y antes de regresar a América, era necesario cumplir con la tarea para la que mis hermanos me habían estado esperando desde hacía más de seis meses.

Por fin, en el transcurso de una de las habituales y placenteras cenas familiares del mes de agosto con hermanos, cuñados y sobrinos decidimos la fecha para ir al pueblo de nuestros antepasados. Quedamos en salir temprano, con la fresca, para aprovechar bien la jornada y evitar el calor.

Para mí, el acontecimiento no tenía el matiz divertido que parecía suponer para mis tres hermanas, ni el cometido de ayuda física por el que acudían mis hermanos. A ellos, la eventualidad a la que nos disponíamos a hacer frente les despertaba escaso interés.

Ninguno de ellos sentía la responsabilidad que pesaba sobre mis hombros. Solo yo viví en la casa de Alhamar con los tíos y solo en mí depositaron expectativas respecto al cuidado de su vejez. Una condición tácita ante la que me rebelé en mi juventud. Las consecuencias que ello trajo consigo, sacudían mi conciencia cada vez que en mis pensamientos se hacía presente la deriva de sus desgraciadas vidas. Situación esta, considerada como una obligación moral para con mis tíos y que, sin embargo, yo había desatendido.

Por eso, durante el trayecto en el coche de Manuel, fijé mi vista en la ventanilla y contemplé, con la cabeza llena de recuerdos y pesar, los campos segados en la llanura, las manchas oscuras de los olivares, agarrados a los montes a los que nos acercábamos. Gerardo, desde su asiento delantero, se giró hacia atrás lanzándonos una mirada traviesa bajo sus párpados hinchados, y se rio complacido al vernos a las cuatro ajustadas en el asiento trasero como sardinas en lata. Mis hermanas parecían felices, como niñas en busca de aventura. Yo asomé la cara hacia el exterior. Preferí aparentar que necesitaba el aire fresco para combatir el mareo de las curvas de la carretera que, como una cinta métrica, larga y oscura, serpenteaba en torno a la montaña. Esbocé un gesto de beatitud un tanto indolente, mientras ellas disfrutaban de sus ocurrencias y, entretanto, olvidaban sus pesadumbres. Sin embargo, mi serenidad cedió terreno a la inquietud a medida que comencé a divisar, en la lejanía, el blancor del pueblo derramado sobre la colina. Desde una atalaya natural, la torre de la ermita, dorada y tosca, parecía recortada en el cielo azul.

En aquella mañana de verano se sentía el frescor y el olor a humedad al bordear el arroyo, oculto tras la alameda. Un cosquilleo en mi interior y un forcejeo mental comenzaron a adueñarse de mi ser.

Cuando tía Flora nos entregó la llave, el símbolo de su más preciado bien, dejaba expuestas las posesiones que fueron la razón de su existir en este mundo. Con ella en nuestro poder, quedaba expedita la entrada a su particular vida, pero también a ese espacio que mi corazón había cerrado hacía medio siglo.

A la salida de la residencia, mi mano acarició las columnas que flanqueaban el pórtico del que fue el antiguo hospital. Pasar bajo su umbral no me dejó indiferente. Parecía emanar efluvios del pasado. No supe determinar si era el olor especial, el color gris o el tacto fresco y alisado de la piedra a la que me gustaba tocar como a una vieja amiga que sabía mucho de mi vida. Sin embargo, eran capaces de transportarme como una puerta del tiempo a vivencias que marcaron el rumbo de mi destino.

LA CASA

En aquella hora temprana, el sol parecía el punto de fuga en el que convergían las aceras empinadas tan propias del pueblo construido sobre un monte desde el que se divisaba un mar de olivos.

Los seis hermanos marchábamos por la acera, en una hilera de a dos, hacia la casa de tía Flora. Íbamos dejando atrás los maniquíes del escaparate de una tienda de modas, la oficina de una sucursal bancaria, un supermercado en los bajos de un edificio nuevo, pero la farmacia permanecía en el mismo lugar de siempre. No pude evitar echar un vistazo al interior y aunque la puerta y el aparador habían sido sustituidos por otros de estilo moderno, el olor que emanaba aquel espacio era idéntico al que mis sentidos recordaban y casi confunde mi mente. Me pareció que en ese instante mi querida amiga Josefina, la niña de la botica, se haría presente para cogernos del brazo y callejear por el pueblo con nuestra alegre ingenuidad.

Gloria y Juli, las hermanas menores, encabezaban la hilera. Charlaban sin cesar sobre su acontecer cotidiano. La distancia que las separaba, por su lugar de residencia, propiciaba encuentros anuales muy prolíficos en términos de conversaciones y desahogos familiares. Estaban envejecidas por el paso de los años. Sus cuerpos rechonchos y su andar lento se asemejaban a los del resto de nosotros..

—¡Parad, niñas! —dijo Manuel.

—¡Es aquí! —voceó Anita, que por ser la primogénita se permitía advertir a sus hermanas ante cualquier situación sin que ellas se disgustaran— ¡Míralas! Con la charla no se dan ni cuenta y pasan de largo de la casa.

Ellas alzaron la vista con la mano como visera para reconocer los balcones. Para mí no hubo lugar a duda. La casa mantenía su fachada blanca, ahora desconchada; la persiana del comercio oxidada y torcida, y a la derecha de la entrada la ventana donde, en su tiempo, había existido el estanco. Ahora, la vivienda se destacaba como un paréntesis en la hilera de edificios nuevos o remozados que la enmarcaban. Seguía soportando sobre sus cimientos el tiempo transcurrido. La suciedad y el descuido daban cuenta del abandono al que la había sometido su última moradora.

Manuel sacó la llave que la tía Flora le había entregado y yo pedí fuerzas al Cielo para que el pasado no engullera la paz de mi espíritu.

El ojo de la cerradura estaba taponado con papel arrugado que pudieron desatascar. La madera agrietada y seca crujía mientras mi hermano intentaba abrir la cerradura que se resistía. Un vecino, alertado por el inesperado zarandeo en la casa deshabitada de Flora, se asomó a la calle y, al reconocernos a Manuel y a mí, nos saludó y se acercó para ayudarnos con el intríngulis de la cerradura, como tantas veces había hecho con la anciana cuando el efecto del calor le impedía abrirla.

El olor a cerrado, humedad y suciedad nos provocó gestos de desagrado a medida que cada cual entró en el portal oscuro. Lo iluminaba únicamente la luz que penetraba a través de las vidrieras del patinillo, ahogado este por la altura de los edificios colindantes a su espalda. A la izquierda, una puerta cerrada con candado daba acceso a la tienda. Sobre el pavimento se encontraban restos de cuero, hormas de zapatos, suelas de goma polvorientas... Al fondo arrancaba la escalera de acceso a la vivienda.

Las losetas de los peldaños, en su tiempo impregnadas de aceite de linaza, habían perdido su brillo y su olor. Ahora se movían a nuestro paso ocasionando un traqueteo que nos advertía de la inseguridad del suelo que pisábamos. Me dirigí a la derecha donde estaba el comedor, la cocina y el cuarto de arreglarse. La luz eléctrica estaba cortada y llegué a tientas hasta uno de los balcones. Busqué el pestillo y tiré con fuerza. Desencajé las hojas de madera hasta que quedaron abiertas de par en par. Corrí por completo las cortinas de damasco rojo, ahora tiesas por el polvo que caía como una nube desde la galería de madera que las enmarcaba. El resplandor penetró a raudales desde el exterior haciendo visible una estela de partículas de polvo que flotaba entre la luz y la oscuridad, a la vez que la sala renacía iluminada.

En apariencia, ofrecía un aire sosegado. Todo estaba en perfecto orden. Una mecedora

junto a cada balcón y las sillas alrededor de la estancia. No pude evitar dirigirme a la mesa de comedor y al canastillo de cristal tallado en el centro de la misma. Dentro del recipiente de vidrio permanecían las frutas artificiales, dispuestas como una composición pictórica. En mi mente pareció resonar la voz de una de mis tías reprendiéndome al tocarlas, tal como había ocurrido el primer día que llegué a esta casa de la mano de mi abuelo paterno.

Yo tenía siete años y apenas recordaba a las dos hermanas solteras de mamá residentes en Alhamar. Sus nombres, Rosario y Flora, me resultaban familiares por haber escuchado hablar de ellas, mas no por haberlas tratado. Me ofrecieron leche y galletas que probé con desgana, a pesar de haber madrugado bastante para tomar el tren. El abuelo se despidió presuroso alegando como pretexto la visita a otros parientes. Dejó una talega de lienzo junto a la escalera al tiempo que bajó hacia la calle.

Recuerdo que me quedé a solas con tía Flora. Me llevó de la mano a otra habitación para enseñarme un Niño Dios que tomó del repostero. Una vez en sus brazos, lo bajó a mi altura para que le diera un besito antes de devolverlo a su lugar. A continuación y, quizá con más cuidado aún, me mostró una muñeca muy bonita de porcelana china con largos tirabuzones y un gorrito de encaje. Me permitió darle otro besito antes de sentarla, sujetarla al espejo y arreglarle con esmero el sedoso vestido rojo. Había pasado tanto tiempo desde aquella aparente visita…

Ahora, al palpar el melocotón sin temor, comprobé que mantenía su textura, semejante a la pelusilla de los de verdad. Sentí que los objetos del cuidado hogar de mis tías, habían perdurado en el tiempo y sobrevivido a su memoria.

LOS POLLITOS

Crucé la meseta de la escalera para adentrarme en el ala izquierda de la casa, seguida de mi hermana Juli.

—Yo no sé por dónde vamos. No sé si alguna vez estuve aquí y, si así fue, sería muy pequeña y no lo recuerdo —comentó Juli.

—A esta habitación le llamábamos el gabinete —le dije entrecortando las palabras por la tos. Me vi enredada por el cortinaje y los madroños que lo ribeteaban.

La luz nos permitió ver el desvaído color verde de la tapicería del canapé y resaltó las manchas del espejo enmarcado del repostero. En él se reflejaba el Niño Dios, vestido con su canesú de delicadas vainicas y bodoques perforados, sobre su cuna de pajas.

—¡Qué raro que no esté la muñeca de porcelana en su sitio! —dije echándola de menos.

—La guardarían en otro lugar para protegerla de tanto polvo, mujer —dijo Juli fijando su mirada en la vitrina del aparador.

—¿Dónde estará? —me pregunté, relacionando la sospecha de tía Flora sobre la desaparición de los zapatos.

Yo pensaba en el hueco de la muñeca ausente y Juli, desconocedora de su belleza, se fijaba en la presencia de otros objetos a su alcance.

—¡Dios mío! ¡Qué cosas tan bonitas hay aquí! ¿Las sacamos para verlas mejor? —preguntó, esperando mi asentimiento para abrir las puertas de cristal—. ¡Qué pollitos! Parecen de verdad. Igual de grandes en tamaño que cuando salen del cascarón, y ¡fíjate!, al tocarlos parecen de terciopelo... ¡Son preciosos! ¡Pocas niñas tuvieron juguetes como estos en su época!

Busqué la llave de dar cuerda y la introduje en un resorte oculto entre las patitas de cada pollo. El mecanismo se puso en marcha y los animalitos comenzaron a moverse dando vueltas a la vez que picoteaban, imitando a los de verdad.

Mi niña interior también cobró vida con el olor rancio del terciopelo amarillento y anticuado. El sonsonete de patitas metálicas vibrando sobre el tablero de la mesa baja me atraían con un magnetismo ancestral.

Aquel ritmo mecánico de sus movimientos acompañaba mis sollozos infantiles. Al cesar los meneos de aquellos tres artefactos cuando la cuerda se agotaba, también se apaciguaba mi llanto y los pollitos debían regresar a la vitrina. Ocurría al atardecer, cuando tía Rosario aún estaba despachando en su mercería de la planta baja y tía Flora rezaba el rosario en el reclinatorio de su habitación. Yo me pasaba largo rato en el balcón oteando, desde mi atalaya de hierro forjado, la aparición de una figura corpulenta y cansada que ascendería, despacio, la calle que conducía a la casa. Cuando sus pasos estuvieran cerca, yo lo reconocería y lo llamaría: «¡Abuelo!».

Entonces, correría a mi habitación a recoger mis cosas. Metería mi ropa y los zapatos nuevos en la talega de lienzo que guardaba debajo del colchón. Bajaría las escaleras a toda prisa. No debíamos entretenernos para no perder el tren de retorno. Agarraría su mano, grande y áspera, y no me soltaría de ella por nada del mundo hasta que me llevara de vuelta a casa.

Cuando oscurecía recordaba, una vez más, que tía Rosario ya me había dicho que, de noche, no llegaban viajeros al pueblo porque los trenes no paraban en la estación y los caminos estaban negros como boca de lobo. Pero yo, a pesar de saberlo, cada día alimentaba la esperanza y cada anochecer volvía a sentir desilusión y pena.

—¡Mamá..., mamá...! —invocaba inútilmente—. ¡Quiero irme con mi mamá, llevadme a mi casa! ¡Vamos a Jácara con mi mamá..., quiero ir con mi mamá!

Comenzaba a hipar y no podía contener los pucheros hasta que las lágrimas se derramaban y lloraba amargamente. Tía Rosario me escuchaba y subía a buscarme.

—¡Ven acá, mi niña, no llores tú! ¡Vamos a ver los pollitos! —decía tía Rosario, y me tomaba de la mano para ir hasta el gabinete. Los sacaba, uno a uno, y luego les daba cuerda para que yo me distrajera contemplándolos.

—¡No los toques, que se estopean! —advertía tía Flora mientras se acercaba con su caminar desequilibrado y lento cuando se percataba de que alguien estaba usando sus

cosas—. ¿Por qué lloras otta vez, Estellita? A las niñas que lloran por capichos no las quiere el Niñito Jesús, ¿sabes?

Ella llamaba caprichos a mis penas. Un día me contó que ya no se acordaba de su mamá porque se murió cuando tenía cinco años.

—Te tienes que confommar, Estellita, pocque mi mamá está muetta de veddad y la tuya no.

Tras escuchar las palabras de tía Flora, yo bajaba la mirada y parpadeaba para aclararme la visión y las ideas. ¿Por qué no estoy con mi mamá?, pensaba entonces. Si todos mis hermanos están con ella, ¿será que a mí no me quiere? ¿Qué pude hacer de malo para que a mí no me quiera como a los otros?

Buscaba en mi memoria algún momento en que mi conducta no hubiera sido correcta, algún gesto de mala educación o alguna travesura cuya penitencia consistiera en separarme de ellos. ¡Extrañaba tanto a Manolito..., a las pequeñas, tan ajenas a la realidad y despreocupadas entre risas y llantos!

Ya había perdido la cuenta de los días que llevaba sin verlos. Suspiraba y me secaba las lágrimas porque escuchaba a tía Rosario batir los huevos en la cocina para la tortilla de la cena y sabía que pronto me iría a la cama. Tras la noche, amanecería de nuevo. Tal vez, ese sería el día de mi regreso a casa. Deseaba con toda mi alma abrazar a mamá, sentir su calor, ayudarla y jugar con mis hermanos.

—¡Nos los llevamos para que los vean mis nietos, seguro que les gustan! —decidió Juli, y apartó los pollitos para dejarlos en un extremo de la mesa—. También me llevo las figuritas de este belén. ¡Les encanta hacer nacimientos!

—Tienes que tener cuidado. Están hechas de barro y se rompen con facilidad —le advertí sacándolas con esmero y situando pastores, soldados romanos, casas y animales sobre la mesa para contemplarlas mejor.

—¡Chicos! ¿Me escucháis? —voceé llamando a mis hermanos desde la meseta de la escalera.

—Sí. ¿Necesitáis algo? —contestó Manuel—. Estamos intentando abrir la puerta del patinillo que roza con el suelo.

—Cuando os venga bien, a ver si podéis conseguir cajas de cartón en alguna tienda para ir metiendo las cosas que queremos llevarnos.

—¡A mandar!

1

Alhamar, junio de 1922

Cebrián, el Palomo, detrás de su mesa de zapatero, parecía mirar atento la entrada de clientes en el comercio de la acera de enfrente. Entre tanto, embalaba con papel recio un par de alpargatas y lo aseguraba con hilo de bramante para una señora que recogía su encargo. Sus dedos gordezuelos actuaban con agilidad a la hora de cruzar la cuerda por detrás y lazar el nudo escurridizo del paquete, lo que le permitía mantener el foco de su atención más allá de la cristalera de la puerta. No le importó que la mujer lo entretuviese contándole la falta que le hacía a su marido un calzado nuevo y lo contento que se iba a poner cuando las viera, o que le traería otros zapatos para que le remendara las suelas.

Cebrián, alto y fornido, era el segundo hijo de los tres varones del viejo y viudo Palomo. Estaba salido de quintas, al igual que su hermano mayor, y tanto a uno como a otro el galanteo a las mocitas no les salía de sus adentros. Por ello, el primogénito andaba aún soltero y el siguiente no atinaba con la forma de conquistar a Lucía. Se limitaba a ubicarse, a la hora conveniente, ante la fachada de su casa, firme y crecido, inflando la pechera cual palomo buchón, de donde procedía el apodo familiar. Con ello pretendía que la joven se fijara en él y quedara prendada de su apostura. Cada día quería encontrar, en el saludo cordial que ella le concedía como vecino de su familia, un gesto de mujer seducida.

Era la hora en que la muchacha solía visitar a sus hermanas maternas tras el fallecimiento de su padrastro. Acostumbraba entrar por el estanco de Gabriel, el hijo del recién finado, para no molestar a Rosario, la mayor de las hermanas, haciéndola bajar desde el piso superior para abrirle la puerta.

Se trataba de unos instantes fugaces pero a él le proporcionaban alimento espiritual para la jornada de trabajo que le esperaba en el taller familiar. Tal era la pasión escondida que sentía por la muchacha.

De repente, se incorporó del asiento, se desató el nudo del delantal y sacó el peto por la cabeza. Dejó la prenda sobre la silla baja de enea y cortó en seco la cháchara de la mujer, que de todas formas no iba a pagarle hasta que su esposo cobrara el jornal. Salió a la calle antes que la cliente y se plantó en el lugar acostumbrado.

—¡Buenos días! —dijo, llamando la atención de Lucía antes de que entrara en el lugar al que iba con el pipo de agua pendiendo de su mano— ¡Parece que hoy llegas más tarde...! Te has retrasado arreglándote para venir, ¿no?

—Buenos días —contestó lacónica, y subió el escalón de entrada con celeridad, disimulando la contrariedad que le producía la presencia de Cebrián, el Palomo, y más aún sus insulsos comentarios.

Él se daba por satisfecho con las breves frases que había sido capaz de dedicar a la chica. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, lo enderezó y lo colocó entre sus labios gordos y en exceso carnosos. Hoy le tocaba pedir fuego en el estanco, ya que el día anterior compró varios cigarrillos sueltos. De este modo encontraba la excusa para entrar en el establecimiento, al menos, para oler el rastro de la pretendida mujer.

—¡Buenos días, Gabriel!

—¡Buenos días! ¿A por fuego? —preguntó con sorna Gabriel mientras encendía el mechero de yesca.

—¿Dónde fumar mejor que en un estanco? Desde aquí vigilo el negocio y en caso de que entre alguien, en un salto estoy allí atendiéndolo —respondió sin apuro el Palomo mientras prendía el cigarro— ¿Me dejas *El defensor de Granada* a ver qué dice hoy?

Gabriel cerró el periódico que estaba abierto sobre la mesa del rincón. Se lo alcanzó por encima del mostrador y se dispuso a atender a un chaval que pedía una cajita de mixtos. La bocanada de humo que acababa de exhalar se interpuso entre la primera página y sus ojos redondos que entrecerró unos instantes.

—¡Hombre! ¡Las Fiestas del Corpus! —se regocijó leyendo el titular y continuó con los

subtítulos a media voz, hasta que soltó una carcajada hilarante que reprimió al tiempo que vio el botón negro que, en señal de luto, lucía Gabriel en el ojal del bolsillo de la camisa— El tren botijo..., el tren botijo... ¡Mira el nombre que le han puesto al tren de los catetos que van a las fiestas!

—Sí, tú ríete mucho —le reprochó Gabriel, obviando su olvido—. Pero ya quisiéramos en el pueblo recibir un tren botijo como ese. Las estanterías se me iban a quedar vacías y habría cola para entrar a comprar tabaco. De paso, ¿quién te dice que no comprarían una postal con su sello para mandarla a un familiar de recuerdo? ¡Un negocio!

—¡Y estos del *Concurso del Cante jondo,* la que van a liar...! —dijo el Palomo, tal cual iba leyendo por encima las noticias—. Por más que quieran ponerlo, no deja de ser el cante de los gitanos.

—¿Dónde dice eso? Yo he leído esta mañana el programa de fiestas pero no lo he visto —preguntó Gabriel, extrañado.

—Pues, aquí detrás, en los *Telegramas y telefonemas* —respondió ufano, mostrándole la página—. No me voy a inventar yo la noticia. ¡Listo soy, pero no para tanto!

—Déjame verlo —dijo Gabriel, y colocando el periódico sobre el mostrador, ambos completaron la lectura del artículo.

—¡Mil pesetas! ¡Premios de mil pesetas! —vociferó el Palomo, molesto, retirándose del diario—. Pero, ¡dónde vamos a llegar! ¡Si con mil pesetas se puede llegar a ser hasta soldado de cuota y ahorrarse tiempo de servicio militar! ¡Qué barbaridad!

Su indignación y efusividad no le permitieron advertir la presencia de su padre y, a la sazón jefe, acercándose hacia él con gesto vehemente. Reprimió los aspavientos de sus brazos, tiró el cigarrillo al suelo y con gesto serio intentó justificarse.

—¡Que no son horas de estar *jumando*! ¡Que te lo tengo dicho! ¡Estas son horas de trabajar, así que tira pa' casa y a darle a la lezna! —soltó el Palomo buchón padre, enfurecido—. ¡Vamos, endereza!

Cebrián, en cuanto vio de espaldas a su padre saliendo del estanco, se agachó para recoger el cigarro, apagarlo, retirarle con cuidado la ceniza y guardarlo en el bolsillo de la camisa. Bajó el escalón del establecimiento y notó el calor de mediados de junio. Tenía sed y se acordó del agua fresquita que llevaba Lucía a sus hermanas y del propósito de su visita a Gabriel. Volvió la cabeza para despedirse de él, encogió los hombros y le dijo: ¡Qué le vamos a hacer!

2

Lucía subió a ver a sus hermanas y colocó el pipo sobre un plato, en la mesa de cajón de la cocina.

Ella sabía que a Flora le encantaba el agua que fluía de forma inagotable cayendo al pilón del patio donde ella vivía con su tía.

—¿Cómo estáis esta mañana? —les preguntó, besándolas con ternura.

—¡Cómo quieres que estemos! —contestó Rosario, resignada, entornando un poco la hoja abierta del balcón.

—¡*Bian*! —respondió Flora con gesto neutro mientras sobaba el cuello del gato blanco y negro que sostenía entre sus brazos— ¿Me has taído agua fesquita, veddad?

—¡Sí! —afirmó Lucía sonriente, apretando los hombros de Flora que estaba recostada en la mecedora, aún con el camisón de dormir—. ¿Cómo no le voy a traer agua a la flor más delicada?

Se dirigió a la cocina y tomó por el asa la vasija y luego un vaso sobre el que vertió el agua por el gollete. Se la ofreció a Flora que le dedicó una sonrisa agradecida de niña mimada al sentirse complacida en sus deseos.

—¡Es que está..., vamos, para qué decir de buena! —comentó después de beberla.

—¿Quieres tú también, Rosario? —le ofreció.

—Ya que estamos —asintió—. Pero a mí no me la eches en vaso. Me gusta más como se ha bebido toda la vida.

Rosario empinó el pipo al tiempo que abría la boca para recibir el chorro de agua que, según decían, estaba más fina y dulce que las de otras fuentes.

—¿Habéis desayunado bien? —preguntó Lucía, preocupada por la salud de sus hermanas en los días críticos tras el fallecimiento de su padre.

—Sí, eso sí. A pesar del luto, el apetito no nos falta —dijo Rosario, que lucía un atuendo negro de pies a cabeza.

Lucía esbozó una sonrisa, consciente de que su vestido era de medio luto como correspondía al parentesco. Al fin y al cabo el segundo esposo de su madre, a la vez padre de sus hermanas, no era un familiar de sangre. Tampoco había convivido con ellos en el mismo hogar. Teresa, su tía paterna y soltera, la despegó de las faldas de su madre para que no interfiriera en el nuevo matrimonio y se la llevó a vivir con ella cuando aún no había cumplido tres años. Las visitas entre las cuñadas para que la niña no perdiera la relación con su madre se realizaban a diario. El bueno de su marido dejaba pasar ese asunto porque él mismo, de igual manera viudo de sus primeras nupcias, aportaba un hijo de su anterior matrimonio; Gabriel, el cual permaneció junto a él en el mismo hogar y con su nueva esposa.

—¿Cuántos días tienes pensado mantener la mercería cerrada al público? —preguntó Lucía dirigiéndose a Rosario—. Ya me han preguntado algunas en la calle porque necesitan hilos para seguir con sus labores.

—Pues como mañana, jueves 15, es festivo por ser el día del Corpus Christi, y en dos días ya es domingo... Creo que la dejaré hasta el lunes 19. Pero ese día, sin falta, abro la tienda.

—¿Iremos mañana a ver los attares del día del Coppus en las calles? —preguntó Flora excitada.

—¡No, hija, no, estamos de luto! —replicó rigurosa Rosario—. Ni siquiera nos asomaremos a los balcones cuando pase el Santísimo. Los dejaremos abiertos, eso sí, para que entre la Gracia de Dios. Otro año saldremos a ver los altares, si Dios quiere.

—¡Yo quiero ir! —insistió Flora con voz quejosa—. ¡Papá me llevaba siempre y hasta que no veíamos el *ultimico* no volvíamos a casa!

—¡Y qué le faltó a papá hacer por ti! —Suspiró Rosario—. No hubo cosa que no hiciera desde que te dio aquella meningitis tan mala que por poco te lleva después de morir mamá. Los paseos diarios, a la mejor hora del día, ya fuera invierno o verano, cuando apenas podías andar... En fin, para qué recordar ahora lo que pasamos. ¡Vamos a pensar en lo grande y hermosa que te has puesto, con tus casi 20 años, la edad más bonita!

En tanto que Rosario conformaba a Flora para que no siguiera pensando en ver los altares, Lucía se fijaba en una carta con orla de luto reclinada sobre el jarrón del velador. Rosario notó su interés y no tardó en insinuarle que la sacara del sobre.

—¡Ya está abierto el sobre! Sácala y la lees. Es de Alejandro —le dijo mirándola con dulzura—. Se ha debido enterar de lo de nuestro padre y ha escrito dirigiéndose a mi hermano Gabriel para darnos el pésame.

—Se lo mandé a decir yo misma —dijo Lucía, emocionada—. Le puse un telegrama. Como su hermano es el que está en *Teléfonos y telégrafos*, me daba más confianza. A mi tía le pareció bien que lo hiciera, sabiendo que habían sido conocidos de toda la vida.

—Sigue inválido el pobre Juan, ¿verdad? ¡Pobrecito! Con lo buen mozo que se hizo y la mala suerte que tuvo… —recordó Rosario y prosiguió indagando—. Entonces, la familia de Alejandro, ¿sabe ya lo vuestro?

—Pues no sé, es posible... ¡Me da vergüenza pensarlo! Pero yo creo que esto va en serio, que es un querer verdadero. Cuando lo miro a los ojos buscando sus intenciones solo veo bondad, entusiasmo y algo que no se puede explicar pero que me atrae hacia él como un imán.

—¡Ay! Me vas a hacer llorar. ¡Con lo fácil que tengo ahora la lágrima! —gimoteó Rosario y sacó un pañuelo para secarla.

—Ojalá que cuando pase el luto encuentres a alguien que llene tu vida —le deseó Lucía.

—¡Ay, Lucía! Yo no soy tan bonita como tú. No tengo tu cintura, ni tu pelo rizado, ni esos ojos azules... Cada una es como es. Además, todo el mundo sabe que quien me quiera, tiene que quererla también a ella —dijo en voz baja y ambas dirigieron una mirada cómplice a Flora—, y nadie quiere cargas. Eso lo tengo asumido. Pero, volviendo a lo de antes, ¿qué dice tu tía de lo vuestro?

—Mi tía quiere verme casada antes de morir. Es la única ilusión que tiene a estas alturas. Ella conoce a Alejandro y a su familia desde que eran niños y sabe que no me voy a equivocar. Cuando me ve contenta, ella sonríe y no le hace falta más para comprender cuál es el motivo de mi alegría. Y ya ves, con lo malita que está, cualquier día me deja también... —dijo sollozando, y se dejó limpiar las lágrimas por su hermana —.

—Lee ya la catta que se te va a ovvidar —cortó Flora.

—¡Eso, eso, muy bien dicho! ¡Mira, cómo está en todos los detalles! —dijo Rosario.

Lucía respiró hondo y leyó la carta que permanecía aún entre sus manos:

Jácara, 12 de junio de 922.

Estimado amigo Gabriel:

Enterado de la muerte de su querido padre (q. e. p. d.), le doy el más sentido pésame y me asocio a su dolor, deseándole le dé Dios mucha salud para hacer bien por su alma en todas sus oraciones, como así mismo a sus queridas hermanas.

Sin otro particular, Dios le dé fuerzas para sobrellevar tan grande golpe y mande a su afectísimo amigo,

Alejandro

Al terminar de leerla, Lucía se quedó embelesada contemplando la perfecta caligrafía y el arabesco de la rúbrica bajo ese nombre amado. Volvió la hoja, pero las siguientes carillas estaban vacías. En ellas quedaban tan solo las rayas impresas de los renglones esperando, como ella, más palabras procedentes de esa misma mano al dictado de su corazón.

3

Alhamar, diciembre de 1922

Las esmeraldas son verdes, verde el color del que espera...

Los versos de Bécquer resonaban en la cabeza de Lucía mientras bordaba en el bastidor bajo la ventana, sentada en la silla baja junto al fuego de la chimenea. Diciembre iba llegando a su final y ella esperaba la llegada del nuevo año con anhelo. Alejandro vendría a formalizar su relación de manera oficial. Hablaría con su tía, que no cabía en sí de gozo. Podrían pasear juntos sin esconderse. Por el contrario, podrían irradiar la alegría de estar juntos, exhibirse el uno al lado del otro, ostentar su amor, pregonarlo a los cuatro vientos.

Un chasquido en el cristal de la ventana la sacó de sus pensamientos y demudó una sonrisa que ni siquiera era consciente de tener en sus labios. Se levantó para apartar el visillo y no encontró nada ni nadie tras la ventana. Regresó entonces a su asiento y prosiguió pasando la aguja una, dos y tres veces por los hilos del calado. De nuevo un golpecito en el cristal hizo que clavara la aguja, asegurándola en la tela, para levantarse y dejar la labor sobre el cojín de la silla.

En aquel momento, Cándida, la mujer que siempre ayudaba a su tía en las tareas de la casa, entró de la calle como impelida por la ira.

—¡Pues no que me encuentro al más grande de todo el pueblo, tirando piedrecitas a la ventana como si fuera un niño chico!

—Eso era lo que yo iba a mirar en este momento —dijo Lucía—. ¿Quién dices que es?

—¡El Palomo buchón, ese, el del zapatero! —dijo Cándida—. Que le ha crecido todo menos el talento.

Lucía intuía que se trataba de un intento más de demostrar sus pretensiones hacia ella, pero solo se ganaba su repulsa.

Otro chinazo y, sin ponerse de acuerdo, las dos mujeres, que se encontraban aún en el zaguán, salieron a la calle a enfrentarse con tan estúpida hazaña. El Palomo se sonrió al verlas.

—¡Por fin sales! —dijo desde la acera de enfrente—. Ya me imaginé yo que saldrías a la de tres.

—En esta casa tenemos una puerta con llamador, y si alguien necesita vernos, lo utiliza como Dios manda —le espetó Cándida.

—¿De cuándo son estas las maneras de pretender a una mocita? —se inmiscuyó la vecina de enfrente, sorprendiéndolo a sus espaldas.

—¿Qué quieres, Cebrián? —preguntó Lucía, desafiante—. Si es conmigo, acércate. No me gusta hablar a voces.

El Palomo se acercó, embuchado y sonriente, convencido de su logro.

—«El que la sigue, la consigue» —dijo el mozo, acudiendo al refranero.

—Has conseguido que te escuche —pronunció Lucía, solemne—. ¿Qué quieres decirme?

Cándida abría los ojos asombrada al ver el arrojo de Lucía. La vecina observaba sin perder puntada. Una declaración pública no ocurría todos los días a las puertas de su casa.

—¿Qué voy a querer, chiquilla? ¡Ser tu novio! —soltó Cebrián sin paliativos.

—¡Eso es! —intervino Cándida posando sus manos en las caderas—. ¡Eso es lo que tú quisieras!

La vecina se tapaba la boca con la mano para que no se notara su risa sarcástica.

—Mira, Cebrián, ya somos mayores. Si quieres hablar conmigo no tienes que tirar piedras como cuando salíamos del colegio y las niñas teníamos que huir de tus pedradas. No vas a ser mi novio por dos razones que deben quedarte muy claras —dijo Lucía con bravura—; la primera es porque yo no quiero, y la segunda es porque ya tengo novio.

El Palomo se cruzó de brazos, desafiante, y miraba alternativamente a Lucía y a

Cándida para que desmintiera o callara a semejante muchacha que, por no haber tenido un padre que la reprendiera, parecía desplegar una insolencia propia de quien se educó entre faldas. Ya la haría él entrar en cintura.

—Muy escondido debe andar ese gallina cuando yo no lo he visto nunca contigo —replicó, provocativo.

—¡Habrase visto semejante bodoque! —dijo Cándida acercándose a él con desprecio.

—¡Vamos adentro, Cándida, a palabras necias, oídos sordos! —dijo Lucía, girándose para entrar en el portal, pero se acordó de algo más—. ¡Ah! Y otra cosa. Se acabaron los piropos cuando me veas por la calle. Que seas vecino de mis hermanas solo te da derecho a dar los buenos días, como personas civilizadas que somos.

Cebrián, el Palomo, se echó el sombrero hacia atrás al ver el portazo airado de las dos mujeres, y buscó un cigarrillo en el bolsillo interior de su chaqueta. Encontró medio y se lo puso en los labios caídos por el desconcierto hasta encontrar fuego para encenderlo. La vecina de enfrente, concluido el espectáculo, intuyó que se dirigiría hacia ella. De modo que se adentró en su hogar y cerró la puerta.

Dos casas calle abajo se encontraba un anciano, con gorra y pelliza, sentado con un brazo en el respaldo de la silla, la espalda apoyada en el zócalo de la fachada y sosteniendo un bastón en la otra mano. Aprovechaba el delgado rayo de un sol mortecino que aún alumbraba su puerta aquel día de invierno. Hacia él se dirigió el Palomo para ver si tenía yesca. El hombre sacó de un bolsillo el encendedor con la cuerda de mecha bien liada y se lo ofreció para que él mismo rascara el chisquero y se sirviera.

—¿Ha visto usted cómo están las hembras hoy en día? —dijo el Palomo con el cigarro entre los labios mientras le devolvía el mechero.

—Ni por asomo quisiera yo tener que domar a una de ellas a estas alturas de la vida. —Sonrió el hombre con sorna.

—¡Torres más altas han caído! —exclamó ufano el Palomo mientras echaba la bocanada de humo.

—Esa muchacha no es mujer para ti. Agua que no has de beber, déjala correr —le aconsejó con la sabiduría que apareja la vejez

—¿Que la deje correr y que la pille otro? ¡Eso ya lo veremos! —Se envalentonó, arrojó la colilla del cigarro al suelo y la pisó con saña.

—Bueno, pues, duro ahí —dijo el hombre—. Los nuevos no hagáis caso de los viejos. Ya os llevaréis el chasco como nos ha pasado a todos.

4

Cebrián bajó la cuesta de la calle a grandes zancadas, sin detenerse hasta llegar al estanco de Gabriel, donde, por la familiaridad y el intercambio de comentarios entre la clientela, se constituía a determinadas horas en una especie de sede de hechos noticiables del pueblo y alrededores.

—Gabriel, por lo que más quieras, dame un cigarro y ya te lo pagaré, que vengo sofocado —pidió el Palomo, impetuoso, al entrar en el establecimiento—. ¡Las mujeres lo ponen a uno loco perdido! ¡Con razón mi hermano no se arrima a ninguna!

—¿Y tú sí? —preguntó Gabriel extrañado.

—¡Ahí vengo de que me den calabazas! —exclamó entre exultante y contrariado—. A ver si tú, que la conoces bien, me puedes echar una mano. Pues no que va y me dice a mí, en mis narices, que yo no puedo ser su novio porque ya tiene otro.

—¿En cuestión de novias te voy yo a echar una mano? Después de lo que me pasó...

—¡Si es que es como si fuera tu hermana! En esa casa no tienen un hombre que las encarrile y tú eres el más allegado. Tú eres el responsable de todo lo que le pase a Lucía, no ves que ni tiene padre, ni madre, la tía está con un pie aquí y otro allí... ¡Tú dirás si lo que te digo es por gusto!

Gabriel enmudeció y tensó el rostro. No se atrevía a expulsar el aire que contenían sus pulmones.

—El nombre que acabas de pronunciar, que no salga nunca más de tu boca, si no es para rezar por los pastorcitos de Fátima, ¿me oyes? —dijo con determinación al tiempo que, desde el otro extremo del mostrador, se erguía y avanzaba hacia ellos la figura de Alejandro. La ofuscación de Cebrián impidió que advirtiera la presencia de alguien más en el estanco que no fuera su propio problema.

—¡Mira este! —dijo el Palomo—. Pero ¿tú de dónde sales? ¿No te habías ido del pueblo? ¿Qué haces aquí otra vez?

—Pues ya ves, vine a ver a mi novia —dijo Alejandro afianzando la relación que venía a cumplir aquel mismo día.

Gabriel, pálido, miraba a uno y a otro alternativamente. Quería a Lucía como si fuera su hermana. Apreciaba a Alejandro desde que era un zagal. Por otro lado, Cebrián y su familia eran vecinos de toda la vida, y con su padre tenía además una relación gremial. No sabía cuán civilizados iban a mostrarse los dos contrincantes en cuestión de supremacía de machos. Conocía las bravuconadas del Palomo y la mesura de Alejandro, pero nunca había visto en este la pasión con que le hablaba de Lucía momentos antes de que el bocazas del vecino entrara por la puerta.

—¡Atiza! ¡Es que eres tú el... ! —se detuvo el Palomo, lívido, antes de conferirle a Alejandro el título de novio de Lucía. Hubiera sido como consentir, así de primeras, un concepto que aún no había asimilado—. ¡Un larguirucho como tú! ¡Vamos, hombre, tú no tienes *chaqueta*!

—¡Debajo del abrigo la llevo! —enfatizó Alejandro, y luego tensó la mandíbula para acercarse al pecho del Palomo en actitud intimidatoria.

—¡Vamos, vamos, muchachos! —intervino Gabriel levantando la tapa del mostrador para posicionarse entre ambos si hiciese falta—. ¡Así no vais a arreglar nada! Estamos hablando de Lucía, una mujer que no valora al que pegue más fuerte. Si lo sabré yo... Ella se guía por lo que siente en su corazón.

—¡Mire usted! Que ya hemos elegido postal —reclamaron la atención de Gabriel dos niñas que repasaban el álbum de las postales sobre la repisa del fondo de la tienda.

—¿Todavía estabais viendo las postales, niñas? —preguntó un sorprendido Gabriel—. ¡Tenéis que ser más rápidas! A ver, ¿cuál habéis elegido después de tanto rato?

—¡Esta! —le mostraron.

—¿Esta? Pero ¿no dijisteis que era para una amiga vuestra? —recordó.

—Sí. Para Manolita, mañana es el día de su Santo —replicó la más alta.

—Esta es de enamorados. No es la que corresponde para vuestra edad —aconsejó Gabriel con buen criterio.

—Es para cuando tenga novio —especificó la del flequillo corto, mientras ambas miraban embelesadas a los pretendientes de enardecidos corazones.

Alejandro se abotonó el abrigo y, con cierta prisa, abandonó el estanco, no sin antes despedirse de Gabriel con un gesto cómplice y la promesa: «luego te veo».

Gabriel le dio una palmada en el hombro a Cebrián y le ofreció un cigarro de su cajetilla.

—Anda, este no te lo cobro.

Desconcertado por todo lo ocurrido, el Palomo salió despacio, derrotado, y cruzó la calle hacia su casa sin acordarse de encender el pitillo.

Alejandro, por su parte, acudió a la taberna donde solían reunirse sus amigos. Estos celebraban con entusiasmo cada vez que él volvía por el pueblo. Se tomaban un vaso de vino por cada ronda y disfrutaban exagerando cuanto contaban.

—Pues no que me ha dicho el Palomo… ¡que no tengo chaqueta! —expuso Alejandro a sus amigos y formaron corro en torno a él.

A esto siguió la carcajada general, el trago de vino, algún vaso sobre el mostrador de madera posado con energía y la propuesta de uno de ellos que se deshizo de su chaqueta y, sosteniéndola del cuello con el índice, se la entregó a Alejandro con aire bravucón:

—¡Toma la mía, ya tienes dos!

Alejandro, aceptando la broma, se quitó el abrigo y se colocó esa chaqueta encima de la que llevaba puesta para regocijo de todos.

—¡Toma la mía también, a ver si no vas a tener chaqueta! —añadió otro, entregándole la suya.

Así siguieron hasta que las chaquetas de los siete amigos terminaron encajadas, una sobre la otra, en el torso delgado de Alejandro. Un grupo de hombres mayores que se encontraban en el otro extremo del mostrador se acercaron a ellos para observar la algarabía de los jóvenes. Los de la partida de dominó dejaron de jugar para unirse a la diversión de los muchachos, pues para eso era fin de año. Uno de ellos colaboró ordenando las chaquetas por tamaños, otros ayudaron a vestir al muñeco facilitando la colocación sin que faltara ninguna.

Una vez que consiguieron ponérselas todas con gran jolgorio y entre risotadas, le retaron a salir a la calle. Alejandro salió a la puerta de la taberna caminando como un autómata, rodeado de los amigos que lo jaleaban.

—¡A casa del Palomo! —gritó el primero que se desprendió de su chaqueta.

Envalentonados, se dirigieron hacia allí en mangas de camisa con gran alboroto para vocear ante su puerta:

—¿Tengo chaqueta o no?

Las mujeres y niños que pasaban por la calle pensaron que las fiestas de fin de año ya habían comenzado para algunos.

Ninguno de los Palomos salió para recibir la afrenta y por el camino de vuelta cada amiguete recuperó su prenda de vestir porque el frío de diciembre no era para seguir con la broma durante mucho tiempo.

FRASCOS DE COLONIA

—Esta era la alcoba principal. Primero perteneció a nuestra abuela materna cuando se casó en segundas nupcias con el padre de las tías. Luego, pasó a ser el dormitorio de tía Rosario y el Palomo después de su matrimonio. —Les presenté la estancia mientras abría la ventana.

—Siempre me gustó esta cama —dijo Anita contemplando con ojos ilusionados el cabecero de hierro negro y latón—. ¡No ves qué canastos de flores silvestres esparciéndose por los lados! Pensando estoy si llevármela para mi casa... No porque la necesite, ya sabes, sería solo por el gusto de tenerla allí y que no se pierda.

—Anita, no estarás pensando en llevarte también los colchones de lana, ¿verdad? —dijo con sorna Juli, que acababa de entrar en la habitación.

—No, mujer, la lana ya no se estila —le respondió Anita muy digna.

Se quedaron con la mirada fija en el cuadro que colgaba de la pared del cabecero, tratando de descifrar con dificultad la escena que representaba. Era un lienzo grande sobre bastidor. La tela estaba acartonada, endurecida por las numerosas capas de barniz que había soportado a lo largo del tiempo. La pintura se encontraba ennegrecida por el betún, salvo por una zona de color amarillento. En ella se apreciaba una cama en la que alguien yacía exangüe y otras figuras le rodeaban.

—¡Oh, da susto! —exclamó Juli—. ¿Por qué pusieron esto en un dormitorio? Cuando se acostaban, cada noche, en vez de pensar en lo bueno, pensarían en lo malo.

—Él decía que había visto a la gente morir en las cárceles y en el frente, y que nada mejor que morir en una cama —les transferí, con incredulidad y rechazo, las palabras que tío Cebrián pronunciara en aquel momento.

—Pues qué malos augurios trajo colocar un cuadro de la muerte sobre un lecho nupcial ¿Verdad? —dijo mi hermana mayor—. Pocos años duró el matrimonio.

—Y Flora, con el tiempo, ¿llegaría a dormir en esta cama con el Palomo?

—¡Calla, mujer, qué cosas se te ocurre decir! —se apresuró a cuestionar Anita para detener las consideraciones que ya en serio, ya en broma, su hermana pequeña osaba compartir en voz alta—. Siempre supusimos que no, aunque alguna vez lo pensáramos.

Aquel comentario retumbó en mi cabeza. Lo había escuchado en bastantes ocasiones por parte de otras personas. La posibilidad de tal inmoralidad me había perseguido durante mucho tiempo.

Para evitar continuar con aquel asunto, irresoluto a mi pesar, dirigí a mis hermanas hacia el que fuera el dormitorio de tía Flora.

—¡Jesús, Jesús! Pero ¿esto es un dormitorio o una tienda de antigüedades?

—¡Cuántos botes de colonia! Vamos a perfumarnos, por lo menos —sugirió Juli.

—¡Qué va, qué va! —me apresuré a advertirle cuando ya trataba de desenroscar un frasco—. No te perfumes con eso, que cuando ya se gastaban los rellenaba con agua y especias de carterilla de azafrán, de aquellas de *El aeroplano*.

Las tres se quedaron estupefactas ante la sagacidad que demostraba aquella mujer a la que ellas conocían más de oídas que de trato familiar. Yo sí la conocí bien, tanto a ella como a sus costumbres, hábitos y concepción de la vida.

—La verdad, es que son preciosos —dijo Anita admirando al detalle la figurita de mujer con vestido de época tallada en cristal.

—A estos de color celeste les echaba añil, el azulillo de lavar —les indiqué al mostrarles el perfumador de pera con los flecos deshilachados.

Ninguna de ellas salía del asombro. Se llevaban la mano a la frente ante aquella extravagancia tan alejada de la austeridad con que ellas vivían, al tiempo que señalaban unos y otros recipientes expuestos en el tocador, la cómoda, repisas, estantes y hasta la hornacina con el trono del Sagrado Corazón de Jesús estaba adornada con un frasco de colonia.

—¿Tú dormías en una de estas camas, Estrella? —preguntó Gloria señalando aquellas cubiertas por colchas enguatadas de color celeste.

—No. Aquí dormían las dos hermanas solteras, antes de que tía Rosario se casara. Mi

habitación era esta siguiente. —Las guié a través del arco sin puerta que la separaba de la de mis tías—. Tenía poca luz porque daba al patinillo, pero era fresca en verano.

Corrí la cortina de terciopelo azul, ya parduzca y polvorienta, que alguna vez había preservado la intimidad de mi adolescencia y juventud. Allí permanecía la cama, mullida y abrigada.

No quería estar ahí, así que salí de mi pequeña habitación y me dirigí hacia el tocador de tía Flora, entonces exclamé:

—¡Ah! No habéis descubierto esto. ¡Os va a encantar! Durante el camino venía pensando en cuánto os iba a gustar a las tres.

—¡¿Bobinas?! —preguntó Juli al ver el expositor de cartón piedra.

En sus múltiples cajones planos, las mercerías mostraban la variedad de bobinas de hilo de coser en amplias gamas de colores.

—Bobinas... —repitió Anita con ironía. Ella había presenciado en una de sus visitas a Flora, ya anciana, cómo tiraba, con sumo cuidado, de las asas metálicas de cada cajoncito, ancho y plano, para mostrarle su contenido.

Anita no desveló el enigma hasta que, con la precisión de un espía, tomé la cerradura de bronce entre mis dedos y probé suerte girando las letras de cada uno de los siete anillos que encriptaban la palabra clave. Recordaba la combinación y, al parecer, no la habían cambiado, pues al completar el nombre de la ermita la cerradura cedió y la caja quedó liberada de la cadena que la custodiaba. Las risas y comentarios de mis hermanas dejaban entrever la ingenuidad de la idea, pues el conjunto entero podía ser transportado en brazos de cualquier malintencionado. Pero así quedaban de manifiesto los trucos inocentes de Flora.

Tiré hacia afuera del primer cajoncito, con un esmero parecido al que tantas veces observé en su dueña, y el secreto se desveló cuando mis acompañantes contemplaron deslumbradas que el lugar de las bobinas lo ocupaban relucientes alhajas.

—¡Dios mío! Pero ¿esto qué es? ¡Si parece un tesoro de los de verdad!

—¡Eso mismo! ¡Hasta reluce!

Clasificados minuciosamente y en un equilibrio perfecto, vimos una gran variedad de pendientes largos en uno de los cajones, laboriosos zarcillos en otro, sortijas en el tercero, broches y alfileres de pecho en el cuarto, y medallas y rosarios en el último.

—¿Por qué tantas joyas? ¿Les daría tiempo a ponérselas todas?

—No se quedaron con ganas de rezar el rosario… —comentó Juli mientras señalaba uno de cuentas de cristal, uno de nácar, uno de filigrana cordobesa...

Busqué un alfiler de sombrero que, adivinaba, estaría en el tercer cajón y, en efecto, lo encontré. En el cabezal figuraba un abanico plateado. Lo tomé para usarlo como lo hacía la propia protagonista de la colección. Con la punta del alfiler Flora solía reacomodar cada pendiente que se ladeaba ligeramente o adoptaba una posición incorrecta por el movimiento del cajón. Una y otra vez revisaba y corregía la posición de cada pieza hasta que consideraba que la alineación era perfecta.

—Fíjate estos largos de oro. ¡Son despampanantes!

—Creo que los tenían por si se vestían de mantillas para la procesión de Viernes Santo —recordé.

Se fijaron en los pendientes largos del calado de plata, los de la hoja con piedrecitas brillantes, los de la perla verde con el labrado alrededor, los que aparentaban ser de oro blanco...

—Pues en más de una ocasión le pedí con insistencia que me regalara al menos un par de pendientes, el que a ella menos le gustara, que yo me los pondría con mucho gusto —rememoró Anita con desencanto—. Siempre se negó. Sin embargo, aquí está todo. Deben llegar al centenar entre unos y otros. ¡Qué insignificante hubiera sido para ella desprenderse de un par, y qué importante habría sido para mí, que no tenía ninguno!

—Vamos a colocarlos en la mesa del gabinete junto con los pollitos y el belén para llevárnoslos. Cuando estemos en tu casa, Anita, los repartimos —les propuse—. Yo misma haré cinco lotes. A las hijas de cada uno de vosotros les gustará ponerse o conservar joyas antiguas.

—¿Son buenos? —preguntó Juli.

—Habrá de todo —contesté casi con seguridad—. Muchas de ellas serán muy parecidas porque, al comprarlas, elegían una parecida para cada hermana, pero con alguna ligera variación, ya veréis.

—Según el tío Cebrián nos soltó en más de una ocasión, nada de lo que poseía tenía valor alguno, que todo eran baratijas —aclaró Anita—. También nos dijo que tenía unas monedas de oro que las alquilaba como arras para las bodas. ¿Dónde estarán?

—Los antiguos tenían costumbre de guardar las cosas de valor entre las sábanas. ¿Vamos a buscar donde esté el ajuar de las camas? —me propusieron.

—Pues en este baúl tenían sábanas —les señalé—. Voy a mirar si en el arca que había en la habitación del matrimonio sigue habiendo ajuar.

5

Alhamar, enero de 1923

La rima del poeta sonaba en la mente de Lucía, una vez más, cuando tenía frente a ella la deseada mirada de Alejandro.

Ojos glaucos.
Que parecen sus pupilas
húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro
que al soplo del aire tiemblan.

La intensidad con que la miraba parecía provenir de la profundidad de los mares, del estado puro de la naturaleza o de la inmensidad del universo. Aquella mirada irradiaba una luz transparente, penetraba en el alma de Lucía y embargaba todo su ser. No necesitaba que los labios finos de Alejandro pronunciaran palabra. Ella ya estaba fascinada por aquellos ojos caídos que conferían a su rostro una humildad sublime, de irresistible atractivo cuando ella se convertía en el centro de su atención.

Arrobada, contemplándolo, musitó algún verso que trasladó a Alejandro a momentos en los que, para él, Lucía resultaba un anhelo inalcanzable.

Ambos eligieron una rima de Bécquer para los juegos florales que aquel último año de colegio organizaron la maestra de niñas y el maestro de niños. Doña Eduvigis les sugirió que, para que el recitado poseyera más fuerza y captara la atención de los oyentes, debían buscar una imagen real que representara lo que los versos expresaban y tenerla presente en la mente mientras durase la declamación. «De ese modo, le daréis veracidad», les decía.

Los ojos de Alejandro, un zagal entonces, fue la imagen que Lucía guardó en su pensamiento cuando llegó su turno de entonar el poema ante el público que acudió al acontecimiento escolar. La lírica traspasó el pensamiento y con el tiempo se alojó en su corazón, junto a la imagen que proporcionó solidez a las bellas palabras del poeta.

En los primeros encuentros de Lucía y Alejandro, ella rememoraba las sensaciones que la condujeron hacia él de manera poderosa, y Alejandro, encandilado ante el relato, intensificaba el brillo que parecía emitir cuando la contemplaba en la cercanía y el mundo se desdibujaba a su alrededor.

—No puede ser. Te parecerá increíble, y es posible que no lo recuerdes —le susurraba Alejandro—, pero el azul de tus ojos lo elegí antes que la propia poesía. Y me salió muy bien, porque cuando recitaba de memoria «Tu pupila es azul, y cuando lloras...», porque a mí me daba pena de que no tuvieras padres desde tan niña, imaginaba que habrías llorado al ver que los demás niños sí teníamos padre, madre y hermanos con los que reíamos alegres. Tú eras distinta, callada, prudente, discreta... Parecías protegerte de los males del mundo porque tú ya tenías los tuyos propios.

—Pero el mundo compensó a aquella niña *desprotegida*. Ahora te tengo a ti —musitó Lucía mientras le rozaba la oreja con el revés de su mano y él inclinaba la cabeza para sentir su piel con intensidad.

—Imagina cuando ese sea nuestro estado permanente... —Inspiró Alejandro, mirando las altas ramas de los álamos, al tiempo que la rodeó por los hombros y ella dejó caer la cabeza en el hueco de su cuello—. Nos iremos a vivir a Jácara, buscaré una casa grande porque me gustaría que nos rodeáramos de críos. Tuyos y míos, Lucía. ¿Te gustaría? ¿Cuántos quieres que tengamos?

Lucía reía ensimismada ante la ocurrencia y no contestaba. Siempre le había turbado la frase bíblica que decía «Creced y multiplicaos».

—Yo quiero tener doce, Lucía. Quiero sentar doce hijos a nuestra mesa y que no les falte de nada. Ni de comer, ni ropa o calzado, y que estudien. Que no les pase como a mí, que perdí la oportunidad porque mi padre no quiso arriesgarse a no poder pagar el

coste que tenía aquello.

—¿Sí? ¿Tuviste ocasión y se desperdició? —preguntó Lucía interesada.

—Tendría yo ocho o nueve años cuando mi padre llegó contando que se había encontrado con su prima Vicenta en el velatorio de un pariente. Ella le contó que su niño iba a ir a estudiar a Almería para empezar bachiller con un maestro de toda su confianza, que iban otros niños de pueblos cercanos y que por qué no iba yo también. A mi madre le gustaba la idea, pero al final mi padre se negó porque yo era el mayor de los hermanos y dijo que no podía costearlo —concluyó Alejandro con resignación.

—¡Qué pena! Con lo que te gusta a ti aprender y lo inteligente que eres —dijo Lucía.

—Tal vez no hubiera llegado a lo que ellos. Porque los hijos de la prima Vicenta son unos *grandes*. Con decirte que el mayor ha escrito dos libros y que sale en los periódicos, ya te puedes figurar —dijo Alejandro con complacencia.

—Yo, apenas leo los periódicos. Cuidar a mi tía me lleva mucho tiempo, aunque esté Cándida en casa. Pero me sigue gustando leer poesía y, sobre todo, ver el cinematógrafo. Mis amigas discuten para decidir quién de todas se sienta junto a mí para que les lea con rapidez los cartelitos. Ellas quieren enterarse de lo que dicen los personajes. —Sonrió Lucía.

—Ya ves, mis hermanas no las ha puesto mi padre a que aprendan a leer. A los varones sí y a ellas, no —afirmó Alejandro.

—Es verdad. No recuerdo a ninguna de ellas en la escuela. —Rememoró con extrañeza —. Sin embargo, tu padre se sentaba en la plaza y se le reunía corro alrededor para escucharlo leer en voz alta. ¿Por qué a sus hijas no les enseñó?

—Cosas de antiguos que yo no entiendo —soltó él encogiéndose de hombros, y buscó algo en el bolsillo interior de la chaqueta—. Pero mira lo que te quiero enseñar.

—¡A ver! ¿Qué es eso? —preguntó curiosa.

—Mi permiso de conducción. Lo recogí hace unos días en la Jefatura de Obras Públicas de Granada. Mira la fecha de expedición.

—*Permiso de conducción. Segunda clase. Expedido el 26 de diciembre de 1922* —leyó Lucía, con regocijo—. ¡Oh! ¡Qué categoría, Alejandro!

—No te imaginas lo que sentí cuando me vi al volante del Ford T, aunque el dueño sea Valladares —dijo Alejandro, soñador—. Algún día te tienes que subir en el auto. Ojalá te pueda llevar a un viaje largo, a Madrid o a cualquier otro sitio para ver mundo.

«Mi mundo eres tú», pensó Lucía sin pronunciarlo.

—¡Me encantaría subirme en un automóvil! Sería la primera vez, y si tú lo conduces... —dijo Lucía emocionada.

Los jóvenes se miraron dulcemente a los ojos. Alejandro le acarició la nuca, desnuda por el corte recto de su melena, y con un suave movimiento sus labios se acercaron y sus corazones latieron como un repiqueteo de campanas en el domingo de gloria.

Una nube eclipsó el sol de invierno. Bajo sus rayos los enamorados disfrutaban de su encuentro al final del camino, en la chopera desnuda de hojas. Sus cuerpos abrazados suplían el calor que la sombra les quitaba. Era imposible deshacer el instante, el nudo que los unía. Ya conocían cuánto se deseaban en la ausencia.

Escucharon voces conversando en la lejanía y se incorporaron al camino acomodándose la ropa y regalándose miradas cómplices.

Mientras caminaban muy juntos de regreso al pueblo, desgranaban paso a paso cada pieza de las que deberían poner en marcha para dirigirse hacia el sendero de su nueva vida. El agua de la acequia fluía serena, sin detenerse. Parecía hacerse eco del entusiasmo que compartían por construir un hogar, convertirse en una familia y ampliar sus horizontes más allá de los montes que los rodeaban. Alejandro se sentía orgulloso de poder ofrecer a Lucía un sueldo de contador en la fábrica de azulejos, y un buen complemento como chófer a disposición de los antojos del dueño, al que llevaría a la capital, ya fuera por asuntos de negocios, a ver los toros, a pasar un rato en el casino o al teatro. El joven confiaba en la oportunidad de prosperar si se relacionaba con personas importantes que le ofrecieran nuevas posibilidades.

6

Alhamar, febrero de 1924

Alejandro y Lucía tenían veinticinco años, una edad casadera. Contaban con medios propios de subsistencia, pues las rentas del olivar, la viña, las hazas y las casas que ella había heredado de sus padres —gestionadas hasta ese momento por la familia—, pasarían a manos de la muchacha en el momento en que se constituyera el matrimonio. Así también un ajuar bien nutrido de ropa blanca, sábanas de holanda con encaje de bolillos, colchón de lana, zalea de oveja, sartenes, peroles, fuentes, tinajas, caldera, platos finos y hasta un frasco de vidrio para el aguardiente. Los objetos frágiles, protegidos entre pajas, se acumulaban en canastas de mimbre en el zaguán de la casa de tía Teresa donde había transcurrido hasta entonces la vida de Lucía.

A partir de su inminente boda con Alejandro, se trasladaría a vivir a Jácara, el pueblo cercano donde él había arrendado una casa espaciosa y bien situada, compuesta de una estancia amplia con chimenea y un cuarto que daba acceso a la alcoba. Una escalera conducía a las cámaras y al fondo se encontraba el corral con un pozo.

Las hermanas de Alejandro encalaron cada estancia para que los futuros esposos encontraran todo limpio y reluciente. El olor a recién encalado purificaba el aire e incitaba a un renacer de la vida. Las paredes blancas serían testigos silenciosos de sus noches de pasión. Ellas sabían cuánto se amaban los dos.

Un carro tirado por dos mulas, guiadas estas por el arriero experto en las bajadas de cargas por los caminos de la montaña, transportaba los enseres cubiertos por una lona. Lucía sintió un impulso de ilusión desde lo más hondo de su ser cuando vio encaminar sus cosas hacia la carretera de Jácara. Cuando las colocara en las alacenas y pusiera las cortinillas en las ventanas, la unión de ella y Alejandro estaría consolidada.

De ese pensamiento iba al velo blanco de organdí que le habían probado, a la diadema coronada por una fantasía de pequeñas perlas de calados dorados que se sujetaba a la frente, al vestido de raso negro rematado con encaje en el escote, al abrigo de terciopelo con vuelo de capa y solapa tipo esmoquin que luciría, y al que solo quedaba terminar los ojales y pegar los botones. Después se puso a pensar en cómo estaría Alejandro con el traje de chaqueta cruzada de color canela y la corbata negra. Corrió a ver la foto de Alejandro una vez más y quedó embelesada. Pasó el índice por el contorno de su frente ancha, coronada por tan abundante pelo castaño peinado hacia atrás, las patillas cortas, el óvalo anguloso de una cara tan bien afeitada. La nariz fina como sus labios y sobre todo la mirada bajo sus cejas pobladas que parecían dar fe de las palabras escritas en la dedicatoria: «Pensando en ti».

Le había bordado, según él lo eligiera un día, la inicial «A» y la «L» en el pañuelo de seda que asomaría por el bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué letras bordo en nuestra almohada? —le había preguntado Lucía.

—Las tuyas y las mías —contestó Alejandro mientras se acercaba para besarla.

Corrían rumores de que, el día de su boda, la novia pasearía por la plaza del pueblo en automóvil conducido por Alejandro. Valladares aceptó la petición de su empleado de trasladar a su recién casada esposa en automóvil hasta Jácara. Puso la condición de que él mismo y su señora fueran los padrinos de la boda y que regresaran juntos en el vehículo al finalizar la ceremonia.

Levantaba expectación ver de cerca un coche que corría solo, sin caballos, armando tan estrepitoso ruido. Las gentes se asustaron al verlo y hasta las bestias de carga se aterrorizaron. Fue un espectáculo que todo el mundo corrió a ver.

Cebrián, el Palomo, no acudió aquella mañana a la plaza de la iglesia. Se apostó en el arroyo para tirar piedras al agua, ensimismado, apesadumbrado.

—¡Un mequetrefe! Eso es lo que es... ¡Un chiquilicuatre! ¡Canalla! ¡Hacerme eso a mí! —repetía en voz baja en la soledad de los juncos y en el silencio, someramente interrumpido, por el lejano sonar de las campanas.

Sin embargo, en su cabeza retumbaban las coplillas que unos graciosos inventaron

para el carnaval de aquel año, después de que corriera de boca en boca la anécdota del Palomo y la chaqueta de Alejandro en el estanco. La gente por las esquinas canturreaba:

En este pueblo, señores,
no hace mucho que pasó
un asunto de amores
del que todo el mundo habló.

Era mozuela garbosa
la que gran pasión despertó.
Uno tiraba piedras,
el otro cartas de amor.

He venido a ser tu novio.
Eso no lo consiento yo.
¿Cómo le dices eso,
a un palomo buchón?

Ni que fueras rey de España,
tuyo no es mi corazón.
Con el rabo entre las piernas
en el estanco se coló.

Enritao como iba,
su despecho allí vació.
Sin darse cuenta, señores,
que buena compaña lo presenció.

Como una pelea entre machos
fue la que allí se organizó.
¡Tú no tienes chaqueta!
Eso te lo demuestro yo.

Siete amigos se la prestan
y siete chaquetas se encasquetó.
Ante el otro se presentó pa' decirle:
Tengo chaqueta ¿Sí o no?

Unas chiquillas que vieron
lo que entre los mozos pasó,
nos contaron esta historia
de cómo el palomo buchón
perdió en esta contienda,
y cómo el amor ganó.

Anónimo

Más tarde, el ruido de un motor se hizo presente perturbando sus oídos. Su mente se enturbió y Cebrián se levantó de súbito, con desasosiego. Corrió en dirección a la carretera. A medida que aumentaba la intensidad del sonido del motor aproximándose al punto donde el Palomo se encontraba, la ira se apoderaba de su ser.

—¡Píllame, si tienes huevos, cabrón! —gritó enfurecido con los brazos abiertos, situándose de pronto frente al único vehículo que circulaba aquel día por la carretera.

—¡Apártese usted, hombre! —le reprendió Valladares al tiempo que Alejandro lo esquivó con el volante—. ¡Habrase visto semejante zoquete!

—¡Tengo de todo... hasta chaqueta! —farfulló Alejandro entre dientes para que solo lo

escuchara Lucía, que quedó sobresaltada con las manos en la cara.

—¡A él, la Guardia Civil! ¡A él! —exclamó la señora de Valladares.

El Palomo corrió tras el coche intentando alcanzarlo, y al ver que su esfuerzo era inútil agarró la primera piedra que encontró al borde de la carretera y la lanzó al artefacto del diablo que le produjo tan grave afrenta.

Una curva hizo desaparecer el auto de su vista y de la órbita de la pedrada, sin que ninguno de sus ocupantes reparara en ello.

—¡Ojalá te mueras y yo viva para veros sufrir! —pronunció desgañitándose Cebrián, el Palomo. Al tiempo que aminoraba sus pasos, dejó caer sus brazos y se tragó su derrota.

Valladares y su esposa referían irritados lo ocurrido, y lo relacionaban con otros hechos similares que habían tenido lugar por las envidias que suscitaba la posesión de un automóvil en la gentuza que no comprendía el progreso.

Alejandro y Lucía callaron a sabiendas que no solo eran celos por el auto, sino algo más profundo y ancestral. Deseaban poner distancia a la relación con Cebrián, el Palomo. Para ello, nada mejor que los cincuenta kilómetros por hora a los que el Ford T de Valladares se alejaba de él.

7

Llegados a Jácara, Valladares pidió a su chófer que los dejara en la puerta de su casa.

—¡Toma, cien pesetas! —le dijo Valladares con un billete en la mano cuando Alejandro le abrió la puerta del auto para que bajara.

Él quedó sorprendido al no recordar que tuviera mercancía alguna pendiente de pago, y acudió al otro lateral para abrirle la puerta a la señora de su jefe. Le ayudó a bajar del estribo y le ofreció su apoyo hasta que se encontró segura en la acera.

Valladares lo detuvo cuando Alejandro se disponía a abrir la puerta a Lucía.

—¡No! ¡Deja la puerta tal como está! —ordenó a Alejandro, que sintió la mano sobre su hombro y se volvió hacia Valladares con los ojos muy abiertos sin comprender la intención de aquella orden—. Móntate en el auto y tira camino a Granada. Una recién casada no merece menos. Dirígete a Puerta Real, a la Pensión Torres en la Carrera del Darro. Le dices a Santiago Torres que vas de mi parte. ¡Pasadlo bien! Pero, en dos días te quiero de vuelta. Tienes que revisar la salida de los pedidos hacia Antequera que estarán aguardándote.

Alejandro quedó impresionado. Le preguntó si permitía que le diera un abrazo porque semejante generosidad no la hubiera esperado ni de su propio padre, que en aquel momento estaría comiendo y bebiendo con la familia en Alhamar, celebrando aún el casamiento de su primogénito.

Lucía se afanaba en componer las flores del ramo, ya un poco desbaratado. Se preparaba para salir cuando advirtió que Alejandro se colocaba de nuevo al volante.

—¡Nos vamos, Lucía, tú y yo!

—¡A casa!

—Aún no. Tiempo tendremos de estar en casa —le dijo emocionado mientras ponía el coche en marcha—. ¡Nos vamos a la capital, tú y yo!

—¿También yo? ¡Está muy lejos! ¿Por qué vamos allí?

—¡A celebrar nuestra luna de miel!

Lucía llevaba aún el velo puesto y llamaba la atención de las mujeres que se paraban en la calle a contemplar el coche de Valladares con una novia dentro. A la salida del pueblo los niños corrían detrás del automóvil. Para Alejandro era un hecho habitual, pero le dijo a Lucía que lo hacían para ver a la novia tan guapa con la que se acababa de casar.

Quedaron en silencio cuando el vehículo se incorporó a la carretera general. El sonsonete del motor parecía acompasar las hileras de árboles a ambos lados de la carretera. Dentro del habitáculo cobraba fuerza la resonancia de sus respiraciones, cada vez más perceptible. Lucía se echó hacia atrás y contempló las manos de Alejandro sobre el volante de madera. Él volvió su mirada lánguida hacia ella, prolongándola más del tiempo debido, y suspiró al enfocar de nuevo la vista en la calzada. Una mano abandonó el volante para rozar ligeramente el raso de la falda.

—Voy a quitarme el velo y la diadema —dijo Lucía para romper el estado de agitación que sentía.

—¡Espera! —exclamó Alejandro girando la cabeza hacia ella, preso de la excitación.

Enfiló el auto hacia un hueco entre la hilera de troncos de moreras y se desvió al terreno contiguo sobre el que las ruedas avanzaban con dificultad. Detuvo el automóvil y entonces sació su deseo de besar a Lucía antes de que se desprendiera del velo. La besó como quien besa a una doncella de la diosa Vesta. Ninguna fuerza pudo detener la pasión encendida de dos vidas que anhelaban su unión. Y al despertar de un sueño cumplido —los mechones sobre la frente, el velo caído, las ropas revueltas...—, a través de la ventanilla apreciaron que los almendros ya estaban en flor

8

De Jácara a Granada. 29 de abril de 1929

Lucía no había vuelto a pasar por aquella carretera en los últimos cinco años. Esta vez ella ocupaba el asiento trasero del coche, junto a la señora del propietario. Ambas conversaban mientras sus respectivos esposos mantenían en paralelo su particular diálogo. Alejandro conducía y Valladares charlaba de manera distendida. Sin embargo, al reconocer aquel paraje su ánimo se sobresaltó.

Durante un tiempo impreciso Lucía se quedó absorta mirando por la ventanilla, sumida en la remembranza del día de su boda. Las moreras encendieron las emociones de un tiempo pasado. Su memoria aún guardaba el rescoldo.

El contacto con el cuero de los asientos y la singularidad del lugar fueron capaces de reavivar bellos momentos y dibujar una sonrisa en sus labios.

Las copas de los árboles, ya frondosas y cuajadas de flores, darían frutos después. «Como nosotros», pensó Lucía, comparando a sus tres hijos como los frutos de su amor, amparados bajo las sombras protectoras de ella y de Alejandro.

El terreno arbolado se quedó atrás, entonces ya solo pudo contemplarlo a través del marco circular del espejo retrovisor, mientras se alejaba al igual que un recuerdo.

Dirigió una mirada a Alejandro en busca de su complicidad, pero esa carretera de Jácara a Granada era habitual para él y no reparó en el detalle tan significativo que era para ella volver a transitarla.

Tal vez, la próxima primavera, le pediría a su esposo que les llevara hojas de morera para que Anita, Manolito y Estrella criaran en casa gusanitos de seda.

—Una familia muy buena, ya te digo... Él es un rico labrador, campechano y buena gente. Ella, dicen que fue maestra de escuela pero que, al casarse, dejó su plaza y se dedicó a su familia. Crió a sus hijos aunque no le faltaron nodrizas, lavanderas y mozas de cuerpo de casa, claro. Los hijos están estudiando en Madrid. Las hijas son muy educadas, y la mayor, muy simpática. Desde que los conocimos en el Balneario de Lanjarón, mi marido hace que nuestra estancia coincida con la de ellos en el Hotel España. De ahí nos viene la amistad —explicó la señora de Valladares mientras Lucía trataba de identificar de qué familia le estaba hablando—. El mayor de los hijos es encantador, gracioso y dicharachero donde los haya, y no te puedes figurar cómo toca el piano. Cuando él está, el salón de actos del balneario se anima porque toca todo lo que sabe y más... Alejandro los conoce también. Se dicen primos o parientes entre ellos, y cuando nos lleva y nos trae a Lanjarón siempre se saludan y echan un rato de conversación...

La señora de Valladares interrumpió el diálogo de los varones en la parte delantera para preguntar a su marido un dato que le era necesario para aportar información a Lucía:

—Dime una cosa, Luis, ¿qué es lo que vamos a ver esta noche en el teatro Cervantes?

—Pues, mujer, una obra de teatro —contestó Valladares para continuar con su asunto.

—¡Ya, claro, eso ya lo sé! —respondió presta su señora—. Lo que quería preguntar es el por qué vamos hoy con tanto interés. Otras veces no me llevas a ver teatro, las cosas como son.

—Porque es el estreno de *Mariana Pineda*. El día más importante para una obra de teatro. Y porque el autor que es el que la ha escrito de su cabeza, es el hijo de don Federico...

—¡Ya está, ya está! Eso es lo que quería saber para explicárselo a Lucía.

—Bien que te lo dije, pero ¡ay las cabezas, cómo se ponen con los años! —reconoció Valladares con pesar.

—Y nada menos, que viene Margarita Xirgú como actriz principal para hacer el papel de Mariana Pineda —señaló Alejandro—. ¡De primera categoría!

—¡Ay! —exclamó Lucía entusiasmada—. Si es que yo solo sabía que Alejandro los llevaba a ustedes al teatro y que también nosotros teníamos entradas. De ahí, todo fue

pensar en mi suegra y mis cuñadas para ver con quién se quedaba cada uno de mis niños. Tenga en cuenta que es la primera noche que los dejamos solos con la familia y, que Estrellita es muy pequeña, aún no tiene dos años y es muy trabajosa para comer...

—Seguro que se apañan bien con ellos. Tú no sufras por eso. Ya verás cuando conozcas el teatro, con cuatro alturas de palcos. ¡Es grandioso! Por eso hay que ir bien arreglados, claro. ¡Ya verás cómo van las mujeres de la capital! —advirtió la señora.

Alejandro y Lucía se sentían emocionados ante los motivos que los habían llevado a salirse de la habitual rutina. Los compromisos sociales de Valladares habían procurado que Alejandro y Lucía fuesen los acompañantes ideales de viaje para su señora. Así, mientras ella hablaba cosas de mujeres con Lucía, el esposo se liberaba de su yugo conyugal.

Lucía estaba impaciente por arreglarse una vez que llegaron a la ya conocida Pensión Torres. Desdobló el traje de Alejandro y lo colgó sobre el perchero.

Frente a la luna del espejo se probó su vestido color avellana de corte recto y posó de perfil para comprobar que aún no se hacía presente la curva de su nuevo embarazo. Ensayó el nudo del collar largo para que le quedara a la medida justa.

Alejandro, entretanto, descansaba tendido sobre la cama. A ella le pareció que estaba adormilado por el cansancio del viaje, pero él la estaba observando con los ojos entrecerrados. La contemplaba con deleite mientras ella ensayaba la manera de colocarse el sombrero *cloche* aún sin estrenar que él le había traído de Madrid, alisaba el vestido y componía su figura. Lucía se irguió sobre la punta de los pies alzando los talones e imaginándose sobre los zapatos de pulsera que quedaban por sacar del bolso de viaje.

—¡Ay, Alejandro, qué ilusión más grande tengo! Si esto lo pudiéramos repetir más a menudo... Pienso en los niños y, sabiendo lo bien cuidados que están, me siento tranquila... —le dijo mientras se desvestía y acomodaba cada prenda dispuesta para engalanarse después.

Lucía se sentó sobre la colcha adamascada de color carmesí y, mientras le acariciaba la sien a su marido, le susurró bajito:

—¿Me oyes o estás dormido?

—Lucía, no sé si será por el viaje, por el teatro, por este hotel... No sé explicarlo... Me estoy dando cuenta que soy un hombre satisfecho con la vida que me ha tocado —contestó él, y luego extendió el brazo para atraerla hacia sí—. Te tengo a ti, a los niños; tenemos salud y, mira qué suerte de poder venir a ver el estreno de una obra en un teatro de la capital.

Los dos se besaron y se abrazaron, agradecidos por aquel estado de felicidad.

9

Granada, 29 de abril de 1929

Ya sentada en el teatro, Lucía apretaba el brazo fibroso de Alejandro mientras contemplaba la iluminación de los palcos, los elegantes trajes y el telón a punto de abrirse en cualquier momento.

—Mira, allí está la prima Vicenta, la madre del autor —advirtió Alejandro a Lucía mientras le indicaba el palco al que debía mirar—. La de las ondas en el pelo que se está sentando ahora.

—Sí, ahora recuerdo que una vez me dijiste que el hijo de la prima Vicenta era un *grande*, que había escrito libros y salía en los periódicos.

Cuando se levantó el telón, el silencio que se produjo hacía que el público que llenaba el teatro esperara algo grande.

La ambientación de la primera escena hizo que Lucía se metiera dentro de la obra. Las niñas cantando la canción de corro que ella misma había entonado en su infancia la llevó a tararearla en su interior.

¡Oh, qué día tan triste en Granada,
que a las piedras hacía llorar
al ver que Marianita se muere
en cadalso por no declarar!

Marianita sentada en su cuarto
no paraba de considerar:
Si Pedrosa me viera bordando
la bandera de la Libertad.

¡Oh, qué día tan triste en Granada,
las campanas doblar y doblar!

Alejandro disfrutaba mucho con el teatro, pues en el pueblo participaba en cualquier papel para el que lo necesitasen cuando organizaban alguna función, ya que conocían sus dotes para la actuación. Sus participaciones habían ido derivando a papeles más secundarios desde que el empleo y la familia se convirtieron en sus prioridades. Su rostro ofrecía un semblante de grata complacencia por la magia creada en el escenario. Valoraba la categoría de los actores y actrices pero también los decorados, las luces... Resultaba grandioso comparado con el teatro de aficionados del pueblo.

Batieron palmas con fuerza cuando, el recitado de la corrida de toros en Ronda, arrancó el primer aplauso del público. Al nombrar a Ronda, Lucía miró a su marido con complicidad por ser la ciudad donde vivían sus primas. También hubiera aplaudido de buena gana cuando un personaje, casualmente llamado Lucía, nombró en la siguiente escena la sierra de Parapanda. ¡Qué emoción sintió cuando escuchó el mismo refrán que decían en el pueblo para prever las lluvias!: "Cuando Parapanda se pone la montera llueve, aunque Dios no quiera", solo que el lenguaje poético de la obra lo hacía más estilizado y bonito:

Hay nubes por Parapanda.
Lloverá, aunque Dios no quiera.

Al final de cada una de las tres estampas, Federico García Lorca salía al escenario a recibir los aplausos del público entregado.

Alejandro se fundía en aplausos, rendido ante la admiración de lo sublime. Lucía se veía reflejada en el amor que Mariana Pineda sentía por Pedro de Sotomayor hasta el punto de ser condenada a muerte por no declarar. Sobre todo le impactaba saber que

era una historia verdadera, ocurrida en la misma ciudad de Granada en una primavera de hacía menos de un siglo. Ella no era la única que sacó el pañolito bordado para limpiarse las lágrimas. Muchos pañuelos se veían revolotear en la oscuridad durante las últimas escenas.

Salieron de la sala compungidos, con el corazón en un puño. Alejandro le hizo ver a Lucía que la estatua iluminada que tenían frente a ellos era la de Mariana Pineda. Por algo la plaza llevaba el nombre de la heroína de la libertad. Parecía como una virgen de mármol blanco a la que hubiera que pedir perdón por haber sido ajusticiada tan joven y sin piedad. Cruzaron la calzada como otros muchos espectadores para acercarse a contemplarla, allí montada en su pedestal.

—¿A que te ha gustado el teatro? —dijo Alejandro para volverla a la realidad.

—¡Tenemos que venir más veces, Alejandro! —le imploró ella—. Aunque sea triste, pero me gusta conocer historias tan bien contadas.

Volvieron sobre sus pasos, disfrutando de un ambiente glorioso. El gentío se arremolinaba en corrillos en la Plaza del Campillo. Parecían comentar con emoción palpable sus particulares impresiones sobre el espectáculo presenciado. Ahora correspondía bajar del estado de exaltación que había producido la ficción al sosiego de la distendida realidad.

El Café Alameda estaba lleno y siguieron rumbo a la Carrera del Darro, despacio, saboreando la noche primaveral de finales de abril. En dos ocasiones miraron por si veían a Valladares y su esposa, pero sabían que se quedarían a felicitar a sus amigos, pues no era para menos. Alejandro ya lo haría cuando tuviera ocasión.

—Que no se nos olvide mañana comprarle un caballito con un carro al niño y muñecas a las niñas, que la que tiene la cara de china no me gusta que la estropeen y la otra la bañó Anita en un cubo de agua y se quedó hecha una ruina... ¡Por Dios, que va a parecer que nos hemos olvidado de ellos! —dijo Lucía, con un sentimiento parecido a la culpa—. Y también unos dulces bien presentados para tus hermanas y los abuelos; que si no es por ellos, no estaríamos aquí los dos disfrutando juntos.

—Eso en la pastelería de López Mezquita en la Calle Reyes Católicos. Mañana iremos a desayunar allí y tú eliges lo que más te guste para llevarles —propuso Alejandro y la tomó por la cintura—. Pero ahora, vamos a pasear tú y yo sin preocuparnos de nada, Lucía.

UNA MIRADA TRISTE

Encontré a Gloria embelesada ante el chifonier del pasillo con un diminuto mechero de queroseno en sus manos. Hablaba consigo misma, sorprendida, al descubrir que, en realidad, era una especie de neceser de viaje con dedal, alfileres, abrecartas y lápiz. Los objetos que contenían los cajones de aquel mueble la tenían absorta.

—Mira lo que ha aparecido en este primero. ¡Qué cantidad de agujas de coser de todos los tamaños! Pastillas de jabón de tocador, cada una de una forma y con un aroma diferente. Abanicos grandes, sin estrenar. ¡Fíjate qué bonito es este! —Abrió uno de ellos para mostrármelo y se abanicó con gusto.

«Pensar que su dueña se hace aire con un cartón en la residencia donde vive», pensé.

—Pero, sobre todo, ¡mira esto, Estrella! Medias de cristal con costura de *Nylon DuPont*. —Me mostró Gloria dentro de un plexiglás, cuyos bordes desintegrados, se habían pegado a sus dedos—. ¡Qué hubiera dado yo por tener unas como estas en mi juventud!

—Yo vendía en la mercería de tía Rosario medias como estas, también elástico para las ligas y de todo... —le dije con júbilo.

—¡No me digas, Estrellita! ¿Tú vendías en la tienda? —preguntó sorprendida.

—¡Sí, claro! Por las tardes, cuando volvía del colegio. A un lado de la puerta de casa estaba el estanco del tío Gabriel, y al otro, el comercio de tía Rosario —le expliqué—. A mí me encantaba estar detrás del mostrador porque las mujeres que entraban a comprar me decían que me parecía a mamá, que ellas la habían conocido con mi edad y que no hacía falta que dijera de quién era... ¡Eso me llenaba de satisfacción!

—¡Tenías de todo! —dijo Gloria.

—Me habían enseñado la manera de vender. Mira, las medias más caras eran las que debía enseñar primero. Las clientes se quejarían del precio y era el momento de enseñarles las más baratas y de peor calidad, que ya les gustarían menos. Entonces, yo metía la mano suavemente con un guante de algodón para no dañarlas y ya no les importaba pagar el precio que costaban las caras —les conté mientras intentaba meter la mano en una de las medias para ver cómo quedaba la costura negra… En aquel momento sentí que la piel se me erizaba. Me vi vendiéndolas, mostrando el mismo artículo a unas señoras. Mientras esperaba a que se decidieran, atendí a un hombre alto y delgado con gorra de visera raída, chaqueta de campo y una manga doblada hacia arriba y sujeta con un imperdible porque era manco. En la otra manga llevaba una banda negra porque estaba de luto. «¿Qué necesita usted?», le pregunté. Con la mano que le quedaba me acercó una fotografía y luego me dijo: «Lo que quiero es ver si conoces a este que está conmigo». Observé la fotografía entre mis manos. Me fijé en la figura del hombre alto y comprobé, mirándolo en persona que, tal como decía, era él mismo. Noté la oscilación expectante de su cuerpo sobresaliendo por detrás de las mujeres que palpaban las medias en el mostrador. El interés que se traslucía en su mirada tan atenta a mi reacción confirmó mi sospecha. El corazón me dio un vuelco, solté la foto sobre el mostrador y corrí hacia la trastienda. Dejé al público sin atender y subí a mi habitación para que nadie me viera llorar.

«¡Qué pena! ¡Dios mío, qué pena más grande!», no cesaba de repetirme. «¡Por Dios, qué tristeza reflejaba su rostro!».

Bajo una boina calada hasta las orejas su mirada parecía preguntar al mundo la causa de tanta pobreza, tanta injusticia…

El hombre que lo acompañaba era el mismo que me enseñó orgulloso la fotografía, solo que en ella ocultaba su manquedad con la postura de perfil. Con su único brazo, extendido, apretaba confiado la mano de su pupilo. El adolescente, casi un niño, miraba de frente a la cámara, a mí, a quien pudiera alcanzar su llamada de auxilio.

«¿Qué puedo hacer por ti, mi querido Manolito?», me repetía como un martillo acompasado por los sollozos de mi pecho.

Mi vista continuaba analizando su chaqueta raída y corta, insuficiente para protegerlo del frío o sus pantalones manchados y rotos, al igual que las zapatillas agujereadas.

Podría decirle que he aprendido a coser y que podría remendar con piezas los rasgones

de su ropa; que tengo un abrigo de sobra y, aunque sea de niña, tal vez podría usarlo para no pasar frío porque en el campo nadie se fijaría en ese detalle.

Pensar en esa solución me aliviaba. Sin embargo, al instante comprendía que yo no podía ir a Jácara ni él venir a Alhamar. Mi mente era como una fuente de la que manaba una pena para la que no encontraba consuelo y un llanto profundo y silencioso me brotaba del corazón.

Recordé la foto que nos hicieron de niños a los tres mayores en Jácara para mandarla a Alhamar. Mi tía Rosario consintió que yo la tuviera con la condición de no estropearla. La guardaba en mi caja de pañuelos bordados y me levanté de la cama para buscarla, dejando en la colcha una mancha húmeda de lágrimas. Allí estábamos los tres, yo sentada en un sillón de patas altas con una muñeca en la mano. Anita de pie, a un lado, con vestido de organza plisado en tono pálido y un bolso colgado en el brazo. Manolito con traje blanco de pantalón corto, calcetines altos y una corbata simulada en su chaquetita, agarrado al otro lado de mi sillón de madera. Aquello era la felicidad o se le acercaba mucho. Al menos teníamos abundancia: alimentos, vestidos, zapatos, juguetes y la sensación de sentirnos queridos.

Parpadeaba con insistencia porque mi visión, empañada por las lágrimas, me impedía ver con claridad la mirada de mi hermanito de tres o cuatro años, que yo adivinaba confiada en el futuro que estaba por venir. ¿Por qué habría de ser diferente? La vida solo tendría que haber continuado tal cual iba, aumentando la familia y multiplicando el cariño. Sin embargo, aquel chiquillo que simbolizaba la bondad en estado puro ahora vestía de andrajos y guardaba cabras en el campo.

Si Manuel estaba en ese estado, ¿cómo estarían los demás? ¿Por qué esa injusticia? ¿Cuándo la vida dio la vuelta? ¿Por qué yo estaba con las tías pasándolo bien y ellos mal? ¿Qué conciencia puede permitir que una hermana lo pase bien y los otros cinco mal? ¿Por qué el abuelo me trajo un día de visita a esta casa y nunca más volvió a recogerme?

Ya no lloraba al oscurecer y cesó mi ansiedad por asomarme al balcón a ver si en el último tren el abuelo volvería para llevarme de regreso a casa. Al principio, supuse que se trataba de un olvido de persona mayor. Después, consideré que el hecho era intencionado. Fuera lo que fuese, el modo de hacerlo creó en mí un disgusto permanente.

El ambiente sosegado en el que se desenvolvía la vida a mi alrededor propició que olvidara lo que pudo ser mi destino por ley natural. El colegio, mi maestra, mis amigas, mi tía Rosario, la iglesia… eran mi mundo entonces. Me acostumbré al bienestar con facilidad y olvidé la escasez en la que vivirían mis hermanos. Por eso mi espíritu se debatía entre la justificación y la culpa. Mi tía Rosario trataba en todo momento de minimizar mis sentimientos de tristeza haciéndome ver todo lo que tenía y también todo lo que faltaba en otras casas, a otras familias y a otras niñas. Tía Flora, a pesar de estar próxima a la cuarentena, no participaba en aquellas reflexiones. Ella no opinaba al respecto, se apegaba a las costumbres y no expresaba sus sentimientos.

—¿Qué ha pasado, Estrellita? Cuéntame, ¿por qué saliste corriendo y dejaste la tienda con clientes? Tú sabes que eso no se puede hacer. El hombre se ha ido enfadado por tu reacción —me dijo tía Rosario, entre confusa y afligida, mientras me abrazaba.

—El hombre me enseñó una foto suya con Manolito. Los dos guardaban cabras en una era. ¡Tengo mucha pena, tita! —le conté sollozando en su regazo mientras ella me abrazaba.

—¡No llores, tontita! Tal vez fuera una foto de engaño, de esas de las ferias con telón de fondo pintado que hacen los fotógrafos minuteros —me respondió ella con voz animada y agradable.

Por un momento quise creerla, imaginar que todo había sido una fantasía que yo tomé como realidad. Me separé de sus brazos para mirarla a los ojos. No parecía querer engañarme, pero conociendo su agudeza y bondad me atreví a desconfiar de su argumento.

—No, tía. Tenía la mirada triste y la gente en las ferias sonríe porque está alegre. Además, siempre pintan escenarios de aviones o de la Alhambra para que parezca que

la gente ha estado pasándolo bien. ¡Cómo va a querer nadie que lo recuerden guardando cabras! —le respondí rebatiendo un argumento para solucionar mi amargura, aunque para desconsuelo mío.

—El hombre manco ha interpretado tu huida como un desprecio de chiquilla vanidosa y presumida, que te avergonzabas de tu hermano y no querías saber nada de él. Yo sé que no era así. Ese hombre no conoce tu corazón, vida mía —dijo abrazándome una vez más.

—Pero ¿por qué, tita, por qué yo estoy aquí pasándolo bien y ellos no? —inquirí—. ¿Por qué el abuelo no me dijo la verdad cuando me trajo a tu casa?

—Bueno, sería para que en aquel momento no lloraras. Eras pequeña, comías poco..., y por entonces muchos niños se morían y... —titubeó tía Rosario con la voz quebrada—, tampoco a mí me dijeron que tu visita a esta casa sería tan larga... Como que iba a ser para siempre. Pero ahora, doy gracias al cielo porque ya no quiero una vida sin que tú estés junto a mí. Has sido para mí un regalo divino. No tengo hijos, pero te tengo a ti, ¡mi Estrella de los mares!

Me dejé abrazar y besar por ella. Sentía que sus palabras eran sinceras, que me quería de verdad y que mi vida dependía de ese cariño que ella me profesaba. En lo más hondo de mi ser perduraba el recuerdo del día de mi partida de la mano del abuelo, y el gesto de mi madre indicándole algo que pudo significar: «¡Llévala con mis hermanas!». Quizá mamá tampoco sabía que mi viaje no tendría retorno. Tal vez aún me estuviese esperando.

—Me gustaría quedarme estas negras de cristal con costura —escuché decir. Pero esta vez no era una cliente, era Gloria liando cuidadosamente el par de medias sobre el cartón de embalaje—. No me las voy a poner, claro, me las quedo por el puro placer de poseer algo que tanto deseé en mi juventud y nunca pude tener.

LA HABITACIÓN DE LOS GATOS

—¿Tenía tía Flora una habitación para los gatos? —preguntó Juli con fascinación—. Me impresionaba a mí, con lo escasos de habitaciones que estábamos, escuchar a los mayores decir que ella tenía siete gatos en una habitación. ¿Eso sería verdad?

—Sí, sí. Era verdad —contesté—. Vamos a subir a los terrados antes de que apriete el calor y podrás verla.

La escalera se estrechaba hasta llegar a una puerta de madera con cerrojo que nos costó abrir. Una bocanada de calor y una tufarada maloliente a excrementos de ratón nos recibió al ceder la madera. El suelo de cemento parecía reblandecido y salpicado de puntos de luz. Procedían de los agujeros del techo, del propio tejado cuyas vigas y cañizo no se habrían reparado en muchos años.

Una de las cámaras contenía baúles, calderas, ollas de porcelana roja con el embalaje roído, tinajas y unas grandes trébedes colgadas en la pared frontal. La otra estancia estaba casi vacía.

—Esta era la habitación de los gatos. A esta terraza salían, se iban por los tejados y todos volvían a entrar cuando ella los llamaba —le expliqué, mientras le mostraba la terraza a la que solo asomamos la cabeza para advertir lo bonitas que debieron ser las losetas en su tiempo, pero que ya no nos atrevimos a pisar por el evidente deterioro—. Subía a traerles comida y al repartirla llamaba a cada uno por el nombre que ella misma le había puesto. Les ofrecía la porción correspondiente y, si alguno intentaba comerse la del otro, le regañaba. A mí no me gustaban los gatos ni la tontería con que los trataba. Pero no podía decirlo donde me escuchara porque era como ofenderla.

—Bueno, si los tenía en esta habitación solamente, no estaba mal la cosa —dijo Juli.

—¡Qué va! Bajaban al comedor porque a ella le gustaba demostrar lo listos que eran sus gatos, cómo eran capaces de detectar si había pescado aquel día y averiguar el lugar donde lo reservaban hasta la hora de cocinarlo. Claro, si ella misma abría la alacena para darles algunos boquerones ya limpios... ¡Qué listos eran sus gatos! Lo peor era cuando nos sentábamos a comer y se traía uno de ellos —continué—, se posaba en su hombro porque a ella le hacía gracia cómo metía la manecilla en su plato intentando tomar comida. Después intentaba hacer lo mismo con mi plato, pero yo le decía, ¡zape!, y el gato salía corriendo. Todo eso se acabó cuando Cebrián se hizo dueño y señor de la casa y no consintió parte de los caprichos de Flora.

»Me parece estar viéndolo con su aire de gran señor, repantingado en la mecedora sobre los cojines que yo misma bordé. Cada vez más lustroso de comer a placer.

»Se levantaba temprano, se pertrechaba de traje y sombrero de fieltro de ala ancha y se dirigía a la plaza de abastos para estar el *primerito,* garantizándose de ese modo la posibilidad de escoger el mejor pescado que llegaba de la costa y las frutas recién cogidas que vendieran de las huertas vecinas. Las tres nos aprovechábamos de su diligencia y su glotonería. Después de lo sufrido poco tiempo atrás con el racionamiento, casi sentíamos culpa por rayar el pecado de la gula.

»Desde que él presidía la mesa, bendecíamos la comida cada una en silencio por no incomodar su ideología antirreligiosa. Sin embargo, la principal condición que la tía acordó con él antes de casarse fue que le permitiera seguir acudiendo a la iglesia. A cambio, él exigió no meter la religión en la casa. Las beatas en las iglesias y así cada cosa estaría en su lugar, decía.

»¡Cómo cambió la casa desde entonces! ¡Qué ambiente tan diferente se respiraba en el hogar cuando vivía el tío Gabriel!

»Él era un hombre jovial y divertido. Llenaba la estancia con su presencia cuando subía de cerrar su estanco. Siempre tolerante y tan moderno. Me enseñaba los últimos inventos que su padre trajo con ocasión de una feria de París; me regalaba estuches de su viaje a Sevilla en 1929 que yo lucía como algo único. Estaba informado de la actualidad porque recibía el periódico *Arriba* en su establecimiento. En él vendía, además de pólizas y sellos, tabaco en cajetillas de cigarrillos o paquetes de picadura que administraban a los hombres con la tarjeta de fumador. En ocasiones me encargaba la

tarea de completar el muestrario con las tarjetas postales y también le ayudaba a vender el aceite, los huevos, y a pesar los garbanzos y el azúcar para dejar preparados los cartuchos de las cartillas de racionamiento, junto con otro niño de mi edad que ejercía como aprendiz y con el que jugaba al escondite en cualquier descuido.

»El tío Gabriel nos proponía, en secreto, que si a cada ración de azúcar le menguábamos unos gramos de los trescientos que debía pesar, los podíamos echar en un cartucho aparte, y cuando estuviera completo, disponer de él para poderle regalar a mi maestra, doña Eloísa, un paquetito de azúcar. Así lo hacíamos y ella se ponía tan contenta, la pobre, sin preguntar la procedencia del valioso producto.

»Pero aquel tiempo de bienestar se transformó en oscuridad y silencio cuando, un buen día, el pobrecito murió sin saber cómo ni porqué. Después del luto, irrumpió aquel demonio para desasosiego nuestro».

—¡Ay, Señor, Señor..., para oír cosas, estar vivos! —intervino Juli—. Mientras hablabas me he estado fijando en lo bonita que es esta arqueta, ¿verdad? Tiene un tamaño mediano y si se limpia bien, estas molduras quedarán preciosas. ¿Qué tal si me la llevo?

—¡Adelante, tira con ella! Pero ¿a ver cómo podemos levantarla entre las dos? Pesa lo suyo —advertí al intentar moverla.

—¡A ver si contiene un tesoro! —magnificó Juli entre risas.

—Vamos a abrirla antes de bajarla —propuse.

—¿Y si hay ratones? —Retuvo Gloria su impulso, previniendo el posible susto.

—¡Papelajos! —declaré al entreabrir la pesada tapa—. Luego los tiraremos.

—¡Vámonos de aquí que hace mucho calor!

De pronto, ese calor que refería mi hermana se hizo tan patente que me obligó a buscar el pañuelo para secarme el sudor de la frente, agudizado con frecuencia por la menopausia.

Dejamos la puerta de la terraza abierta para ventilar y bajamos la escalera con lentitud transportando el cofre.

EL GRAMÓFONO

Las dejé enfrascadas en la contemplación de las sábanas que contenían los baúles y salí a buscar algo, pero mis prisas y mi congoja hicieron que al pasar por el gabinete tropezara con algo saliente. Tras un golpe en la espinilla que me encogió de dolor, miré con rabia hacia el objeto que me había provocado el traspié mientras frotaba la zona contusionada. Al reconocer el pequeño mueble de caoba, me olvidé del dolor, de la rabia y de la premura que me agitaba. Mi cuerpo se destensó y mi boca le confirió una sonrisa a aquel objeto que tantos momentos de felicidad había proporcionado a mi espíritu. Acaricié su madera suave y barnizada como a un amigo al que hubiera encontrado tras años de distanciamiento. Lo alcé para colocarlo en la mesa, después de apartar la caja de bobinas, los pollitos y algunas figuritas del belén. Las huellas de mis dedos quedaron dibujadas sobre la tapa marrón rojizo, lo cual denotaba el paso del tiempo y el abandono al cual había sido condenado aquel preciado gramófono del tío Gabriel. El aparato aún parecía conservar todas las vibraciones que alguna vez nos entusiasmaron y enardecieron nuestras pasiones.

Abrí el broche de la tapa y, al levantarla, el fieltro verde seguía allí, como un lecho mullido esperando que alguien posara sobre él, con suma delicadeza, un disco de pizarra. Recordé que, al darle cuerda, el manubrio rotaba sobre su eje y el brazo metálico se desplegaba buscando con precisión el borde del disco sobre el cual se apoyaba, creando entonces una gran expectación. ¡Qué daría en ese instante por revivir la emoción de aquellos momentos previos a que la bocina irradiara la música de las canciones deseadas!

Busqué el maletín donde se guardaba el álbum de discos, no por la intención de ponerlo en marcha, sino más bien pensando en el posible interés que mis hermanos o sobrinos pudieran tener sobre este antiguo artilugio y su funcionamiento. El estuche estaba dentro del repostero. Le pasé un pañuelo de papel por la tapa y, al levantarlo, el asa crujió. Pulsé los broches de latón hacia los extremos y los resortes saltaron hacia arriba. Lo tumbé en el suelo para extraer el álbum cuadrado y pesado. La tela roja de las cubiertas se notaba raída por los bordes pero conservaba intactas las letras doradas en mayúscula que formaban la palabra ÁLBUM.

Era el mismo que el tío Gabriel abría sobre la mesa. Él pasaba sus pesadas hojas de papel, que enfundaban cada disco como un sobre, nos miraba picarón y elegía el de *La voz de su amo*. Josefina y yo saltábamos de alegría porque ya sabíamos que era el del Tiroliro. El tío abría la solapa de papel y lo sacaba con cuidado, lo depositaba en su lugar y el disco comenzaba a girar. Cuando la música sonaba nosotras comenzábamos a bailar con frenesí, a la espera del momento para levantar los brazos: *Arriba con el tiroliroa. Abajo con el tirolirou. Un golpe de codo con codo, una vuelta de este modo y un saludo con tacón...*

El 24 de marzo, día de San Gabriel, la mesa del comedor se colocaba pegada a la pared entre un balcón y otro, dejando el espacio central libre para bailar. Las bandejas rebosaban de borrachuelos, rosquillos de anís y brazo de gitano, y con una copita de ponche, los mayores sentados alrededor de la habitación degustaban contentos el banquete y felicitaban al anfitrión.

Tras los bailes de las niñas, tío Gabriel ofrecía complacido a sus hermanas la canción de Sánchez de Fuentes: *En Cuba, la isla hermosa del ardiente sol...*, que les emocionaba por encima de todas. Les gustaba ver sonreír a tía Flora y hasta ruborizarse cuando se sabía contemplada por los que la rodeaban. Llegados a: *Dulce es la caña, pero más lo es tu voz...* se enardecían las invitadas y lo cantaban a coro. Tía Rosario se levantaba de su silla con los brazos abiertos y con voz solemne y, bien entonada, se dirigía hacia su hermana para dedicarle el: *...al contemplarte, suspira mi laúd, bendiciéndote hermosa sin par, porque Cuba eres tú*, y besaba la mejilla de Flora donde la lágrima le había saltado sin remedio.

Después de tal exaltación, tío Gabriel rellenaba las copas y ponía otro disco de música menos conocida para animar la fiesta y distender las emociones.

Recuerdo a mis tías con vestidos nuevos para ese día, fecha que procuraban salvar de

promesas para poder vestir sin hábito y lucir sus pequeñas alhajas. La pobre tía Flora seguía el dictado de su hermana mayor como antes hiciera con su padre, quien tanto la mimó después de su enfermedad hasta moldear en ella una actitud de niña en un cuerpo de mujer. Ella se definía a sí misma como una mujer *delicada*, se sentía especial y deseaba que la trataran como tal.

Tío Gabriel aparentaba entereza y aplomo pero, muchas tardes, mientras nosotras bordábamos junto a los balcones del comedor, él se aislaba en el gabinete y escuchaba una canción de amor melancólica y triste, de ausencias y soledades: *Yo te diré por qué mi canción te llama sin cesar... me falta tu risa, me faltan tus besos, me falta tu despertar...* Tía Rosario, compungida y con gesto apenado, se preocupaba por el dolor de su hermano que sentía como suyo. Apenas hablaban de aquello, pero Josefina me lo contó una vez:

—Tu tío tuvo una novia, ¿lo sabías? Era la hija de la Eugenia, la que a veces viene a dar una vuelta por su casa vacía. A él lo llamaron a filas y se fue como soldado de cuota a Cádiz.

»Por lo que fuera, la novia empezó a temer que no volviera para casarse como le había prometido. Se puso muy caprichosa y si no recibía carta de él a diario, le entraba como un ataque de celos pensando que él estaba con otra. La madre, que estaba viuda desde hacía poco tiempo, se encontraba desesperada con la hija. Los médicos dijeron que era histeria. A mí me dijo mi madre que se volvió loca de celos.

»A tu tío Gabriel le escribió su mismo padre explicándole lo que estaba pasando y hasta le concedieron un permiso para venir a verla. Pero, según dijeron, el remedio fue peor que la enfermedad, pues cuando llegó la hora de la despedida y él tuvo que tomar el tren para volver al cuartel, ella no lo dejaba subir al vagón. Se abrazó a él con todas sus fuerzas. Los gritos de la novia se impusieron en la estación. Aquella noche se escapó de casa antes del amanecer y se tiró a las vías cuando pasó el tren de mercancías que no paraba en Alhamar. Decían que fue para que el mismo transporte que se llevó a su novio se la llevara a ella también. Dicen que era muy guapa, como su madre. Después de conocer tales sucesos, y sin pronunciar palabra, yo compartía la pena en aquellas horas en que el pobre tío Gabriel evocaba, en soledad, la culpa por no haber podido evitar que a una muchacha en la flor de la vida se le cruzara una salida tan desesperada. También el ánimo de tío Gabriel quedó segado para siempre.

Rodeé con el índice el círculo verde que asomaba por la funda de papel amarillento de aquel disco, imaginando que el amor puro y sano de aquellos amantes perduraría allá por los cielos. El cartón conservaba intactas las letras impresas: Columbia. *Los últimos de Filipinas. Yo te diré.* María Teresa Valcárcel.

Escuché unos pasos. Cerré el álbum, presioné los cierres metálicos del maletín de los discos con el celo de quien lacra los sentimientos de otro tiempo, enclaustrando la llama viva de la juventud de los amantes y la mía propia. Cada disco del álbum guardaba, como testigo mudo, la alegría de mi niñez, la compasión de Rosario, la sensibilidad de Flora y la tristeza de Gabriel.

10

Alhamar, verano de 1946

De tanto escuchar la canción, Estrella la aprendió de memoria. La cantaba con frecuencia, imitando muy bien a la Valcárcel. Sus amigas le pedían que lo hiciera y ella disfrutaba complaciéndolas.

Aquel día, al regresar de la iglesia, tía Rosario la esperaba con impaciencia. La expresión exultante en el rostro de la muchacha y la alegría que emanaba por cada poro de su piel confirmó las suposiciones de la tía. Esta la zarandeó por los hombros, gritando fuera de sí, y levantó la mano para darle una bofetada, pero los ojos implorantes y desconcertados de la sobrina la detuvieron.

—¡Me lo han dicho! ¡Lo han hablado en la tienda y yo en el mostrador no daba crédito! ¡Han contado lo de ayer en la alameda!

—¿Pasó algo en la excursión? —preguntó la chica, extrañada.

—¡Dímelo tú, Estrellita! Quiero escucharlo de tus labios... De esos con los que cantas, traspuesta, como una cualquiera para que todo el mundo se fije en ti... ¡Para despertar lujurias!

—Pero si era una excursión parroquial a la ermita. Éramos todas chicas, las del coro y la catequesis.

—¡Y el cura nuevo! No se habla de otra cosa. De cómo te miraba, ¡embelesado! Tocando la guitarra mientras tú cantabas una canción que no es religiosa y tú lo sabes de sobra... ¿Te creías que eras la Nani Fernández en la película? Rodeada de soldados mirándole las piernas mientras ella canta la dichosa canción. ¡Menudos disgustos me va a traer a mí la «cancioncica»!

—También canté la de *Mujer, si quieres tú con Dios hablar* y el *Ave María* de Schubert, tía, la que tú quisiste que me aprendiera para la función solemne de la iglesia.

—¡Calla, cállate, por Dios! Estás dando que hablar a las gentes del pueblo y eso es lo que una mocita tiene que evitar a toda costa. ¡Piérdete donde no te vean y no bajes a la tienda en unos días! No me extrañaría que el comercio se llenara de personas interesadas únicamente en sonsacarte información para luego agrandar el chismorreo a su antojo.

Cuando subió a guardar el velo y cambiarse de ropa, Estrella se sentía turbada, aturdida... No lloró. En lo más profundo de su ser la reprimenda que acababa de recibir por parte de su tía era una señal, un indicio que verificaba lo que más deseaba su corazón: que él se fijara en ella. ¿Podría desear algo con mayor fuerza?

Don Ernesto se mojó la sotana al cruzar el arroyo. Se la quitó y la colgó para secarla en la rama de un árbol. Entonces, lo percibió como lo que era: un hombre con toda su virilidad. Se extasió contemplando la espalda ancha de aquel cuerpo fornido y joven mientras componía un puente con piedras grandes. En ellas apoyó sus pies descalzos y luego ofreció sus manos a las chicas para ayudarlas a saltar a la otra orilla. Ellas reían nerviosas, temían caer al agua. Estrella aguardó a ser la última. Con ello, prolongaba el estado de excitación provocado por aquella fogosa impaciencia que nunca antes había sentido.

Pretendía que su mano fuese la última que lo tocara, que el tacto de su piel perdurara en la de él, sin que otra mano lo borrara. Estrella no miraba las piedras ni el agua, solo los ojos melados, resplandecientes por la claridad del día en la naturaleza. En la oscuridad de la iglesia, en cambio, sus pupilas se agrandaban ennegreciendo su mirada. Ahora los ojos de Estrella reflejaban, como espejos, lo que en su alma estaba a punto de estallar.

El magnetismo de sus miradas compenetradas obró la magia, el acercamiento, el roce de sus cuerpos. Ella quedó fascinada por el aroma que él exhalaba. Perdió el equilibrio y Don Ernesto la sostuvo entre sus brazos. Sintió en su cintura la presión de la mano, la misma con la que cada día bendecía a los feligreses desde el altar.

Después de la comida, con las mantas extendidas en el suelo, vinieron las canciones.

—¡Venga, Estrellita, cántanos el *Yo te diré* que te sale tan bonito!

—¡Primero el *Ave María*, mujer, para dar gracias a la Virgen! —les propuso ella.

Tenía que mirar al joven sacerdote para coger el tono con los primeros acordes de su guitarra. Mientras él comprobaba el afinado de las cuerdas, ella gozaba perfilando con la mirada cada ángulo de su cara, el hoyuelo de su barbilla poco rasurada, su pelo castaño revuelto por la brisa y por el desasosiego de la jornada campestre. Se olvidó de la tonsura que no quedaba a la vista. Sus labios carnosos con su singular sonrisa se entreabrieron para indicarle que podía comenzar a cantar.

Y cantó. Estrella le cantó a la vida, al instante que estaba viviendo, al destino que la había llevado hasta el pueblo de Alhamar, a las gentes de una parroquia donde se sentía tan feliz.

Ella era como el alma de los cantos. Durante cada misa, una compenetración casi divina se establecía entre el gesto silencioso de don Ernesto y la primera nota que Estrella emitía con su afinada voz, que resonaba en la cúpula de la iglesia mientras cantaba, con expresa pasión el *Salve, Regina; el Pange, lingua; el Ave, verum Corpus*... Las demás coristas la seguían cantando el estribillo. Era notorio cómo, tras la finalización del canto, el celebrante quedaba abstraído y le costaba reincorporarse a la liturgia. Estrella respiraba y agradecía a Dios tan inmenso gozo.

11

Alhamar, verano de 1946

Desde que don Ernesto Camino cantó misa hacía un año en la iglesia de Alhamar y se quedó como coadjutor, Don Eusebio, el párroco, recelaba de la inefable aceptación que su ayudante tenía entre la juventud. Aunque lo consideraba lógico en parte, a la vez le resultaba extraño ese resurgimiento del fervor religioso capaz de llenar la iglesia en las misas, los oficios de Semana Santa o en toda novena o triduo.

La mayoría de las chicas admiraban a don Ernesto. Para ellas no tenía defectos. Cuando las jóvenes eran convocadas para explicarles cualquier cosa, se disputaban la posición que les permitiera su cercanía; requerían su atención; ansiaban su mirada y, cuando les dedicaba una sonrisa, saltaban de alegría. Cualquier labor de apostolado que propusiera don Ernesto tenía éxito porque todas acudían como un rebaño de ovejas, entusiasmadas y dispuestas a colaborar con él, guiadas como por el Buen Pastor.

Estrella se apuntó a una de ellas; la campaña de alfabetización. Consistía en enseñar a leer y escribir a las personas que no iban a la escuela. Ella y Josefina eligieron la parte del pueblo más alejada, la que las demás chicas temían y descartaban. Se trataba de la población gitana que habitaba las cuevas del cerro. Muy pocos vecinos accedieron a abrir las puertas de sus casas a los «payos», como entre gitanos se les llamaba a los que no pertenecían a su etnia. Pero el cura nuevo tenía carisma y convenció a dos familias para empezar por lo más básico, como podía ser aprender a firmar.

El primer día de apostolado, Josefina y Estrella caminaron junto con el cura en dirección hacia el llamado Cortijo Buenaventura, rodeado de olivares. En este paraje terminaba el límite del mundo conocido para ellas. Aquel día continuaron por un carril empinado entre yertos pedregales. Don Ernesto se detuvo cuando, al final de la cuesta, se encontraron ante una hilera de cuevas excavadas en el monte con las fachadas encaladas. Los perros ladraron y uno de los niños morenos y despeinados que correteaban descalzos se adentró en la primera de las puertas. A continuación, una mujer con delantal y pelo recogido en un moño apartó la cortina que cubría la entrada.

—¡*Paze* usté, *zeñó* cura y la compaña, que hace mucha *caló* ahí fuera!

—¡Buenas tardes, Marina, bendita seas por tu hospitalidad!

El frescor de la cueva se sintió al entrar en ella, así como su extraño olor, tal vez al candil apagado que reposaba sobre la peana de la chimenea junto a un almirez.

—Esta es Estrella, la joven que va a enseñarle a tus hijos todo lo que quieran… O a ti misma, que nunca es tarde para aprender —dijo don Ernesto al presentarle a Estrella.

—Tiene *usté* cara de buena, *zeñorita*, y un pelo que pa' mí lo quisiera —dijo Marina, zalamera.

—Bien, pues os dejamos a las dos para que os organicéis y yo voy a acompañar a Josefina hasta la cueva de sus discípulos. ¿Era la penúltima, verdad Marina? —quiso asegurarse el sacerdote.

—No zé yo zi zerá la que *usté* dice. La última, no, la de la *partacá* —le indicó Marina, que se había asomado a la puerta para señalar el final de las viviendas, y desde allí los miró alejarse rodeados de los niños curiosos.

Estrella estaba observando los cacharros tiznados que colgaban de los garfios de la espetera cuando apareció, desde el interior, un mozalbete de no más de catorce años con el pelo peinado y húmedo. Se iba abrochando un par de botones de la parte baja de la camisa blanca. Estrella se volvió alterada al notar su presencia.

—¡No *ze azuste usté*! Me he *adecentao* un poco *pa' estal precentable*. Vi que *zubían* por el camino con el cura y *penzé*: *eza* van a *ze la maestra* y no me *quivocao* —dijo triunfador—. Yo *zoy* el único que quiere *aprendel* de *to'* mi gente, y mira que *zemo* ocho *hermano*.

—Y, ¿cómo te llamas? —preguntó Estrella con cierta confianza.

—*Grabié pa zelvila a usté* —respondió con gallardía.

Estrella se estaba presentando y Gabriel no la dejó terminar.

—Yo la *conojo*, y mi *mama* cuando *ze* lo diga, también. —El chico se dirigió a su madre

que recorrió la estancia y salió de nuevo hacia la calle con la jofaina del agua sucia para tirarla a los dompedros, junto a la puerta—. *Mama*, ella es la niña de la tienda *er* tabaco.

—¿Me conoces? —preguntó Estrella asombrada—. Mi tío el del estanco se llama Gabriel, como tú.

La madre limpió la mesa con un trapo y acercó una silla de anea a la mesa. Gabriel hizo lo mismo. Estrella soltó encima de la mesa una cartilla de lectura, la libreta y un lápiz y se sentaron. Ella abrió la página de las vocales dispuesta a empezar con las primeras letras.

—*Zeñorita*, yo no quiero *zabé* de letras, yo quiero *zabé* de *número*. *Pa' contá billete* y que no me engañen *lo payo*.

—De números, también te enseño. Pero poder leer lo que dice una carta o firmar un documento es muy importante en la vida —argumentó Estrella.

—¡Una *calta*! *Ezó zerá pa'* cuando me toque la mili y tenga novia y… ¿un *decumento*? No *zé*, no *zé*... —Caviló Gabriel.

Entraron varios niños y se colocaron rodeando la mesa para mirar lo que para ellos representaba una acción poco cotidiana. Y Gabriel les dijo que «no tenían moscas en la cara», con un aire que los chiquillos interpretaron como que debían dejarlos solos y salir hacia la calle de inmediato.

—¡O *número* o no hay trato! —concluyó Gabriel con un puñetazo sobre la mesa—. Quiero ir de *feria* con un compadre que compra y vende *ganao*. Con eso se gana parné. ¡*Enzéñeme usté a contal*!

Ante tal demanda, Estrella se dedicó a contar con Gabriel piedrecitas, palitos, garbanzos... y cuando hubo mayor confianza, ella llevó monedas y billetes para que Gabriel se entrenara en el valor, los cambios y devoluciones del dinero auténtico.

12

Con el tiempo permitieron que Dolores, una hermana mayor que Gabriel, permaneciera de pie observando cómo este aprendía. El padre, con sombrero y una vara siempre a mano, permanecía en la calle, a la orilla de la vivienda, una vez que la sombra del atardecer mejoraba la temperatura. Un día en que este y Gabriel acudieron a ayudar a un vecino con la descarga de un carro de paja, Marina aprovechó para contarle a Estrella la historia de su hija mayor. Tan embelesada estaba que cuando pasó Josefina a recogerla para volver juntas como cada tarde, Estrella le dijo que ya iría ella detrás. No podía dejar a madre e hija con la palabra en la boca después de estar abriéndole su corazón. Se compadecía del suceso que le estaban contando y trató de confortarlas.

Estrella se asustó al salir fuera y ver que estaba oscureciendo. Había perdido la noción del tiempo y comenzó a andar a paso ligero, temerosa de hacer el camino de vuelta sola.

—Estrella, ¿cómo tú por aquí a estas horas? —interpeló don Ernesto detrás de ella.

—¡Ay, qué susto! ¿Y usted?

—Yo he venido a ver si convenzo a Paulino, el de la última casa, para que bauticen al niño que han tenido. He subido tarde, después de terminar el santo rosario, pero estamos en septiembre y los días se van acortando. Y Josefina, ¿no ha venido hoy?

—¡Sí! Ha venido, pero me quedé escuchando lo que me contaba Marina sobre una hija que tienen —le confió Estrella.

—¿Qué te han dicho? —preguntó el cura, interesado en conocer la versión que le habían contado a ella.

—Según dicen, esta hija se enamoró de un gitano que la rondaba a escondidas. Él pertenecía a una familia con la que estaban enemistados. Era público y notorio el odio a muerte que ambas estirpes se profesaban. Ninguna de ellas iba a consentir tal unión y los enamorados solucionaron el asunto fugándose de madrugada. A él lo amenazaron de muerte si volvía por allí y a ella la desterraron de su corazón. Dicen que no quieren saber dónde vive su hija porque para ellos está muerta y enterrada —relató Estrella, aún consternada.

—Ya, ya...

—¿Por qué tuvieron que elegirse uno a otro si ya sabían que sus familias no querían? —preguntó Estrella.

Don Ernesto no respondió de inmediato. Ella iba concentrada en la bajada de la pendiente. Echaba de menos el brazo de su amiga al que cada tarde iba agarrada para sortear las piedras. Quizá solo de pensarlo, en ese instante resbaló y llevada por un acto reflejo, Estrella tomó el brazo del cura antes de caerse. La mano de ella cerca de la muñeca de él exaltó los sentidos de la joven de tal manera que le pareció sentir que otro pulso latía tan fuerte como su propio corazón. Una energía radiante recorrió su cuerpo con tal potencia que le impedía soltarse, a pesar de haber recuperado el equilibrio. Estrella miró a don Ernesto y encontró en los ojos de este una mirada sostenida que prendía en la suya.

—El amor, cuanto más imposible, más se arraiga... —contestó reflexivo el sacerdote.

Estrella escuchó esas palabras y no atinaba a comprender si se refería al amor por él, que ella dejaba traslucir, o al de los gitanos de los que venían conversando.

Al oscurecer, los tonos grises envolvían todo lo que abarcaba su vista. El espacio se veía distinto y tras cada piedra se dibujaba una sombra que hacía confuso dónde pisar. Era la luz de la luna la que producía esa magia óptica que Estrella presenciaba por primera vez en la bajada del cerro. Una vez llegados al Cortijo Buenaventura, Estrella respiró hondo ante la belleza plateada de los olivares.

—¡Vamos a descansar un poco! —sugirió él—. Total, ya vamos a llegar de noche.

Se detuvieron junto a una peña grande, al borde del camino. Estrella se sentó en la hierba, extendió su falda de vuelo sobre las piernas y apoyó la espalda en la piedra. Ernesto se levantó los faldones y se acomodó junto a ella, dobló la pierna izquierda y cruzó las manos sobre la rodilla.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Estrella y suspiró—. ¿Por qué habrá que atender

siempre al deber y no a lo que uno siente? ¿Por qué si lo que más deseo en estos momentos es quedarme aquí, a la luz de la luna, mirando las lejanas lucecitas del pueblo..., por qué debemos irnos?

—¡Hagamos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías! —recitó don Ernesto recordando las palabras del Evangelio.

El lugar ofrecía un punto de encuentro de la naturaleza con Dios. Una conexión entre lo temporal y lo eterno, entre el cielo y la tierra. Entre el amor a Dios y el amor humano.

Estrella, amparada en la tenue luz ceniza, lo contempló a placer. Se sintió liberada de la vergüenza o la timidez que tantas veces le había impedido quedar extasiada admirándolo. Cuando él reclinó la cabeza sobre la roca, su imagen aparecía como una efigie bruñida. Ella intentó dibujar en el aire el perfil de su rostro, sus labios esbozaban una leve sonrisa que a ella le pareció de puro placer. Él adivinó su juego y tomó la mano de Estrella para acercar el dedo de la artista al modelo real que intentaba reproducir. Después, lo condujo por su propia mejilla, su barbilla prominente y su boca que no resistió el roce de la piel de ella sin estremecerse. Ernesto ladeó la cabeza hacia Estrella y también comenzó a delinear su frente. Bajó el dedo por su nariz y acarició su rostro con ternura. Ella podía notar el aire que él exhalaba. Cuando sintió las manos de Ernesto enredadas en los rizos de su pelo, su cuerpo se llenó de emociones desconocidas hasta aquel momento pero capaces de envolverla en fascinantes sensaciones. Cerró los ojos y sintió el roce tímido de los labios de Ernesto que se fundieron con los suyos en un deseo mutuo. Prolongaron un anhelado beso como si se tratara del único permitido por la flaqueza humana. Ella temió el instante próximo, ese en el cual la razón y la moral se impusieran sobre la fuerza voluptuosa del momento presente.

—No he debido besarte —dijo Ernesto y se puso de pie con presteza.

—Lo sé, eres cura —respondió Estrella, y también se levantó del suelo.

Ernesto fijó por un instante su mirada en la esfera luminosa que los alumbraba desde el cielo, y luego se volvió hacia Estrella.

—También soy un hombre —dijo.

La abrazó con tal intensidad como si todos los abrazos del mundo se hubieran concentrado en un solo. A Estrella le pareció sentir el amor y, a la vez, el miedo a que aquel abrazo fuera el único y definitivo. Se besaron de nuevo y solo escucharon el canto rítmico de los grillos.

—Debemos regresar —le susurró él.

Estrella agarró su mano pero él rodeó su cintura y retomaron el camino.

—¿Hemos pecado? ¿Debo confesarme? —preguntó Estrella.

—Tú eres un ángel —respondió él—. Los ángeles no pecan, solo dan amor y luz en los senderos oscuros como el mío. Yo, sin embargo, hice voto de castidad y lo estoy rompiendo. Lo que hago es un sacrilegio.

Estrella consideró la gravedad del pecado. Pero no fue capaz de despegarse del cuerpo vestido de sotana al que abrazaba. Una y otra vez detuvieron su marcha para besarse con inusitada pasión por si fuera la última vez.

Próximos a las primeras casas del pueblo separaron sus manos y eligieron calles diferentes para llegar a sus respectivos domicilios como fugitivos en la noche.

Estrella entró en casa con las mejillas ruborosas y el pelo alborotado. Su semblante rebosante de gozo no justificó su tardanza. Tampoco la excusa de haber sido acompañada por don Ernesto pudo apaciguar el ánimo alterado de su tía que la había buscado en la botica, en la iglesia y en casa de otras amigas. Por el contrario, puso en alerta a Rosario. Esta, al igual que las demás mujeres mayores acostumbradas a las prácticas de don Eusebio y su trato distante, tampoco veía con buenos ojos la reacción que el joven sacerdote provocaba en la juventud, y consideraban que se estaba creando una relación poco respetuosa con visos de no llevar a nada bueno.

En casa, a Estrella le prohibieron ir tantas veces a la iglesia. Su tía Rosario buscaba todas las maneras de impedirle asistir a los innumerables actos religiosos programados en aquellos tiempos. Ella misma dejó de asistir a diario a misa y al rosario de la aurora para que la sobrina siguiera su ejemplo.

Escondían el despertador para que continuara durmiendo y perdiera la misa de alba.

Pero ella rezaba a las ánimas benditas para que la despertaran e inventó un sistema para no quedarse dormida. Se ataba la muñeca con una cinta al hierro del cabecero de la cama para que, al moverse, los tirones la despertaran de madrugada. Después, salía en silencio, saltándose las normas establecidas en la familia. Siempre le enseñaron que Dios estaba por encima de todas las cosas, también debía estar por encima de las trabas que se inventaba tía Rosario según las conveniencias de cada época.

13

Alhamar, septiembre de 1946

Estrella aprovechó la oportunidad que le brindó la rigidez de su tía respecto a la moralidad y normas de conducta y fue a la iglesia a confesarse. Unos minutos arrodillada en un banco le bastaron para detectar la tos de don Eusebio en la sacristía y confirmar que el que estaba en el confesionario era él, Ernesto.

—Ave María Purísima —susurró Estrella al arrodillarse en el confesionario.

—Sin... pecado concebida —respondió el confesor, estremecido.

—Estoy aquí porque mi tía cree que debo confesarme, aunque con don Eusebio. Era la oportunidad que esperaba para volver a la iglesia antes del domingo.

—¿Sabe tu tía algo... pecaminoso sobre ti?

—Según ella, rocé las manos de un... hombre —se atrevió a pronunciar.

—¿Le produjiste daño?

—¡No, claro que no! Fue solamente un roce.

—Y… ¿daño moral?

—No lo puedo saber —contestó ella con cierta picardía.

—¿Cuál fue la reacción del hombre en aquel momento?

—Sonrió un poco.

—¿Cuál fue tu intención al hacerlo?

—Ayudarle a colocar la postal en la ranura para ver la imagen en relieve con las lentes del estereoscopio. Ocurrió el otro día durante tu visita a casa con don Eusebio. Desde entonces mi tía no deja de decirme que no me porté debidamente, que las manos del sacerdote están sacralizadas... En cambio, yo siento pena por mi tía, por su ignorancia y su candidez. Mi auténtico pecado consiste en ocultarle que no solo son tus manos las que rocé, sino también tus labios, y que por ti vivo y sueño.

—Si pudieras, le dirías a tu tía que en esa ocasión hiciste un bien —el sacerdote retomó la palabra, dulcificada y profunda.

—¿Le digo que no he cometido pecado, entonces? —consultó, irónica.

—Si ella supiera cuánto me gustaría darles a conocer a ella misma y al mundo que ese hombre sueña con tu abrazo, con tus besos y hasta con ese roce de tus manos; que desde entonces respira mejor. Que le ayudaste a olvidar el dolor continuo que sufre su alma atormentada. Me resultó fundamental para conocer la grandeza de Dios, ¿sabes? Para creer que el amor de Dios se materializa en los hechos concretos que llevan a cabo otros seres humanos, otras personas que también están dotadas de la capacidad de amar. Seres que el Todopoderoso sitúa en este mundo, en lugares insospechados, para que nos demuestren cómo se ama de verdad. No podemos amar a Dios con autenticidad si no hemos aprendido lo que es el amor a nuestros semejantes. Pero mi vida consagrada impone que solo debo amar sus almas. Es un amor con limitaciones. Sin embargo, amo a tu ser en cuerpo y alma con una intensidad suprema. La Santa Madre Iglesia me perdone si pronuncio herejía, pero dudo que mi deber obligue a excluir de ese amor universal a quien más amo.

Estrella se sintió extasiada escuchándolo, elevada en una nebulosa de agradables sensaciones. Su silencio permitió que aquellas y las siguientes palabras penetraran desde sus oídos hasta su corazón henchido.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y su cuerpo, arrodillado sobre la madera, temblaba. Se preguntó si acaso sería el mismo Dios quien estaba hablando con tanta claridad por boca de aquella persona a la que ya percibía más como hombre que como cura. Bendijo esa oportunidad de escucharlo de nuevo, tan cerca, aunque fuera en aquel habitáculo cerrado con tupidas cortinas moradas.

Estrella apretó su frente contra el entramado romboidal de la rejilla. Apoyó las palmas de las manos sobre ambos lados de la cara en un intento de aislarse de todo cuanto no fuera su voz, su aroma, la silueta de aquel torso con la cabeza baja y las manos unidas, con los índices apoyados sobre la nariz.

—¡Eres tú a quien más amo, mi Stella matutina! —continuó él, dirigiéndose a ella. Luego giró su rostro compungido y apoyó su frente sobre los listones del entramado—: ¡Perdóname por quererte tanto! ¡Por haberte expuesto a las reprimendas de tu familia y las habladurías del pueblo!

La muchacha se sentía fuera de sí. No creía que aquello tan sublime estuviera sucediéndole a ella.

Incapaz de pronunciar palabra, se culpaba por ser la causa del padecimiento de la persona por la que hubiera sido capaz de dar la vida. Ver derretido su esplendor por aquel motivo le provocaba un dolor de magnitud infinita, a la vez que un gozo inconmensurable. En aquel momento, la esencia del más puro amor pesaba tanto como el dolor por lo imposible de su goce.

—¿Qué podemos hacer? —se atrevió a preguntar—. Nos condenarían aquí en la tierra y allá en los infiernos.

—¡Sí, podríamos hacer algo, si tú lo desearas tanto como yo! —dijo él buscando la sombra de su mano al otro lado—. Podemos huir, amor de mi vida, podemos desaparecer de este ambiente que nos condenaría, como tú dices. Conozco lugares en el mundo donde podríamos amarnos con toda nuestra pasión y a la vez ayudar a mucha gente que nos necesita. África, Asia, América... En cada uno de estos continentes hay misiones que nos recibirían con los brazos abiertos. Lejos de todo este sistema eclesiástico que nos paraliza, hay otra vida que podemos vivir en plenitud. Luego, con una simple carta al obispado de la diócesis por mi parte y otra a tu familia, por la tuya, nos liberaríamos de las cadenas que nos esclavizan.

—Nadie me quiere como tú y a nadie quiero como a ti —le confesó convencida.

Una tos bronca los sobresaltó, al tiempo que la luz mortecina de la iglesia penetró en el confesionario cuando alguien abrió las cortinillas que daban cobijo a tal intimidad. El delirio místico en el que se hallaban se interrumpió.

—He estado esperando en la otra ventanilla a escuchar *el ego te absolvo tui* para decirte, Ernesto, que me sustituyeras en el rezo del santo rosario porque la tos que me aqueja no remite —pronunció don Eusebio con descortesía y brusquedad—, pero dada esta situación tan inaudita, insólita, inusitada y… hasta sacrílega en la que te he descubierto, no puedo dejar a tu cargo ningún menester de la parroquia hasta que no hagas acto de contrición y te arrepientas de tus pecados de pensamiento, palabra y quién sabe si también de obra. Hasta que no hagas propósito de la enmienda...

Estrella se levantó asustada y salió andando, muy apenada de ver intimidada la voluntad de un hombre tan valeroso como don Ernesto a manos de su superior más próximo en la jerarquía eclesiástica. Pero don Eusebio, enfurecido, la siguió hasta el altar de San José, y al amparo de una gran columna que ensombreció sus rostros, le dijo, iracundo, al oído:

—¡Sal de la iglesia, Estrellita, antes de que te dé una azotaina que es lo que mereces! ¡Recógete esa melena rizada y tentadora de almas sensibles! Y no vuelvas por aquí hasta que yo te lo ordene.

Sin rechistar, ella enfiló sus pasos hacia la salida, con la mirada puesta en las baldosas pardas del suelo. No se quitó el velo hasta llegar a su casa para ocultar lo que acababan de calificar como una seductora cabellera.

¿Qué había sucedido?, se preguntó Estrella en las horas de insomnio de aquella noche. Algo muy profundo había impactado en el corazón de la joven, dejando anonadados su mente y su cuerpo. Estrella flotaba en un estado de sensaciones gratas, de bienestar, de felicidad, de amor... ¿Existiría mayor privilegio que sentirse elegida por el mejor de todos los hombres? ¿Podría haber más gozo que haber escuchado, de tan bonitos labios, esas palabras de amor? Había notado su aliento y el calor de su piel muy cerca. Se sintió parte de sus deseos, partícipe de sus aspiraciones. Saboreó la gloria y en ese bienestar se durmió.

A la mañana siguiente, no pudo continuar rebosando ternura ni derramando la ilusión de amar y ser amada. Su mundo interno se había resquebrajado en silencio cuando tuvo que reconocer y enfrentar las consecuencias del amor más maravilloso que había conocido.

Se sentía avergonzada de sí misma. Expulsada del paraíso como Eva, perturbada por la culpa de haber dado de comer a Adán la manzana del árbol prohibido.

Ernesto también fue expulsado de aquel Edén. Don Eusebio presentó la justificación de la repentina ausencia de su coadjutor, que, según explicó, había sido reclamado para ocuparse de un asunto familiar urgente, y lo más probable era que, luego, lo trasladasen a otra parroquia que le permitiera compaginar su vocación con sus deberes familiares.

La joven ocultó lo sucedido a su tía, a las del coro, e incluso a Josefina. Fingió una afonía producida en parte por sus continuos y secretos llantos. Redujo sus visitas a la iglesia y solo asistía a la misa de los domingos. Evitó su presencia en el coro junto al altar mayor y ocupó un banco junto a los reclinatorios de las tías. Don Eusebio pareció aprobar la forma en que estaba llevando a efecto la penitencia que le impuso. Tía Rosario, a su vez, estaba conforme con que hubiera aminorado su frenética actividad en la parroquia.

Estrella observaba las miradas de unos y de otros esperando que alguien la juzgara por su mal proceder, que la culparan por los hechos que motivaron la ausencia definitiva del cura joven que había revolucionado la vida religiosa y social del pueblo. Sin embargo, nada indicaba que sus temores ocuparan la mente de las personas que la rodeaban. Las beatas se quedaron conformes con el cambio y volvieron a ejercer el control que antes habían tenido en torno a las actividades pastorales. En breve, codiciosas compañeras del coro usurparon el lugar protagónico de solista en los cantos. La vida de la comunidad religiosa siguió sin don Ernesto, que fue sustituido por otro sacerdote, esta vez de edad parecida a la del párroco, con el que parecía entenderse muy bien.

Si nadie hablaba de don Ernesto ni de aquel suceso, tal vez era porque no existió, llegó a pensar Estrella. Pudo ser solo el fruto de su imaginación, elucubraciones de una mente *calenturienta*.

EL ESTEREOSCOPIO

Anita me buscaba porque encontró entre las sábanas del baúl una caja con algo dentro que no sabía lo que era. La puso en mis manos para que decidiera si se tiraba o se guardaba.

Y allí, en la caja de madera, estaba el estereoscopio portátil Le merveilleux que tío Gabriel solía exhibir ante las visitas y que yo imité aquel día.

Creo que fue en las fiestas patronales de mediados de septiembre, cuando don Eusebio y su coadjutor pasaron por casa invitados por tía Rosario a tomar una copita y un dulce para celebrar la fiesta, le mostré a don Ernesto cómo se colocaban las postales para poder verlas dentro del aparato. Eso creí yo que había hecho pero, según tía Rosario, me había mostrado demasiado solícita y casquivana y ese acto trajo como consecuencia grandes desdichas.

Ahora, el estereoscopio entre mis manos no me inspiraba ninguna emoción. Sin embargo, levanté el broche con cuidado y abrí la tapa. A la izquierda, el soporte con las lentes, y a la derecha, el paquete de postales en blanco y negro divididas en dos imágenes que se complementaban para producir la ilusión óptica de la visión tridimensional.

¿Qué importancia podía tener ya, una vez liberado de las connotaciones a que dio lugar cincuenta años atrás? El entonces novedoso artefacto que configuró una quiebra en mi ardor juvenil, ahora se había convertido en una simple pieza de anticuario.

Decidí amontonarlo con las cosas seleccionadas para llevar a mis sobrinos como objeto peculiar, por si les llamara la atención, y volví con Anita a sacar sábanas, colocadas en el baúl con la delicadeza de quien expone una mercancía al público. Estaban, en su mayoría, adornadas con ribetes de laboriosos encajes hechos a mano, bajeras con vainicas y floridas letras con las iniciales de mi tía Rosario, realizadas con primor en la época de su juventud.

Los juegos de cama con manifiestas manchas amarillentas, holladas por el paso del tiempo sobre el blancor inmaculado de las telas, parecían representar las marcas de sus propias vidas, las vidas de las mujeres que ni siquiera las usaron. Frente a un balcón, ellas las habían bordado puntada tras puntada, proyectando con hebras de ilusión sueños de futuras esposas. Tales horizontes se frustraron, ya por el recato y la sumisión a las leyes morales o religiosas que se imponían en la época, ya por el luto del padre fallecido, sin pretendientes que se fijasen en ellas. Menos aún pudieron prever que consumirían lo que quedaba de su juventud sobreviviendo a una guerra sin soldado en el frente al cual esperar. Cuando despertaron a la realidad que les aguardaba, solo las rodeaba la soledad.

—¡Madre mía! ¿Qué hacemos con todo esto? ¿Quién se lleva ahora tanto ajuar por mucho Richelieu que tenga? Y estos tejidos hay que plancharlos con sumo cuidado. Yo estoy acostumbrada a mis sábanas estampadas que secan pronto, se doblan y a guardar. ¡No están los tiempos para tanto melindre! —dijo Anita después de pasar sus dedos por debajo de los bordes calados de tan primorosa labor.

—Es una pena que unas piezas hechas con tanta pulcritud, las dejemos de lado. Pero yo no me las puedo llevar —dije con tristeza—. Si encontráramos alguna persona que valorara lo que tiene entre manos, se lo regalaríamos con sumo gusto.

—Y, ¿qué hacemos? Gracias a Dios, ahora, tenemos de todo. Los armarios llenos..., ¡si esto nos lo hubieran ofrecido cuando lo necesitábamos! Pero ya es tarde —dijo Anita, tras lo que se quejó de la cintura.

Tampoco a mí me interesaba seguir hurgando por si encontrábamos sepultada en el fondo la ropa de cama que llevaba mi nombre. No. Convenía que el pasado se consumiera en el blancor rancio de aquel baúl. Al igual que a mis hermanas, a mí también me sobraba aquella profusión de bienes obsoletos. Tal como ellas se manifestaban al contrastar la abundancia de hoy y la escasez de antaño, yo también me identificaba con sus sentimientos cuando de las sábanas de mi ajuar se trataba.

Si se encontraban allí estarían comidas por la polilla porque no me las habían querido

dar cuando las necesité. Yo debía haber presentado, al entrar en el convento, mi media docena de sábanas, los juegos de toallas, ropa interior, medias, calzado... Pero salí de esta casa con la maleta vacía. En ella rodaba un peine y una muda de ropa bastante usada. Mis pocas pertenencias quedaron clausuradas y mi acceso prohibido por la imposición implacable de tía Rosario y la pasividad de tía Flora.

Supusieron que los bienes materiales me retendrían en esta casa, que acostumbrada al bienestar que ellos me proporcionaban, la carencia de los mismos me haría desistir de mi empeño y así volvería a casa.

Creyeron que yo era una posesión más, un artículo de su propiedad. Que mi agradecimiento por los años que pasé bajo su tutela equivaldría a la sumisión total a su voluntad, a la renuncia de mí misma. Mi mundo interior, mi desarrollo espiritual crecía al tiempo que veía disminuir en ellas su auténtico amor hacia mí y aumentar sus miserias. Cuando renunciaba a sus planes, reprimían mis intenciones. No imaginaban cuánto era capaz de aguantar la fortaleza de mi espíritu.

Yo, que de niña tuve que prescindir de la presencia de mi padre, de los cuidados de mi madre, de la alegría de mis hermanos en pos de estar bien alimentada, vestida y formada. Yo, que no elegí ir de viaje con el abuelo para que me depositara, bajo engaño, en casa de unas tías que apenas conocía como un objeto que se deja olvidado y por el que nunca se vuelve. Lloré, me sentí desgraciada, pero después acepté la situación, asimilé mi papel en la que fue mi nueva familia; aporté la frescura y el ánimo que necesitaban dos hermanas solteronas para avivar el entusiasmo que tenían perdido. Pudieron satisfacer el placer de vestirme a su gusto, combinarme el color de los lazos, cardar la lana de angorina de la chaqueta que luego luciría. Supuso una oportunidad de colmar aspectos básicos de la maternidad que la vida les negó. Yo también encontré en tía Rosario a una madre y en tía Flora a una hermana *chica*. Las quise con toda mi alma y de la misma manera me sentí querida. En mi corazón nunca quedó el menor resquicio de rencor. Las cosas sucedieron así y yo, a pesar de todo, salí triunfante aunque mi decisión y mi ausencia les causaran dolor.

Desde el dormitorio de matrimonio se escuchaban los golpes del martillo con el que intentaban desarmar la cama de hierro de la que, Anita, se había prendado hasta el punto de optar por llevársela a su casa. Manuel y Gerardo habían pedido herramientas prestadas a un vecino y se afanaban en el empeño, que no estaba resultando nada fácil. Complacer a su hermana mayor siempre constituyó para ellos una prioridad, y en ello estaban invirtiendo gran parte del tiempo de aquella extraña jornada en la que se sentían abrumados ante la plétora, y desconcertados ante la superfluidad de lo que allí encontraban.

PROBLEMA

Gloria y Juli habían abierto las cristaleras de cuarterones de la alacena ignorando lo que había allí guardado. Las escuché comentar sobre la colección de libros religiosos de cada año litúrgico. Leyeron en voz alta algunos títulos: *Salterio y oficios comunes de la liturgia de las horas, Misalito regina.* Se sorprendieron al creer que habían encontrado un libro de *Don Quijote de la Mancha,* para descubrir, a continuación, que era una caja.

Comenzaron después a sacar las cajitas del fondo: «Polvos de arroz *Heno de Pravia*», que abrieron, olieron y volvieron a tapar por el olor a rancio y a tiempo antiguo. De otra, palparon el relieve de las margaritas de la tapa, pero en su interior encontraron piezas para hacer escapularios.

Sacaron cajitas de madera. Una de las cuales contenía, a su vez, una más pequeña con el nombre de pastillas pectorales *Brean* y otra que, aunque anunciaba plumas de acero para escribir, en su interior guardaba un cojincito de raso negro con una cesta de flores bordada.

Muñequitas de trapo y vestiditos a punto de incrustación que la tía Flora se había dedicado a coser para consumir su tiempo diario, estos aparecieron en estuches con espejitos en la parte interna de su tapa.

Mis hermanas se entretuvieron con las innumerables estampitas con vistas de ciudades de Europa que, según el rótulo de la preciosa caja de latón donde estaban guardadas, habían sido patrocinadas por la fábrica de chocolates *Meric* para la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929.

Me acerqué a la alacena y les presenté dos cajas que conmemoraban el vuelo del Plus Ultra y sus tripulantes. En principio no les llamó la atención, pero al destaparlas y exhibir lo que contenían, Juli, que estaba leyendo en esos momentos el pie de una ilustración, la dejó de inmediato para observar lo que les estaba mostrando.

—¡Ay! ¡Pero si son cromos! ¡Cromos grandes y preciosos! —exclamó Juli con los ojos muy abiertos—. ¡Están nuevos, como si nadie hubiera jugado con ellos! ¡Ay, Estrella, cómo hubiera querido yo tener cromos para jugar a picar con la mano vuelta y nadie me los compró! ¡Mira este del ángel con las alas extendidas, qué cara tan preciosa tiene! ¡Tú tuviste de todo y no te haces una idea lo que fue privarse de cualquier ilusión que una tuviera de niña!

—Pero ¡yo no podía tocarlos! Todo era de ella y nadie podía tentar ninguna cosa que le perteneciera. Así era tía Flora —le expliqué por encima—. Yo tenía los míos para jugar pero no eran tan bonitos ni en tanta cantidad.

Volví a trastear en la alacena y puse a un lado las placas de cristal guardadas en su cajita de París con fotografías en negativo. Recordaba que en una de ellas estaba mi tía Rosario cuando era joven, pero las demás eran de santos.

En el estante más alto se encontraba mi cartera del colegio. La agarré por el asa metálica y chirriante como si de nuevo fuera a la escuela de doña Eloísa. Pasé mi mano por los arabescos que enmarcaban la estampa del tablero; el personaje dieciochesco de rostro aniñado continuaba ofreciendo la rosa roja a la emperifollada chica de peluca blanca en un jardín idílico. Una parte del cierre, sujeto con diminutos clavos, cedió al accionar el broche endurecido. Ya no estaba segura de haberla llevado al colegio. Tal vez fuera un lapsus de mi imaginación. Pero allí estaban los cuadernos de los últimos años.

Ojeé primero las libretitas pequeñas por la ilusión que nos hacía en su momento. En ellas copiábamos nuestro papel para el teatro de cada año, y anotábamos la última palabra del diálogo anterior. Las obras casi siempre trataban de niñas atolondradas que en algún momento se saltaban las normas y cometían alguna acción imprudente. La propia trama las llevaba a reflexionar sobre su conducta licenciosa hasta que la muchacha emprendía el buen camino marcado por su familia y la iglesia.

Abuelita, ¿me perdonas? Ya no he de ser holgazana; seré humilde y hacendosa y haré cuanto usted me diga, que el trabajo no deshonra, leí la conclusión de la protagonista.

¡Qué cuidadas se veían las libretas! Sus débiles cubiertas estaban forradas con el papel

fuerte de la tienda del tío Gabriel. Me impresionó ver el anagrama cuando desdoblé sus esquinas. Él me decía que la propaganda de la tienda la pusiera en la cara interna porque el colegio era una cosa seria.

Abrí una de ellas y… qué lejano me pareció lo que allí estaba escrito. Me sonreí al releer el apartado de problemas matemáticos: *¿Cuántos reales componen 19 duros, 3 pesetas y 2 reales?*

Revisé las cuentas más abajo realizadas. Cada duro eran cinco pesetas y cada peseta tenía cuatro reales. Reducidas las cantidades a reales, sumaban un total de 394 reales.

—Mirad lo que se explica en esta copia.—Me sonreí al comentarlo y se las leí para que vieran una forma de reciclaje de aquellos tiempos:

Miércoles 21 de mayo de 1941

EL PAPEL

Por la calle vocea un hombre: ¡Compro trapos viejos y alpargatas rotas!

A Emilia le sorprende que por estas cosas den dinero.

—Hijita —dijo su mamá—, hasta las cosas viejas tienen su utilidad. Ese hombre lleva su mercancía a unas fábricas donde las desinfecta y trituran hasta reducirla a pasta para hacer papel.

El papel sirve para escribir en él; para imprimir libros; para hacer cuadernos, para envolver las cosas y para otros muchos usos.

—¡Claro que sí. Así era! —exclamó Juli—. Pues se lo diré a mis nietas, que ahora les hablan mucho en el colegio del reciclaje. Así ven ellas como no es una novedad sino que ya existía antiguamente.

—¡El día que murió Alfonso XIII! ¡Mirad! —les dije.

Sábado 1 de marzo de 1941

Día de luto nacional.

Ha muerto S.M., el rey Alfonso XIII.

El gobierno ha dispuesto las honras fúnebres al que fue, antes que rey, español amantísimo de su patria, y que ha muerto con la pena de morir lejos de España, de donde salió para evitarnos los horrores de una guerra civil, siendo, una vez más, patriota y prudente como le dan algunas historias.

Descanse en paz en la hermana Italia en espera de ser trasladado a la tierra que tanto amó.

—Pues no hace tantos años que salió en la tele que habían traído en barco los restos de Alfonso XIII. —Recordó Juli—. Así que la espera que dice ahí, me parece a mí que fue bastante larga.

—Estrella, ¿todavía estabas en el colegio en esas fechas? —preguntó extrañada Gloria —. Si yo, siendo cinco años menor que tú, creo que ese año dejé de ir a la escuela para ayudar en la casa.

—Hasta que cumplí los quince años estuve. —Recordé con exactitud—. Ya los últimos años, además de mi tarea diaria y labores de costura, lo que hacía era ayudar a mi maestra, doña Eloísa, con la caligrafía de las niñas pequeñas. Fueron unos años preciosos. Me quería de verdad aquella mujer, y yo a ella.

—Con razón sabías redactar tan bien las cartas que nos escribías —resaltó Anita, complacida y recién incorporada a la charla—. Podíamos enseñárselas a todo el mundo con orgullo. Se quedaban admirados tanto de la letra como de lo que nos contabas en ellas. Todavía recuerdo una despedida en la que decías: "Un abrazo tan largo como la distancia que nos separa".

—¡Qué cosas tenéis! —concluí agradecida.

ENSEÑANZA DEL HOGAR

Gloria tomó otro de los cuadernos. En la primera página aparecía un dibujo finamente delineado de una madre de perfil, con el pelo recogido. Sentada en una mecedora alzaba, en actitud cariñosa, a un bebé entre sus brazos. El vestido coloreado de rojo le cubría media pierna. En el rótulo decía *Enseñanza del hogar,* y estaba fechado el *viernes 6 de noviembre de 1942*.

—Léelo tú misma, Estrella, que estás más acostumbrada a leer en público —me dijo con interés Gloria, tendiéndome el cuaderno con la página abierta.

—*El hogar* —leí el título en voz alta para proseguir con el contenido escrito a pluma:

Se entiende por hogar, en castellano, la casa o vivienda donde habita la familia. Hogar es también el lugar donde se enciende el fuego. Pues bien, para que a una casa pueda llamársele hogar, con propiedad, ha de obtener calor del cariño y de la unión entre todos los que la habitan; caridad cristiana y buenas costumbres.

PAPEL QUE EN ÉL DESEMPEÑA LA MUJER

El papel de la mujer en el hogar es el más importante, pues si bien el hombre es el encargado, generalmente, de llevar a casa el sustento de la familia, la mujer es la que verdaderamente hace el hogar, cuidando de que no se apague ese calor y esa unión de que hablamos antes. La mujer es la que ha de cuidar del aseo, de la comida, de las ropas y también de la educación moral y cristiana de la familia.

Si la mujer es ordenada, limpia, alegre, cariñosa y, sobre todo, cristiana, imprimirá en su hogar y en su familia el sello de su carácter y hará de este un verdadero paraíso.

LAS NIÑAS EN EL HOGAR

Ya hemos visto las obligaciones de la mujer en el hogar, pero como estas son excesivas, los demás miembros de la familia, padre e hijos han de procurar aliviarla de su peso, cada uno en la medida de sus fuerzas.

Las niñas, sobre todo, tienen el deber ineludible de ayudar a su madre en todo lo que esta le mande, procurando poner mucha atención y cuidado en asimilar todas sus enseñanzas pues han de ir preparándose para ser las mujercitas hacendosas del mañana, como así también, si tuviesen la desgracia de perder a su madre, estar capacitadas para sustituirla.

—¡¿Qué queremos?! —comentó Juli con indignación—. Mira cómo nos enseñaron a las niñas y cómo a los niños. Así nuestros maridos, aunque son más buenos que el pan, no aprendieron a hacer nada de la casa y ahora de mayores, aunque quieran ayudar porque los tiempos han cambiado, es que no saben hacerlo.

—¡Ya ves, mi hombre! —dijo Gloria—. Sus hermanas le preparaban la ropa el día que se tenía que mudar de limpio, le metían hasta el pañuelo en el bolsillo. Ahora, ¿cómo se amolda a lo nuevo?

—Igual que nosotras hacíamos con Manuel y Gerardo —añadió Anita—. ¡Vaya tiempos que nos tocaron!

—¡Atended a esta del catecismo! —indiqué, mostrándoles otra página abierta.

Viernes 23 de octubre de 1942

REDACCIÓN

Ayer hubo doctrina. Cuando llegamos había Misa de difuntos y nos sentamos hasta que terminó. Después salió don Eusebio y nos dijo que al entrar formamos mucho jaleo y que las niñas debemos entrar despacio sin hacer ruido. Nos estuvo explicando que había en un pueblo una niña muy desobediente y muy mala que no hacía caso de su madre ni de nadie. La mandaban a la escuela y se iba al campo a jugar. Le quitaba a su madre dinero para gastarlo en tejeringos y

tonterías. Cuando fue mayor le gustaba mucho pintarse los labios, los ojos, la cara, sacarse pelillos de las cejas, ir a la verbena... Se fue con el novio cuando llegó la hora de casarse.

¡Persígnate!, le indicó el señor cura y ella dijo, no sé. Dí el Padre Nuestro y tampoco. Di el Ave María, tampoco. Di la Salve, tampoco.

No sabía nada más que "machotear".

Cuando terminó la explicación, cantamos la Salve y fuimos saliendo una a una. Nos esperamos en el cancel, rezamos el Ave María y nos fuimos a casa.

—¡Vaya tela marinera con el cura! —dijo Gloria—. Este, igual que el nuestro de Jácara. Todo era malo menos rezar. ¡Por Dios, no sé como no salimos todas las muchachas de monjas!

—En aquel tiempo las casas de novicias eran un hervidero de jóvenes alegres —les comenté con la verdad en la mano—. Luego llegó el tiempo del cambio y se salieron a porrillo. Al igual que muchos curas dejaron el sacerdocio. A día de hoy no hay vocaciones. Nadie tiene la intención de meterse a monja. Las pocas novicias que la Orden tiene en España proceden de América o de África gracias a la labor que allí hacemos… y a saber si permanecen. Ha cambiado todo mucho. No se conforman con lo que hay y con tal de que aguanten se empiezan a flexibilizar las normas. Las comunidades se están reduciendo tanto que no se pueden mantener los conventos. Así son las cosas.

—Como la vida tan sacrificada que lleváis —se compadeció Anita.

—A mí no me lo parece —le respondí—. Yo he sido feliz. En mis cuarenta y cinco años de vida religiosa nunca me he arrepentido de serlo.

—Traemos cajas de cartón para que echéis las cuatro tonterías que vayáis a llevaros —escuchamos decir a Gerardo que subía la escalera cargado con ellas, y nos acercamos a la meseta para ayudarlos.

—Esta garrafa la tenía en el maletero del coche y la he llenado de agua de la fuente de la plaza. —Nos ofreció Manuel el agua que llevaba en una mano mientras sostenía algo más en la otra—. En esta casa cortaron el abastecimiento de agua hace años y nos hemos acordado que no íbamos a poder ni lavarnos las manos. También viene agua embotellada fresquita y, lo más importante, señoritas: ¡churros con chocolate!

—¡Oh! —exclamó Juli prolongando el sonido y corriendo a besar a su hermano, mientras Gloria aplaudía.

—¡Qué acierto, chicos! —les dije, apoyando la mano en el hombro de Gerardo.

—¡A ver si alguna pastilla de jabón, de tantas como hay, sirve para lavarnos la suciedad de las manos! ¿O también serán de mentira como las colonias? —dijo Juli entre bromas.

—Los tomamos en la cocina —propuse, dirigiendo la comitiva hacia la otra ala de la casa, que se encontraba contigua al comedor y comunicada con este por medio una puerta junto a la alacena derecha de la chimenea.

14

Alhamar, marzo de 1947

Estrella solía caminar con la cabeza baja. Un gesto que se perpetuó en ella desde la historia oculta en el confesionario. A tía Rosario le molestaba que esa postura al pasear se hubiera convertido en un hábito y, cuando la veía pasar del brazo de las amigas bajo sus balcones, le chistaba desde arriba. Ella alzaba la cabeza para ver qué quería su tía y le lanzaba una pregunta retórica: «¿Se te ha perdido algo?». Enseguida comprendía la intención de Rosario. Ella quería que se irguiera, que mantuviera la vista al frente como tantas veces le había repetido. Pero la chica no tenía nada que mirar.

Decían que una mirada ausente se había apoderado de su rostro y que su sonrisa de resignación transmitía a los demás una sensación de serena beatitud. Desde que el cura joven había desaparecido de Alhamar, tía Rosario estaba en calma y el pueblo también. El corazón de Estrella siempre guardó el secreto a su pesar. Fue preciso ocultar el escándalo que el párroco quiso evitar en pos del bien de las almas. En ocasiones, el silencio se convierte en una herida difícil de cicatrizar.

Transcurrido de aquel acontecimiento un tiempo más que prudencial, según don Eusebio, este llamó a la sacristía a Estrella. A ella le pareció que se había olvidado del suceso. El párroco le dijo que, por haber observado en ella una conducta intachable, sus pecados habían sido perdonados y que la Cuaresma era tiempo de reconciliación. Al terminar sus latinajos mientras hacía con el brazo la señal de la cruz, le pidió que se encargara de preparar los cantos litúrgicos de Semana Santa y que así fuera en adelante. Pues, según él, las aguas habían vuelto a su cauce y el alma necesitaba vivir con la alegría de la Resurrección.

Un día Estrella limpió el polvo a la repisa donde quedaron colocados los libros que el tío Gabriel había usado en vida. Sintió curiosidad por aquellos que no eran de asunto religioso. Los ojeó y decidió leer uno de ellos, cuyo título le llamó la atención al recordarle el nombre de alguna conocida: *Pepita Jiménez*.

Estrella leyó con fruición la historia de amor de un seminarista y una joven. Se sentía identificada en aquellas páginas. «Qué suerte para Pepita conocer a Luis cuando aún era seminarista y no como me pasó a mí, que conocí a Ernesto cuando ya era un cura con misa cantada», pensó Estrella y suspiró.

Tiempo después, Rosario le comentó a don Eusebio la afición que su sobrina le había tomado a los libros.

—¿Qué libros? —preguntó el cura.

—Los de mi hermano Gabriel, que en paz descanse. Conservamos sus cosas tal cual él las dejó. Nos parece que así mantenemos viva su memoria —respondió Rosario.

—¿Cómo no me lo habías contado antes, alma de Dios?

—¿Le parece a usted importante que Estrella lea libros? —preguntó ella alarmada.

—En la juventud hay que vigilarlo todo —repuso don Eusebio.

—Pero si son los libros de mi hermano que más santo no podía ser —dijo Rosario.

—Era un buen hombre, sí, pero un hombre a fin de cuentas, Rosario. Tengo que ver esos libros.

Don Eusebio, interesado y curioso, descolgó su sombrero de la percha y salió de la sacristía acompañado de Rosario en dirección a casa de esta.

—¡Nada menos que *Pepita Jiménez*! —exclamó el cura—. Estrella leyendo *Pepita Jiménez.*

—A ver si se ha confundido usted, don Eusebio, que «Pepitas Jiménez» hay muchas, por ejemplo mi vecina se llama así, Josefita Jiménez —dijo Rosario.

—No, no, amiga mía. No me he equivocado. Estamos ante la bien conocida novela de Juan Varela, no ante la vida de la vecina —aclaró don Eusebio.

—¿Es peligrosa? ¿Qué conviene hacer? —le preguntó Rosario, visiblemente preocupada.

—Quitarla del alcance de Estrellita. No es conveniente para su edad —dijo tajante—. Al igual que toda esa fila de novelas, ya me entiendes, deja solo las vidas de santos y los

libros litúrgicos.

Don Eusebio se marchó con las manos atrás, calle abajo, pensando cómo enmendar ese descuido por su parte. Sabido era que la juventud atendía poco a sermones y que, sin embargo, creían más en las historias que contaban las novelas, el cine... y, de súbito, se sintió iluminado por el Espíritu Santo. Al pasar por la cartelera del cine Imperial recordó el efecto moralizante que tuvo sobre las gentes del pueblo la película *El clavo*, con la que se había inaugurado la sala años atrás. Películas aleccionadoras como esa y como *El escándalo* sirvieron, como a sus protagonistas, para meter en el redil a alguno de sus parroquianos que andaba descarriado... Se sonrió para sus adentros y pidió consejo sobre el asunto a un reputado presbítero, miembro de la comisión de censura de espectáculos.

En unas semanas se proyectó en la sala del cine Imperial la película titulada *La fe*. La protagonista, una seductora joven, se enamora perdidamente de un sacerdote. Pero este, fortalecido por la gracia de Dios, permanece en su fe y trata de conducir a la mujer por el buen camino.

Don Eusebio alentó a sus feligreses y al pueblo en general a ver la película y, ante el éxito con el público, emitieron la cinta en sesiones de tarde y noche. El párroco consideró que el mensaje había calado en la gente. Observó a Estrella y también en ella pudo advertir el pretendido efecto de la pantalla: servir de ejemplo, reformar las malas costumbres y enseñar las buenas. "¿Quién lo iba a decir del cine?", pensó don Eusebio satisfecho, pues el logro conseguido con tan buena película había compensado el descarrío que hubiera podido ocasionar la lectura de un libro poco aconsejable para una joven como Estrella.

Por entonces, la muchacha preparaba los cantos de misa como le indicó don Eusebio. Cantaba los solos con voz afinada porque llegaba a los agudos que no alcanzaban las demás. Un don que, sin apenas darle importancia, ella ofrecía a la Virgen como una sublime plegaria de expiación.

También comenzó a acompañar a su amiga Josefina, la de la botica, a ayudar a las monjas del hospital de beneficencia. Sor Regina les indicaba cada día la tarea a realizar. Ella disfrutaba sus labores de enfermera, pero su amiga, en cambio, soñaba con ser médico. Para que no charlaran y estuvieran concentradas en lo esencial, Sor Regina les asignaba distinta función a cada una. Estrella aprendió a preparar el material para curaciones, a esterilizar el instrumental sanitario, a conservarlo en el orden debido... En ello, encontró una evasión que proporcionaba paz a su perturbada mente.

Sin duda, el contacto con los enfermos desvalidos que acudían a aquel sanatorio impactó de lleno en su persona. El agradecimiento profundo que le devolvían con su mirada, con la débil presión de su mano o con sencillas palabras compensaba el esfuerzo que implicaba aquella encomienda.

Las dos llegaban temprano, pasaban por la capilla donde suplicaban al Santísimo que todos sus actos en favor de los enfermos sirvieran para la curación de sus cuerpos y de sus almas. Después seguían las indicaciones de sor Regina para esa jornada, que siempre comenzaba por saludar, en cada planta, a los pacientes que se encontraban encamados, pues según ella, era un beneficio para la salud sentir que alguien se interesaba por ellos. Las chicas entonces se vestían con la bata blanca y la cofia, y encaminaban sus pasos hacia la sala que albergaba las hileras de camas dispuestas en los laterales. Era el momento en que Estrella se llenaba de energía y caminaba erguida mirando con los ojos brillantes a cuántas personas podría ayudar ese día. Su rostro esbozaba una alegre sonrisa. Transmitía frescura y confianza a la pesadumbre del postrado por sus dolencias.

—¡Buenos días nos dé Dios! ¿Cómo se encuentra usted hoy? —les decía a cada una de las mujeres acostadas. Mientras escuchaba sus quejas les arreglaba las sábanas y la ropa de cama, les alisaba el pelo con las manos, les acariciaba las mejillas y les sostenía la mano—. A ver qué le dice el doctor, porque yo le noto mejor color de cara...

Durante la tarde anterior había ingresado una paciente nueva. Parecía dormida, y antes de despertarla, Estrella se acercó para cerciorarse de su sueño. Era una mujer de unos cuarenta años, de pelo castaño salpicado de canas, cuyos rizos se esparcían

desmadejados sobre la almohada. Un gesto de dolor se había congelado en su rostro durante aquel duermevela. Respiraba algo agitada. Ella la observó por un tiempo, esperando alguna reacción ya fuera consciente o no. Un magnetismo parecía atrapar a la joven. Era el olor. El cuerpo de aquella mujer desprendía el mismo aroma que Estrella recordaba de su madre. Una fuerza poderosa la ancló a la cama. Aquel olor guardado en su memoria era el mismo que, cuando niña, había percibido en el momento en que la mano descomunal del abuelo la alejó de su mamá.

Lo que nunca pudo hacer con su madre, lo hizo con aquella mujer desconocida hasta que se curó y desapareció, como ocurría con los enfermos tras recibir el alta. A veces era triste no poder despedirse de ellos, ya fuera porque se marchaban cuando las chicas no estaban o porque morían durante la noche. Pero las ausencias de unos se ocupaban de inmediato con la presencia de otros.

15

Alhamar, septiembre de 1947

El hospital representó para Estrella, una fuente inagotable de amor que se regeneraba como un manantial, a borbotones. Se sentía satisfecha de proporcionar a los demás, lo que no tuvo oportunidad de dedicarle a los suyos. Su capacidad de amar se engrandecía con la mejoría de cada uno de ellos y con el cariño que le devolvían, sin creer merecerlo. Aprendió a curar heridas del cuerpo y también las del alma. Escuchaba y sopesaba las palabras antes de pronunciar algo que pudiera dañar las emociones de quien tenía en el cabecero de cada cama.

—¿Te gusta mucho estar aquí, verdad Estrella? —le preguntó sor Regina, posando la mano en su hombro cuando llegó la hora de marcharse.

—Tanto, que no me iría —repuso volviéndose hacia ella con espontaneidad—. ¿Qué puedo hacer para quedarme, sor Regina?

—Hija, yo solo puedo ofrecerte lo único que tengo a mi alcance: tu ingreso en la Congregación de Hermanas de la Caridad.

Fue tal su exaltación que las mejillas enrojecieron y hasta la última célula de su ser experimentó la manifestación de un gozo infinito. No pudo sentir más alto honor que la posibilidad de pertenecer a una orden sagrada cuyo propósito de vida fuera ayudar a tantas personas en nombre de Dios. Divisó un faro en la oscuridad. Se sintió como una barca despedazada por un naufragio, que navegaba sin norte y encontró un puerto hacia el que orientar su destino.

—¿Usted me cree digna de alcanzar tan alto privilegio? —cuestionó con total humildad y recogimiento.

—¡Pues, claro que sí, Estrellita! —exclamó abriendo sus brazos para abrazarla.

—Entonces, sí, quiero ingresar en la orden —expresó con solemnidad.

—¡No hay que precipitarse en la decisión, no podemos dejarnos llevar por la emoción del momento! Tú te lo piensas, tranquilamente. Aquí no hay prisa. Son cosas muy serias que afectan profundamente a nuestras vidas. Por eso hay que darle tiempo. ¿Cuántos años tienes, dime?

—Tengo diecinueve y en unos meses cumpliré veinte.

—Eres muy joven... Tienes que observar varias cosas importantes: La primera es si sientes fuerza en esa llamada. La segunda es la tentación que el mundo y la carne nos ofrece. ¿Has tenido algún novio o te hubiera gustado tenerlo?

—No —contestó bajando la cabeza.

—Eso nunca se sabe. Tienes una edad y un atractivo como para enamorar a cualquier muchacho de tu edad, con el que formar una familia. Dios también puede querer esa opción para ti y ponerla en tu camino sin advertencia previa. Anda, piénsalo... piénsalo, despacio.

Se dirigió hacia la salida, convencida de que el cielo le había abierto sus puertas. Consagrarse a Dios la acercaba a Ernesto. De llegar a suceder, se podía considerar que las sendas de ambos transitaban en paralelo hacia la eternidad.

—¡*Zeñorita* Estrella! —exclamó Dolores, la gitana, en la puerta del hospital— ¡Va *usté enzimismá* y *cazi* nos caemos las dos!

—¡Ay, Dolores, qué alegría me da verte! —respondió Estrella con entusiasmo— ¿Qué haces tú por el hospital?

—Mi *Grabié*, que tuvo un percance y está *encamao*.

—Pues voy enseguida a verlo —dijo decidida y volvió sobre sus pasos del brazo de Dolores.

Al entrar en la sala titubeó. No identificaba a Gabriel entre las dos hileras de camas y siguió a Dolores que se dirigía con decisión a la que ocupaba su hermano. Estrella se acercó a él y no reconoció al adolescente al que enseñó los números. En esos pocos años se había hecho un hombre. Mantenía su tez morena, el pelo crecido y por encima de la sábana que lo cubría se dejaban ver unos brazos musculosos.

—Gabriel, ¿cómo te encuentras? —preguntó Estrella casi en un susurro para no perturbar su descanso.

—¡Maestra! —dijo sobresaltado cuando volvió la cara sobre la almohada y encontró a Estrella. A continuación, hizo un gesto de dolor y de nuevo repuso una sonrisa.

—¿Te duele mucho? ¿Qué te ha pasado? —preguntó Estrella, y le puso una mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

—¡Una coz que me dio la bestia en las costillas! ¡El dolor que *m´a dejao*, la puñetera yegua! —contestó con tono quejumbroso.

—¿Te ha dicho el médico si tienes alguna costilla fracturada o solo fisuras?

—Yo no *zé* lo que tengo. Lo que *zí* voy a *hacel* es *vendel* a ese animal en cuanto *zarga* del hospital. ¡Como me llamo *Grabié*, que la vendo!

—Bueno, hombre, ahora lo primero es curarte y esperar que no te dé una infección —trató Estrella de suavizar los bríos de Gabriel.

—¿*Zabe usté* que vi al cura en la feria, al don Ernesto que iba con *usté*? —le comunicó contento—. *Pa'* que me entienda *usté*, él iba en *pruceción* detrás del patrón *pa' bendecí* los campos. El que estaba de feria era yo. Cuando se acabó el negocio, le dije a mi compadre que tenía que *hacel* un *mandao* y fuí a *velo* a la iglesia.

Estrella abrió mucho los ojos para que no se le derramaran las lágrimas.

—¿En qué pueblo lo viste? —preguntó ella, tal vez, con la esperanza de encontrarlo.

—¡Ojú! ¡*Ezo* es lo malo! —exclamó—. Vamos por tantos pueblos de feria en feria que *ze* me *orvían* los nombres. Pero ya se iba de ese sitio, me dijo. Le habían *judicao* con *lo negrito mu lejo* de España. Yo le dije que si no tenía *bastante negro* con *nosotro*, *lo gitano*, y él se reía diciendo que aquellos eran negros del África.

Estrella suspiró hondo e intentó decirle que no le convenía hablar más.

—Me preguntó que si seguía *usté* dando clase en las cuevas del cerro y le dije que aquello se terminó en cuánto él se fue de Alhamar. Le dije la *verdá*.

—Así fueron las cosas, llevas razón —asintió Estrella.

—Recibirá *usté* una carta suya, ya lo verá. *Ezo* me dijo él, que cuando llegara a la *mizión eza* le escribiría... —aseguró Gabriel convencido—. ¡Qué buena persona era, *enque* fuera cura!

En aquel momento la llama de la esperanza se prendió en el corazón de Estrella. Ardía por sí sola, sin ser alimentada más que por el amor que sentía.

16

Alhamar, octubre de 1947

Cebrián, el Palomo, permanecía soltero y desolado. En los años previos a la Guerra Civil había colaborado activamente con los grupos de izquierdas. Acudía a toda manifestación o huelga que convocaran los sindicatos de jornaleros del campo para exigir mejoras salariales y reducción de la jornada laboral. Se sentía dichoso de que contaran con él para las algaradas callejeras, o para cerrar los comercios cuando esa era la medida a tomar. Celebraba que se limitara el uso de la maquinaria agrícola para que no le quitara el pan a los obreros. De igual manera contaron con su fortaleza física para intimidar y atemorizar a una gente confusa en los primeros días de la contienda.

Cuando se volvieron las tornas y él y los hermanos estuvieron presos, los franquistas le embargaron sus bienes familiares. Ni casa propia, ni taller, ni maquinaria, ni materiales. Nadie quería relaciones con ellos por haberse señalado en el bando perdedor. Si alguien se atrevía a encargarles algún arreglo debía rechazarlo al carecer de las herramientas necesarias para realizarlo.

El menor de los tres hermanos encontró la solución casándose con una viuda que regentaba una tienda de ultramarinos. Con ello aseguró su manutención y olvidó tanta penuria.

Cebrián estaba fascinado con la decisión que había tomado su hermano, dado los buenos resultados que estaba obteniendo de su casamiento. Uno de los días en que el casado fue a llevarles embutidos y bacalao en salazón para comer, les hizo ver que no podría mantener por mucho tiempo la ayuda que les estaba prestando. La comadre ya estaba poniéndose seria cuando lo veía salir con un cesto cargado de viandas, que era la envidia de cualquier familia, para aliviar el hambre inagotable de sus cuñados.

—Lo que tenéis que hacer es como yo —los instó el menor, que había mudado sus ropas raídas por otras de buena calidad—. ¡Hay que sobrevivir! Hay mujeres como la mía, deseosas, aunque no lo parezcan, de que se les agarre bien en ciertos sitios. ¡Se vuelven brevas, que os lo digo yo!

—Sería cuestión de echar un repaso a ver quién tiene más posibles. Ya que se mete uno, que sea a por todas —propuso Cebrián, y rieron los tres.

El mayor los escuchaba entusiasmado por la idea. No le atraían las mujeres y, menos aún, ya mayores como su cuñada, pero, el hambre, el reto de preparar un guiso con tan pocos apaños, la única ropa con la que ir decentes le estaba pesando. A otros hombres, sus mujeres les daban la vuelta a los puños rozados y amarillentos de las camisas y a los cuellos, que parecían renovados; zurcían los calcetines y hasta les ponían plantillas cuando ya no cabían más remiendos. Pero la vida de los hombres solos era aún más miserable.

—Como dicen las niñas cuando juegan a gallinita ciega, «date una vueltecita y la encontrarás» —dijo el menor.

Cebrián exhibió una sonrisa que le ocupó la mitad de su rostro enjuto y demacrado.

—¡Pues, nada, a jugar a la gallinita ciega! —Se carcajeó—. Estas de enfrente son fáciles. Al no estar el bueno de Gabriel, ellas no tienen quien las ampare ni quien les aconseje.

—¡No pensarás cargar con la tonta! —advirtió el mayor.

—¡No, hombre, no hace falta, para eso está la lista! —replicó Cebrián—. Aunque como es sabido quien se lleve a la lista, carga también con la tonta, porque la mayor no la deja.

—Las conocemos de siempre y sabemos que es así. Pero, con algún hueso hay que cargar —dijo el hermano menor como si fuera la voz de la experiencia. Estaba satisfecho de que sus hermanos hayan entrado en razón—. Corren malos tiempos y no hay mucho de donde escoger, pero después te alegrarás.

—Y, ¿la de los chivos? —preguntó el mayor—. ¿Cómo está ese hueso de roer? Por lo menos, un choto al ajillo comerá uno de vez en cuando... ¡Con la de tiempo que hace que no como una carne tan sabrosa!

Cebrián conocía a Rosario sobradamente. Sabía que era una mujer en su sitio. Capaz de

llevar su mercería aun faltándole el apoyo de su hermano, Gabriel. Pero le habían nacido los dientes en la tienda de su padre y era buena comerciante. También sabía de su prudencia y buen corazón. A sabiendas de que ella estaba influenciada por la iglesia y su compasión al prójimo, Cebrián vislumbró por dónde iniciar su conquista.

Se apostaba en la puerta de su casa por la que ahora debían pagar una renta, y la miraba desenvolverse mientras ella organizaba las cajas de cintas y lazos, enrollaba de nuevo cada pieza de puntilla bordada después de que las clientes la hubieran examinado para elegir entre varias de ellas, atendía con agrado a cada persona que entraba en la tienda... Y, ¡cómo guisaba! Recordaba los torreznos que les había llevado en un perol para que se los comieran una Nochebuena. ¡Qué importaba que su edad fuera con el siglo! Su cuerpo rechoncho y la doble papada en la que reposaba su barbilla suponían el atractivo del buen comer, la mejor belleza para los tiempos que corrían.

Un día, Cebrián entró en la tienda de Rosario en busca de una hebilla.

—¿Una hebilla, de qué tipo? —preguntó Rosario extrañada.

—Es que, verás... El otro día encontré una tira de cuero y pensé hacer un cinturón de niño, que para eso me da. Y necesito la hebilla para terminarla.

—Las que tengo son más finas, como para cinturones de tela —dijo ella mientras le mostraba la caja con distintos tamaños de hebillas niqueladas.

—¿Podrías conseguirme una para correa? —preguntó Cebrián—. Cuando el producto esté terminado y lo venda, te pagaré la hebilla.

Rosario notó renacer en Cebrián cierta esperanza en la vida. Le dolía verlo tan delgaducho, deprimido y desmoralizado año tras año, y esa actitud emprendedora, aunque solo se tratara de hacer un cinturón para niño, suponía un paso para adaptarse a la vida que le había tocado vivir.

—No sé cuándo vendrá el representante —dijo Rosario mientras devolvía la caja de las hebillas al lugar de donde la extrajo—. Puede que tarde en venir.

—Eso no es problema, Rosario, a mí me queda trabajo —respondió Cebrián, apesadumbrado—. Tendrá que ir sin remaches, porque no tengo para ponerle, y a ver cómo me las ingenio sin el sacabocados ni la lezna...

—¡Bueno, bueno, no hay que pensar ahora en eso! —lo animó Rosario—. Seguro que te va a salir bien. Ya te las apañarás.

Cuando la tuvo terminada se la llevó a Rosario para preguntarle si la podía colocar en el expositor o en algún lugar visible de la tienda para venderla. Ella, en un intento de borrar el pasado, accedió, y cuando al cabo del tiempo un buen día la vendió, le dio el dinero íntegro de la venta, sin cobrarle comisión.

Él se deshizo en elogios hacia su bondad y generosidad. Ella se mostró agradecida. Como mujer ya entrada en años, había desechado la idea del matrimonio desde hacía mucho tiempo. Quedaban pocos hombres después de una guerra civil. Ella se aproximaba a la cincuentena y no se sentía especialmente agraciada ni ponía empeño en conseguir un mejor aspecto. Solía vestir, con cierta frecuencia, hábito de devoción a distintos santos o advocaciones marianas como testimonio de promesas realizadas para lograr algún fin espiritual. Su misión en esta vida estaba enfocada al cuidado de su hermana que, como le habían inculcado, estaba *delicada*.

—Mi intención es ayudarte como persona y como vecino. Lo pasado, pasado está —le dijo Rosario, haciendo alarde de su buena intención.

—Yo también quiero ayudarte, Rosario, os veo muy solas desde que tu pobre hermano, que en paz descanse, no está con vosotras. Tres mujeres solas... porque la niña ya se ha convertido en una mujer —dijo Cebrián, encaminando la situación hacia su objetivo—. Las noches de invierno, las de tormenta, con el susto que le da a tu hermana, la pobre. Yo me asomo a mi ventana para ver vuestra casa y comprobar que no hay nada raro. ¡Con la de robos que está habiendo! Entran hasta por los tejados y más en viviendas que saben que hay mujeres desamparadas como es vuestro caso, sabido por todo el mundo. Cuando veo que no estáis en los balcones pidiendo auxilio, yo duermo esa noche mejor. Porque esa es otra, si os ponéis alguna mala a medianoche, ¿quién de las tres sale a avisar al médico?

Rosario estaba mudando el color de su rostro ante las situaciones adversas que le

auguraba Cebrián.
—Bueno, a la presente, nada de eso ha pasado ni tiene por qué pasar.
—Nos necesitamos unos a otros. Yo os conozco de toda la vida y no quiero que nada malo os ocurra.
—¡¿Nada malo?! —reaccionó la mujer—. Ya nos pasó bastante.
—¡Entiéndeme, mujer, lo que te quiero decir!
—No te entiendo. No sé a qué viene esta preocupación por nosotras. ¿Pasa algo?
—Pues te lo voy a decir. —Se llenó Cebrián de arrojo, se irguió, y respiró hondo, pues sabía que si la hembra se le ponía flamenca, tardaría tiempo en encontrar otra nueva oportunidad—. ¿Por qué no nos casamos Rosario?

17

Rosario sintió un calor que le subió desde lo más íntimo hasta las mejillas. Se ruborizó sin control como en sus tiempos de quinceañera, cuando alguien le hacía referencia a los novios.

En sus oídos sonó la palabra *casarse*. La había esperado con fruición durante eternas temporadas de su vida. ¡Qué lejana le resultó en ese momento! Por propia supervivencia su mente la había enterrado bajo tantas capas de desesperanza como primaveras a las que su deseo tuvo que sucumbir sin encontrar mozo al que enamorar. Cada vez que florecían las lilas en el árbol de la placeta de la iglesia su pecho se henchía, su mirada brillaba y su sonrisa pretendía agradar al pequeño mundo que la rodeaba.

Cuando perdió las pocas posibilidades de encontrar marido entre los hombres que quedaban solteros en el pueblo, ella puso sus ojos en los viajantes que representaban marcas de casas comerciales y llegaban a su tienda para ofrecerle su mercancía con toda amabilidad y detalle. Cuando estos respondían por correo postal a su petición del muestrario de novedades para presentar a sus clientes, ella calculaba la fecha aproximada de la visita y dejaba de ponerse el guardapolvos para lucir sus blusones de alegres estampados geométricos y decorosos escotes con algún fruncido que no evidenciara sus generosos pechos. La peinadora le arreglaba el pelo en casa con el corte recto, la raya al costado y las ondas marcadas a ambos lados. Elegía entre la gran variedad de pendientes largos, porque le gustaba sentir el roce de su balanceo con cualquiera de sus gestos. De su cuello corto y voluminoso pendía una cadena de oro con la medalla de la Virgen del Carmen. En ocasiones, esta rozaba con algún broche de fantasía que prendía en el escote. No usaba los polvos de arroz para atender en el mostrador. No quería lucir ante las clientes un arreglo excesivo que consideraba más apropiado para salir de paseo y asistir a los actos religiosos.

Pero los caballerosos representantes que pasaban por su local mostrando las novedades en cintas chambergas, de tafetán o de bies; orillo para manteles; lazos de satén, de organza o de terciopelo; entredós con pasacintas de tira bordada, de guipur; o las más delicadas figuras en encaje de bolillos... ya estaban casados. Nunca tuvo la suerte de que entre ellos apareciera un señor soltero y sin compromiso, aunque hubiese sido bajito y rechoncho. Rosario solo pedía que tuviera buenos modales y fuera amable con ella; que le permitiera mantener su negocio comercial y la acompañara a misa los domingos...

Ella levantó la mirada despacio, ensimismada después de contemplar fijamente los ovillos de hilo para punto de cruz que colocaba en la caja sobre el mostrador, mientras en sus oídos retumbaba una pregunta para la que no tenía respuesta: «¿Por qué no nos casamos?»

Hubiera dicho que sí, al menos en su interior. Mas aquella ansiada proposición salida de boca del Palomo desvirtuaba la concepción de su anhelado matrimonio. Él tenía un espíritu rudo y carecía de tacto en su comportamiento. Sus modales toscos, desde que era niño, se habían embrutecido con la guerra y el sufrimiento que le tocó vivir. Era ateo y comunista, aunque ya no pudiera hacer gala de sus ideas so pena de volver a la cárcel del régimen dictatorial de Franco.

Rosario paseó su mirada por el rostro expectante del interesado, escudriñando su calva que se extendía desde las canosas patillas hasta el cogote, donde aún podía peinar algunas greñas. Trató de buscar la bondad en el fondo de sus ojos redondos, a pesar de que nunca la hubieran reflejado. Su cuerpo alto y seco, de recios huesos que sobresalían por pura escasez de alimentos con los que saciar su hambre de años, estaba cubierto con una raída camisa y con un pantalón de lanilla que un ramal ajustaba a la escurrida cintura.

—Mira, vecino, con esas cosas no se bromea —le contestó Rosario, seria—. Si lo dices para reírte de una solterona como yo, más vale que preguntes por hebillas en otro comercio.

—¡No, mujer, qué disparate! Lo digo de verdad —contestó el Palomo, dejando caer su labio gordo—. ¿No me crees?

—Nos conocemos demasiado, Cebrián —dijo Rosario tras un suspiro de desahogo—. ¿Desde cuándo te gusté yo?

—¡Hombre..., mujer! Si vamos a eso, estamos aquí hasta mañana.

—Hay cosas que no se olvidan porque pesan demasiado.

—¡No tendrás celos de tu hermana Lucía! —Se rio ufano—. Mira cómo luego se pagan las cosas.

—¡Celos, dices...! ¡Qué lejos andas de mis pensamientos!

—¡Ojú! A mí no me compliques con los pensamientos. Yo no te puedo ser más claro. Tenemos que recogernos como ha hecho mi hermano chico casándose con la viuda de Fajardo. Ella está contenta, él está contento. Eso es lo que quiero yo, Rosario, calentarte por las noches, acurrucados el uno con el otro y... ya sabes, yo soy un hombre y tú una mujer...

Rosario sintió una vergüenza que la sobrecogía y le impedía pensar con claridad.

—Y de la guerra, ¿es que no te acuerdas de lo que nos hiciste pasar porque no éramos rojos como tú? —dijo excitada.

—¡De ese asunto, ya sabes que está prohibido hablar! —Se zafó él, mirando de reojo hacia la cristalera de la entrada.

Rosario respiró con desasosiego y agradeció que en ese momento sonara la campana de la puerta al entrar en la tienda una de las aprendizas de la modista. —¡Buenas! —saludó esta mirando extrañada al Palomo, poco habitual como cliente de la mercería de Rosario. Se acercó al mostrador con un trozo de tela amarilla en la mano—. Rosario, a ver qué botones tiene usted que hagan juego con esta tela para un vestido enterizo.

—Ya te aviso cuando tenga lo que me has pedido —dijo a Cebrián, el Palomo, con tono de despedida, mientras trataba de ajustar la tapa de cartón en la caja de ovillos para colocarla en el estante—. Ahora mismo te saco los botones. Creo que tengo varios modelos que le pueden ir muy bien.

El Palomo observó durante unos minutos cómo la chica se alejaba unos pasos cada vez que colocaba un botón sobre la tela, tratando de imaginar cómo le luciría a la prenda una vez terminada. Intuyó que la elección le iba a tomar largo tiempo y entonces se despidió con un ligero movimiento de cabeza. El sonido de la campana a su salida marcó un hito en la vida de Rosario.

18

Rosario, con los botones sobre la tela, no sabía si aconsejarle los de color caramelo o los abombados en tono chocolate...

El Palomo la había dejado aturdida. No sabía si creerlo o no. El ejemplo de su hermano con la de Fajardo era una verdad en la que basar su propuesta. Su tendencia a imitar lo que hacían otros en lugar de tomar sus propias iniciativas había sido una constante en su forma de actuar desde que lo conocía.

«¿Por qué me elegiría a mí?», se preguntó Rosario, «¿estaré de buen ver aún? Mi negocio quisiera mantenerlo, igual que la de Fajardo continuó con su tienda de comestibles y ultramarinos después de casarse». Eso le quedaba claro, porque de lo contrario, ¿de qué iba a vivir un matrimonio cuando él no tenía ni dónde caerse muerto?

A Rosario le entristecía ver el aspecto desaliñado de Cebrián con lo presumido que había sido en su tiempo de juventud. Si estuviera con ella el hombre se asearía, no le cabía duda.

Consideraba que se estaba produciendo en él un incipiente renacer. Quería volver a trabajar en lo suyo y ella estaba dispuesta a ayudarle.

¿Y la religión? ¿Y la iglesia? Ahí no podría decir, como en la política, que era un asunto del que no se podía hablar. Ella era religiosa en demasía. Admitía ser una beata, aunque no le gustaba que la llamaran así, y por nada del mundo iba a renunciar a sus convicciones. Tendría que consultarlo con don Eusebio en secreto de confesión y sin medias verdades. No era tema que se pudiera ocultar en caso de que, realmente, llegara a casarse.

¡Casarse!, se repitió. Acarició la idea aminorando su rechazo y aumentando su interés.

«¿Sería capaz de desnudarme ante él?». Un escalofrío le recorrió la espalda cuando lo pensó y se sintió alterada. «¿Cómo será ver a un hombre desnudo?». Se turbó imaginándose el calor que él le había mencionado y las sábanas de su ajuar que podría estrenar... La luz apagada de la noche le hizo ahuyentar sus temores púdicos, y se sonrió al ver que la chica prefería llevarle los botones de muestra a la modista para que ella misma eligiera.

Rosario insertó la caja de los botones de bola entre las apiladas en la segunda columna y, con la misma pericia, continuó devolviendo una por una, debidamente cerradas, el resto de las cajas al estante que correspondía según su clasificación.

Salió del mostrador tarareando el estribillo de un canto de ofertorio, dispuesta a cerrar la tienda, echar la aldaba a las compuertas exteriores de madera para dar por finalizada aquella mañana tan especial y subir a preparar el almuerzo. Sin embargo, detuvo sus pasos ante el Palomo que, de nuevo, irrumpió en su local. Rosario enmudeció, sorprendida. Pero su reacción no fue de extrañeza ante la presencia de Cebrián por segunda vez. De sobra conocía cómo era. Intentó convencerse de que, si quería casarse, debería ir acostumbrándose a verlo con frecuencia.

Mientras él se acercaba, ella se dirigió al rincón donde guardaba la caña con la que se ayudaba para descolgar los bastidores de bordar que, a modo de reclamo, pendían enganchados de una escarpia en la fachada. El Palomo se situó a sus espaldas y, recordando el consejo de su hermano el casado sobre la conquista de mujeres como la suya, la agarró de cierto sitio y soltó una risotada ante el espasmo de Rosario, que creyó que el mundo se había quebrado en aquel momento.

La voz de la aprendiza de la modista subiendo el escalón de entrada a aquel habitáculo del pecado en el que se acababa de convertir su prestigioso comercio, le pareció el contraste entre el día y la noche, el antes y el después, el bien y el mal...

—Que venía... —se entrecortó la muchacha, y prosiguió luego con voz atónita y los ojos muy abiertos—, a llevarme la media docena de botones como este.

Rosario abrió, temblorosa, la palma de una mano para recibir el botón elegido y la otra para que le devolviera los otros que había llevado de muestra. Se dio la vuelta con la mercancía en sus puños cerrados y se clavó las uñas en tanto que contrajo el ceño y

apretó los dientes en un gesto de irritación ante lo irremediable.

—Menos mal que no había usted cerrado la tienda, Rosario —expresó la chica con sonrisa ladina—, la modista quiere entregar el vestido terminado a la cliente esta misma tarde, y solo está a falta de pegarle los botones.

Rosario no contestó, miraba al fondo de la tienda buscando a Cebrián, el Palomo, pero ya no estaba.

Cerró las puertas de la tienda para que no volviera a entrar su pretendiente y se sentó en la silla baja sin respaldo situada tras el mostrador. El espacio había quedado en penumbra, solo alimentado por la luz que penetraba por las rendijas de las puertas que acababa de cerrar.

Rosario se sintió como si hubieran profanado su lugar sagrado. La niña contaría que dos veces vio al Palomo a solas con ella. ¡A saber qué es lo que vería la chica esta segunda vez!

¿Cómo confesar lo ocurrido a don Eusebio? Podría interpretar que ella se volvió de espaldas a posta, para provocar su concupiscencia. «¡Bien sabe Dios que no fue mi intención!», se decía a sí misma y a su conciencia, «pero ya estoy manchada, ya no puedo ir con mi cabeza alta.

—¡Dosario! ¿Cuándo vamos a comer hoy? —escuchó a Flora preguntar desde arriba, tan ajena, la pobre, al conflicto de su hermana.

La única solución era casarse.

19

Alhamar, enero de 1948

Rosario trataba, una vez más, de sacar a su hermana del mutismo en el que había entrado hacía días.

—¡Buenos días, Flora! ¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó Rosario condescendiente antes de bajar para abrir la tienda—. Hoy te has levantado antes y eso es buena señal. Ayer me asustaste. ¡Tan tarde y sin levantarte! Tuve que subir a ver qué te pasaba. La niña otra vez se ha ido hoy temprano para ayudar en el hospital. Te voy a calentar la leche mientras te lavas y te peinas. Pero, primero, voy a echarte el agua en la zafa porque el aguamanil está muy lleno y pesa mucho. ¡Mira qué lumbre más buena arde ya en la chimenea! Hoy no vas a pasar frío. La Amparito, cuando vino a traer los cántaros llenos esta mañana, dijo que hacía un frío de los gordos, que los charcos alrededor de la fuente estaban hechos carámbanos. ¡Fíjate la suerte que tienes de poder quedarte en casa! Si más tarde hace *solecico,* podríamos dar un paseo. Todo lo tienes resuelto en la vida. ¡Siéntate que te ponga el peinador y te dé un *alisón* en el pelo! ¡Ya pareces otra cosa! Cuando venga Sole te marca las ondas como a ti te gusta y te pone el pasador que tú le digas hoy. Venga, vente para la mesa del comedor que ya te he puesto el tazón de leche en la mesa, tus galletas, tu cuchara, la servilleta para que no te manches... ¿Qué más quieres? ¡No es para que estés así, Flora, hija mía, tan enfadada conmigo! Ya te he dicho muchas veces que casarse no es nada malo. Que no seré la primera ni la última. Que sea mayor no quiere decir que tenga que renunciar al matrimonio. Ya me lo dijo don Eusebio cuando se lo consulté, que era un sacramento bendecido por Dios, como cualquiera de los otros. Pero tú estás empeñada en no entenderlo, ¡ea! Esto es lo que recibo de ti, la callada por respuesta.

»Una es de carne y hueso. Si se me ha presentado esta oportunidad antes de cumplir los cincuenta, a ver por qué motivo la voy a rechazar. Ya nadie va a venir en busca mía. ¡Yo quiero saber lo que es la vida... que me voy a ir al otro mundo como los niños del limbo! Todo no va a ser casa, tienda y la iglesia. ¡Por Dios, que voy a seguir aquí, en el mismo sitio, que tú vas a seguir lo mismo de atendida que estás ahora, entre algodones, como siempre has estado!

»Claro, distinta fue la manera en que te enteraste. Eso no estuvo bien. Que yo pensaba decírtelo con todo el primor del mundo, hasta rezando estuve para que Dios me diera lucidez y podértelo explicar como tú te mereces. Pero, para qué quise yo prepararme tanto, si se entromete la Herminia y te lo zampa a bocajarro de aquellas maneras, pues ya lo echó todo a perder. Desde entonces estás tú así, que te conozco y sabes que no me chupo el dedo.

»Ahí tienes la niña, a quien no le gustó tampoco la noticia, pero no se puso como tú. Ella teme que las cosas cambien en la casa. Eso es normal. También le temo yo, no creas. Que la tranquilidad que tenemos las tres, «sin padre ni madre ni perrito que nos ladre», se altere después. Pero Estrellita se va a adaptar porque es ley de vida y tú tienes que hacer lo mismo.

»Vamos, dame un beso para que me vaya contenta a abrir la tienda, que ya es la hora.

—Yo... —balbuceó Flora arrimando al gato de angora, amodorrado en su falda, una galleta reblandecida en leche—, sí quiero que te cases, Dosario, pero no con el Palomo.

—¡Un hombre, Flora, un hombre! Todos tienen un rabo, como dice el refrán. El matrimonio es un melón cerrado que hasta que no se abre uno no sabe cómo va a salir, si bueno, si malo —repuso Rosario, condescendiente, ahora que volvía a restablecer el diálogo con su hermana después de un tiempo que se le había hecho eterno.

—Él es malo. ¿Se te ha ovvidao cuando nos quitó la dadio de aquellas fommas? ¡Vamos...! —exclamó Flora, y el gato saltó al suelo.

—Bueno, pero aquello fue cosa de la política, de cuando iba a empezar la guerra que ellos creían que iban a ganar y requisaron radios y de todo... igual que cuando nos cerró la tienda y el estanco de Gabriel. Él ya ha pagado, y bien pagado, por todo aquello que

pasó. No podemos estar todavía acordándonos de lo que hizo. Hay que tener compasión y misericordia con los que sufren, Flora, lo dice el evangelio. Y él sufre, lo ha pasado muy mal. Tú sabes que les quitaron todo y se quedaron sin nada que llevarse a la boca.

—¿Y si tienes un niño, Dosario? ¡Tocará mis cosas, ea, como cuando llegó Estellita!

—¡Ay, vida mía! ¿Ese es tu problema? —le preguntó antes de abrazarla complaciente —. No te preocupes por eso. No voy a tener niños. Por suerte o por desgracia, a mi edad ya no se tienen hijos. Así que tus cosas van a seguir igual que siempre. Nadie las va a tocar.

Flora estiró el cuello y elevó la cabeza en actitud satisfactoria. Respiró hondo y, acomodada en su mecedora, miró por el cristal del balcón la niebla de aquella mañana de invierno, mientras escuchaba los pasos de su hermana al bajar los escalones para abrir la mercería y el gato de angora saltó a su regazo de nuevo.

20

Alhamar, diciembre de 1948

Estrella cumplió veintiún años. Le pareció que había madurado mucho más deprisa de lo que correspondía a su edad. Lejos quedó la época en que, seducida por una esperanza de amor, había detenido su camino.

Después del encuentro con el gitano Gabriel en el hospital, renació la quimera y comenzó a esperar la llegada de esa carta que él le había anunciado.

Siguió el consejo de sor Regina, que tan acertado le pareció entonces, y pensó durante un tiempo sobre su decisión de ingresar como monja en la orden religiosa.

Cada día llegaba a casa con la avidez de encontrar, reclinada en el frutero de cristal tallado, la carta con los ribetes de colores del correo aéreo.

Resultaba curioso que, durante la jornada en el hospital, no se hubiera acordado de tal misiva. Dedicada a mejorar la vida de los enfermos se había olvidado de la inquietud interior que la asolaba cuando se alejaba de allí.

Había transcurrido más de un año desde que las noticias de Gabriel despertaran en ella la pasión del primer amor. Un otoño en el que recuperó las viejas ilusiones apagadas por el paso del tiempo. Un invierno convencida de la idea de que el retraso de la correspondencia pudo deberse al mal tiempo, por lo cual los aeroplanos no habían volado. Una primavera durante la que deseó que su vida se hubiera detenido en cualquiera de los momentos en que sintió amor por Ernesto. Y finalmente, un verano en el que analizó con profundidad su existencia.

Se preguntó en varias ocasiones qué podría decir la supuesta carta. Tal vez se tratara tan solo de unas palabras afectuosas o de cumplido. Quizá le pidiera reunirse con él en África. Y le bastó recordar al personaje de Marta Osuna en la película *La fe*, que tantas veces habían proyectado en el cine, para abominar cualquier iniciativa que la tildara a ella de mujer malvada.

Aquel verano, Estrella pasó largos ratos en la capilla del hospital, un lugar fresco y solitario, hasta que las monjas acudían a los rezos vespertinos. Envuelta en un silencio místico reflexionó, «¿qué siento en lo más profundo de mi ser?».

Valoró su paso por la vida y le pareció que haber sedimentado sus ideales en unas efímeras palabras de amor resultaba algo vano, infructuoso. Sin duda, le había servido para conocer la sensibilidad de los seres humanos, la eclosión de las emociones, el goce de los sentimientos, el estallido del corazón, el amor... Y todo ello había sido importante pero fugaz.

Se dijo entonces que no había venido a este mundo para quedar prendada de unos ojos melados. Había conocido muchas miradas diferentes y en todas ellas brillaba una luz para quien la quisiera encontrar. Tampoco de unos labios sensuales, porque de cada boca podían salir palabras de gratitud, de consuelo o de cariño que le llegaran a uno al alma. «¿Por qué restringir mi amor a una sola persona, si soy capaz de amar a toda la humanidad?», se preguntó.

Volver a casa ya no era algo que deseaba. Desde el matrimonio de su tía Rosario con el Palomo el hogar no era acogedor, de hecho, se había convertido en algo apenas soportable y que todos se esmeraban en sobrellevar. Sin embargo, estar con las monjas en el hospital se convirtió en una fuente de energía espiritual que le proporcionaba la alegría de vivir.

Cuando se consideró capaz de cumplir con los votos de pobreza, castidad y obediencia que debería prometer ante Dios, sintió que la vida monástica le atraía como un potente imán y que no existía fuerza mayor que la apartase de esa idea. A partir de ese momento, la joven experimentó una paz inmensa.

Sin apartarse de su determinación, Estrella buscó a sor Regina para comunicarle su decisión y solicitar su ingreso en la Congregación de las Hermanas de la Caridad.

De vuelta a casa, caminó por la calle como en volandas, deseosa de escribirle a Josefina —que había ingresado en otra orden religiosa meses atrás—, para contárselo. Además,

en cuanto se presentara la ocasión, también se lo diría a su tía.

—¡Toma, hija! ¿Quieres ponerlo encima de tu cama? —preguntó Rosario a su sobrina sosteniendo el rosario de colgar entre sus manos—. El tito no quiere que lo tengamos encima de la nuestra. Me hubiera gustado mantenerlo colgado en el mismo lugar que estuvo siempre porque mi madre me contó que gracias a ese rosario nací yo y que por eso me pusieron el nombre de Rosario. ¡Un disgusto grande para mí tenerlo que quitar, pero si lo pones tú en tu cabecero ya me quedo más conforme!

—¡Ayúdame a colocarlo, tita! —le pidió la sobrina dirigiéndose a su dormitorio—. ¿No habíais llegado a unos acuerdos en cuestiones religiosas, como os dijo don Eusebio?

—¡Sí, así fue! Pero dice que esto no entraba en cuenta. Dice que va a poner el cuadro de lienzo que está en el gabinete. ¡Qué vamos a hacer! ¡Anda, déjalo caer sobre el varal de tu cama que te protegerá de todos los males y te hará mucho bien! —le insistió la tía haciéndole entrega del pesado rosario con bolas de madera—. Él a este cuarto no entra.

«Ya basta con las miradas lascivas que me dedica», pensó Estrella. El tío Cebrián le resultaba desagradable desde niña. Se alejaba de él cada vez que lo encontraba cerca, porque le asustaba el tono intimidatorio de su discurso; «Estrellita, Estrellita, igual que tu madrecita». Ahora, evitaba el roce del indeseable cuerpo del Palomo cada vez que este acechaba su paso por un espacio estrecho de la casa. Hasta había dejado de despedirse de sus tías con un beso antes de dormir desde que el Palomo consideró que, por parentesco, a él le correspondía el mismo tratamiento. Cada noche, Estrella simulaba olvidar los buenos modales para con ellas, a pesar del malestar que creaba su falta de delicadeza.

Entre ambas buscaban desenredar las cuentas y estirar los cinco misterios para buscar la postura que asegurara el equilibrio y la mejor posición de la cruz.

—Tita, me voy a meter a monja.

El rosario se resbaló de las barras de hierro y níquel donde trataban de sujetarlo. La sobrina recogió el crucifijo y lo besó antes de posarlo sobre la almohada. La tía comenzó a sudar, tragaba saliva para poder respirar. Se avergonzó de que lo único que se escuchara en medio del inusitado silencio fuera el sonido de su micción incontrolada al caer sobre las losetas del suelo.

21

—¡Os habéis propuesto matarme a disgustos entre todos! —se quejó la pobre Rosario días después, con un paño de agua fría en la frente y recostada sobre dos almohadones en la mecedora —Uno porque le falta lo religioso y otra porque le sobra. ¿Es que no puede haber un término medio? Los dos extremos, uno a un lado y la otra hacia el otro. ¡Y yo en medio! ¿Para eso te he criado? ¿Para eso tantos años de colegio? ¿Para eso tantas esperanzas puestas en ti? ¡Con ese ajuar tan completo que tienes! Y ¿me tienes que dar este disgusto, Estrellita? Todo pensado para que te casaras, vivieras cerquita de nosotros, para que nos atendieras cuando fuéramos viejos... Con la de buenos muchachos que hay en el pueblo, con lo preciosa que tú eres...

—Ya te dije, tita, que lo sentía mucho. Pero no me hables de muchachos del pueblo a estas alturas.

—Pero ¿es que solo te pueden gustar o curas o monjas?

Estrella se levantó de un salto con sollozos y pucheros y volvió a su cuarto.

—¡Ea, a llorar! —exclamó Flora.

Estrella se consoló recordando la explicación que don Eusebio le dio sobre la tentación. «Mira, Estrella», le dijo cuando le consultó sobre su vocación, «tú has superado una tentación. Cada vez tengo más claro que Satanás, que anda suelto moviendo el rabo entre la juventud, os tentó. A ti y a él, ¡pobre mío, qué mal lo pasó! El demonio pone señuelos para que los incautos se dejen sorprender por sus espejuelos, haciéndoles creer que eso es amor, que eso es quererse y que es lo más maravilloso del mundo. Igual que cuando a Jesucristo lo subió el diablo a una montaña muy encumbrada y desde ahí le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y luego le dijo: *Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adoras*.»

«No deseo más tentaciones perturbadoras», pensó ella, «mi alma reposa serena en la Paz del Espíritu Santo. Solo tendré mi amor en el Sagrario, la Cruz, en mi Madre Inmaculada y el Corazón de Jesús.»

—Virgen María, en tu corazón de madre, guárdame para Jesús —rezó ya más tranquila.

A final de año en el hospital recibió una carta que apretó contra su pecho después de leerla. La madre provincial aceptaba su entrada en el convento como novicia.

Ese mismo día de vuelta a casa encontró otra carta ya abierta y leída, que tía Flora le señaló con una sonrisa para que ella también la leyera.

—Te va a gustar, Estellita, lo sé.

Le gustó. Pensó que sería la conjunción perfecta. Cada carta constituía un nexo, una llave cerraba la puerta a un estado y otra la abría al siguiente. La divinidad había configurado con detalle las fechas, tendiéndole una alfombra de flores para que ella, como la principal estrella de la constelación, pudiera surcar el tránsito del mundo familiar al religioso con sutil elegancia.

—¿Has visto, Estellita, que ya tienes un sobbino? —le dijo tía Flora cuando advirtió que había terminado de leer la carta, y que ahora la doblaba con la mirada perdida en la complacencia.

—¡Sí, tita, Anita está bien y muy contenta con su niño y los demás también! ¡Fíjate, el primer sobrino para todos! —respondió Estrella con alegría.

Aprovechando que su tía estaba en la tienda, subió a las cámaras, eligió una maleta mediana y otra grande, les sacudió el polvo y las llevó a su dormitorio para colocarlas abiertas encima de la cama. En la grande, fue apilando los juegos de sábanas, las toallas y los camisones de dormir. En la otra, su ropa interior, un vestido para el bautizo, medias, calzado y útiles de aseo.

—¿Qué haces, hija, qué es todo esto? —Sonó a su espalda la voz alarmada de Rosario.

—Ha llegado la hora, tía —respondió Estrella con serenidad.

—¡¿Qué hora ni qué ocho cuartos?!

—La hora de la verdad. La hora de mi partida. Ya no quisiera más discusiones. Han sido demasiadas.

—Y yo que venía tan contenta a decirte que ya habías sido tía, que ya podrías empezar a comprender lo que se siente por un sobrino, y así valorar, aunque fuera solo un poquito, lo que siento por ti... Que puedas apreciar todo lo que he hecho por tu bienestar y entender, de una vez por todas, el porqué no quiero que te vayas de mi lado para siempre.

—Si yo lo entiendo, tita, de sobra sabes que te agradezco cuanto has hecho por mí, como si fueras mi madre. Eso ya te lo he dicho muchas veces. Pero las personas vamos cambiando y no podemos quedarnos estancados en lo que hemos hecho de bueno, tenemos que seguir evolucionando para ampliar ese bien que hacemos. Me voy pero estaremos unidas por el amor.

—No me vale eso, Estrella, yo te quiero a mi lado, ahora más que nunca. ¿Por qué no lo entiendes? ¿Te vas porque me casé con el tito?

—No es por eso, claro que no. Más acompañada estás. Igual que tú tomaste esa decisión, en contra del deseo de tu hermana, yo tengo que tomar esta, aun en contra de tu deseo. Podemos parecer egoístas, pero hay que pensar que hay un fin más alto. Las personas no somos quiénes para interponernos en los destinos de Dios.

—Es que no son los destinos de Dios, son los de sor Regina para echarse flores de que ha conseguido vocaciones, los de don Eusebio para quitarte de en medio... Hasta los de Josefina, que siempre ha sido una santurrona, para que te fueras de monja igual que ella. Ahora que ahí, a sor Regina se le ha salido el aire, porque mira, al final, se ha ido a otra congregación. Y a ti te quieren pillar para que no te escapes. ¡Esa no se sale con la suya!

—¡No la armes otra vez, tita, por favor te lo pido!

—¡¿Que no la arme?! Si es que se me abren las carnes. Si es que no sé cómo me contengo las horas que estoy en la tienda poniendo buena cara. Si lo único que me apetece es abrir los balcones y ponerme a gritar hasta que no me quede hilo de voz. Que se entere todo el mundo de lo que mi corazón siente. Que me voy a volver loca de ver lo que estoy viendo. Un ajuar esmerado para que ahora... ¡No! ¡No lo consiento! ¡No!

Rosario levantó con una fuerza inusitada la maleta del ajuar y arrojó su contenido al suelo. Continuó con la otra y, cuando creyó que no quedaba nada, y ante el asombro de Estrella, le puso en la mano la maleta cerrada.

—¡Vete con lo puesto, si eres capaz!

Estrella, ante aquella locura de sábanas desparramadas por el suelo y el gesto desafiante de su tía, no se amedrentó. Por el contrario, se sintió invadida por una poderosa energía. La escena le recordó la frase: *Mi reino no es de este mundo*, y la locura de su tía disparatando la llevó a pensar: ¡*Perdónala, Dios mío, que no sabe lo que hace*!

Estrella agarró el asa de la maleta y se dirigió al comedor, donde Cebrián y Flora esperaban a que pasara, una vez más, el chaparrón. Cebrián estaba advertido de que, las mujeres, cuando tenían la menopausia se ponían muy raras y no había quien las aguantara. En este caso se habría juntado todo, pensaba él.

Estrella, con humildad y decisión, se dirigió a su tía Flora, circunspecta y apesadumbrada, y se agachó para darle un beso en la mejilla. Después, se acercó a Cebrián, que estaba sentado sobre la silla y con el codo apoyado en la mesa del frutero, y se despidió de él dándole un beso. Él no le correspondió, ni siquiera levantó la vista. Sacó un billete del bolsillo y se lo tendió. Estrella se quedó perpleja pero pensó que era otra muestra de que Dios estaba con ella. No había pensado que necesitaría dinero para el billete de tren.

Antes de emprender el camino a la estación llegó al hospital. Se despidió de sor Regina y pidió una conferencia para Jácara. Durante la demora telefónica, Estrella entró en la capilla y se acercó a los primeros bancos. Se arrodilló mirando la imagen de la Virgen.

—¡Virgencita mía! Dame fuerzas para seguir el camino que acabo de emprender, ayúdame a sortear los obstáculos sin apartarme nunca de tu santo consejo. Ya sé que nunca podré tener un hijo en brazos como lo tienes Tú, ni mirarlo con los ojos de madre como lo haces Tú… A cambio, derramaré mi ternura entre los niños necesitados del mundo y…

El timbre del teléfono sonó y volvió al aparato para encargar que comunicaran a su

hermano Manuel que llegaría para el bautizo y que la recogiera por la tarde en la estación de Jácara.

Cuando se bajó del tren y vio a su hermano Manuel esperándola, corrió a abrazarse a él con los ojos bañados en lágrimas.

—Tú nunca me fallas, Manolito —le dijo, nombrándolo con el diminutivo cariñoso.

—Sí. Te fallé. Debí haber ido por ti y traerte a casa cuando ya era capaz de hacerlo por mí mismo. Hubieras comido menos y hubieras vestido peor, sin embargo, te hubiera sobrado el cariño.

—Mi estancia en Alhamar me ha llevado a mi propio destino. Mi decisión me hace feliz, aunque ellos no la aceptan de ninguna de las maneras. Aquí está la prueba. —Señaló, bamboleando la maleta—. Un peine y una muda, con esto vuelvo después de tantos años.

—Voy a perderte por segunda vez —dijo Manuel—. De pequeña nadie te preguntó si querías irte a vivir con las tías de Alhamar para siempre. A nosotros tampoco nos contaron lo que tú pensaste al enterarte de que no volverías a casa y que solo nos veríamos de visita. Entonces yo no pude intervenir porque tan solo era un niño y no supe interpretar el alcance que tendría separar a los hermanos. Cada vez me pesa más no haberte traído de vuelta a casa.

—No. No digas eso —respondió Estrella—. Yo estoy muy ilusionada, a pesar del disgusto tan grande con tía Rosario que ya os contaré. Siento como una fuerza interior capaz de transformar el sufrimiento en regocijo y las penas en júbilo. Me entusiasma el futuro que me espera.

—¡Ojalá aciertes, Estrellita, te lo deseo con toda mi alma! Yo no puedo ofrecerte nada —agregó apesadumbrado Manuel—. Solo lo que estoy haciendo con Gloria y Juli; cuidarlas y velar por su honra de mocitas hasta que se casen. Y con respecto a Gerardo, procurarle un trabajo para que pueda ganarse la vida por sí mismo y formar una familia.

—Al menos, ya no estás guardando cabras como en aquella época —dijo Estrella justo cuando se cruzaban con un rebaño de animales a la entrada del pueblo.

Los dos intercambiaron una mirada de complacencia por la mejora de su situación y rieron despreocupados.

22

Jácara, diciembre de 1948

—¡Estrellita! Una vez vista y mil veces recordada. —La definió uno de los primos que apenas la conocía.

Estrella estaba radiante y liberada. Sentía cuánto la querían. Sus hermanos, su familia paterna y tantos primos con los que no había tenido contacto le demostraban el cariño que le habían profesado desde siempre, a pesar de su ausencia. Aquella tarde, Estrella llenó de esplendor la fiesta familiar del bautizo

El recién nacido hijo de Anita ofrecía la imagen enternecedora de la propia vida, que fluye sin detenerse. Las figuras contorneadas de sus hermanas menores ya no vestían con calcetines. Sus tías reían contentas porque al fin había algo bueno que celebrar en la familia. Incluso les pareció bien el ingreso de Estrella en un convento. No hubo drama, solo júbilo.

Estrella bailó, desinhibida, y compartió las ganas de disfrutar de una familia que había sido apaleada por la vida. *El relicario* lo bailó con Juli, *Mi jaca* con Gloria, *Francisco Alegre* con su cuñado, *Ay mi sombrero* con Gerardo, *Bajo mi cielo andaluz* con Manuel. Las parejas se fueron intercambiando hasta que cada uno consiguió su turno para bailar un pasodoble con Estrella. El músico del acordeón se despidió y ella cayó rendida en una silla. Resultó ser el modo que tuvo su familia para despedirse de ella, la bendición de la criatura a la que siempre amaron y admiraron en la distancia.

Curiosa forma de finalizar el año 1948. El nacimiento de un niño para aumentar la familia y la retirada a la vida conventual de Estrella. Aunque, por fortuna, ella no eligió una orden de clausura, sino hospitalaria. Podría salir a la calle y este hecho les produjo alivio a todos.

A la mañana siguiente, la Moto Guzzi de color rojo la esperaba en la puerta de la casa de sus hermanos. Manuel la llevaría al convento. Mientras comprobaba el estado de las ruedas y limpiaba cuidadosamente los asientos, Juli levantó la maleta para acercarla a la puerta y, extrañada, exclamó:

—¡Uy! Pero si no pesa nada.

Estrella la miró con pena, pero así había que presentarse ante la que iba a ser su comunidad religiosa, sin dote, como una desvalida.

Junto a su maleta vacía, Estrella se colocó en la cabeza un pañuelo que le había regalado la novia de Manuel para protegerse del aire en la carretera.

—¿Te cortarán el pelo, Estrella? —preguntó Gloria envolviendo los largos mechones de rizos dentro del pañuelo.

—Sí, pero no hoy.

—¡Besos y abrazos! —dijo Manuel—. Que nos vamos.

En el puente del río se habían concentrado los familiares y amigos de la noche anterior para ver pasar en dirección al convento la Moto Guzzi conducida por Manuel. Estrella, sentada atrás y agarrada a la cintura de su hermano, sonreía al ver la congregación familiar agitando pañuelos y gorras mientras le gritaban enardecidos: «Adiós». «Que nos escribas». «Iremos a verte...»

Tensos por las casi dos horas de viaje, después de una parada de descanso, se bajaron de la moto. Estrella se desató el pañuelo y lo dobló para entregárselo a Manuel, junto con el dinero que le había sobrado después de comprar el billete a Jácara, dinero que le había dado el tío Cebrián.

—¡Toma, Manolito, ya no lo voy a necesitar! Recuerda... voto de pobreza.

—¡Quédate el dinero, te puede hacer falta para algo! —le dijo mientras guardaba el pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta.

—¡No! ¡Mira cómo voy! —le mostró sus manos sin anillos y su rostro sin pendientes. Solo una cruz de madera se posaba en su pecho, agitado ante el umbral que estaba a punto de traspasar—. ¡Limpia en cuerpo y alma!

Manuel comprendió lo que trataba de decirle y se guardó el dinero en el bolsillo

interior de la chaqueta.

—Si cuando pasen los días no te encuentras a gusto o ves que no es lo que esperabas, me escribes, me llamas o lo que te sea posible y vengo a por ti.

—¡No hará falta! Pero sé que cuento con tu ayuda en caso de que la necesitara —le dijo mientras lo abrazaba—. ¡Buen viaje de vuelta a Jácara y a ver si te casas pronto!

Estrella se volvió hacia el edificio de grandes columnas, se desabotonó el cuello del abrigo antes de recoger su maleta, pulsó el timbre y le dijo adiós con la mano a su hermano.

Manuel esperó hasta que abrieron la puerta y Estrella se introdujo en el convento sin mirar atrás.

«¿Qué harán los padres de las demás muchachas cuando se meten a monjas?», se preguntó, «¿habrá sido correcta mi actitud, seré demasiado permisivo o llevará razón mi tía Rosario al oponerse?».

Arrancó su moto, se alzó las solapas del abrigo, se anudó la bufanda y, antes de ponerse los guantes prestados de su tío, se persignó. En el largo camino de regreso a Jácara una idea revoloteaba su cabeza como una mariposa blanca: Estrella los tendría presentes en sus oraciones.

23

Convento, diciembre de 1948

Le abrió la puerta una hermana bajita y rechoncha que la recibió con afecto, informada de que era una nueva admisión. En cuanto cerró el acceso a la calle con una de las llaves, buscó otra del mismo manojo para abrir una portería amplia de madera y cristal rizado que volvió a cerrar una vez que pasaron a un gran claustro. En él se veía a las novicias, con sus cuerpos gráciles y menudos, moviéndose entre las arcadas de piedra que circundaban un patio de naranjos y limoneros.

Estrella posó su maleta en el suelo enchinado, recortado por zonas de jardín con coloridas manchas de pensamientos morados y ciclamen de color púrpura. Respiró profundo mientras las contemplaba y su rostro se iluminó con una sonrisa; estaba deseosa de verse como una más entre ellas, compartiendo la alegría de servir a Dios.

La portera hizo sonar unos toques de campana debidamente pausados.

—Ahora te atiende sor Ángela, la maestra de novicias. Pero, pasa, no te quedes ahí que hace frío —le dijo la hermana portera, y luego la invitó a sentarse—. ¿Cómo te llamas, vienes de muy lejos?

—Vengo de Jácara. Me llamo Estrella, pero me gustaría cambiar el nombre —repuso ella mientras se desabrochaba el abrigo.

—Es algo muy conveniente cambiar nuestro nombre. El tuyo es muy bonito. De todo ello hablarás con sor Ángela. A mí, no me está permitido. Yo también tuve otro nombre, ahora soy sor Angustias —dijo al tiempo que salía al patio para insistir con el mismo toque de campana.

Sor Ángela apareció alta y erguida con las manos ocultas bajo el escapulario de su hábito blanco crema. Sobre él aleteaba un manto que caía a la altura de los codos. Una toca bajo ese velo cubría enteramente la cabeza, la frente, las orejas, y enmarcaba el óvalo de la cara de tal modo que solo dejaba al descubierto el rostro desde las cejas a la barbilla. La mirada penetrante parecía abrirse paso para escudriñar el fondo del alma que tenía delante. A través de los ojos azulados de Estrella costaba poco llegar a su corazón. Ella facilitaba el camino mostrando su humildad y total entrega.

—Tú debes ser Estrella, ¿verdad? —preguntó sor Ángela tomándola de los hombros y observándola con autoridad—. Sor Regina me tiene al corriente del tiempo que has pasado como postulante en la comunidad de Alhamar, y de tu entrega a los enfermos del hospital. También, por desgracia, en la carta que anunciaba tu llegada me contó cómo se han desenvuelto las cosas en tu familia. Siento que una educación religiosa haya terminado de esta manera. Tus tíos deberían sentirse gloriosos por haber conseguido la culminación del fruto maduro. Pero no te preocupes, es que Dios nos pone duras pruebas para que demostremos nuestra fortaleza ante la adversidad, mas luego las arregla. Eso ocurrirá con los problemas que ahora tienes con tu familia. Lo que verdaderamente importa es que ahora estás aquí. El triunfo es tuyo. ¡Confía en Nuestro Señor Todopoderoso!

—¡Que así sea! —Suspiró Estrella.

—Sor Angustias, llame a sor Teresa para que la acompañe a la capilla y después la lleve a conocer las dependencias. Que desde hoy coma con las novicias y empiece a conocerlas y a contagiarse de su ilusión. Ha sufrido mucho y debe compensar sus penas.

Un gesto de emoción traspasó la garganta de Estrella, mezcla de la pena por la vida que dejaba y de la esperanza en que la congregación, el convento, las novicias, el cumplimiento de la Regla y su consagración a Jesucristo le ofrecieran la paz y la alegría que necesitaba su espíritu.

—Cuando termine, pase por el costurero para que sor Virginia le tome medidas para el hábito de novicia —le indicó a sor Angustias para después dirigirse a Estrella—. El acto para la toma del hábito no tardará mucho. Previamente te enseñaremos el significado de cada prenda y el modo correcto en que deben ser llevados.

La puerta de la capilla estaba situada en el centro de un lateral de arcadas del patio, en dirección opuesta a la portería en la que fue recibida. Tenía forma alargada y la entrada la dividía en dos mitades. Era pequeña y muy ornamentada, con pinturas en techo y paredes. Nada que ver con el estilo tosco y la forma redonda y enorme de la iglesia de Alhamar que ella conocía desde su niñez.

Caminó hacia los primeros bancos, se arrodilló, respiró profundo y dio gracias a la Virgen por acogerla en su casa.

Una amplia escalera con baranda de mármol conducía a la primera planta, vedada para toda persona que no perteneciera a la comunidad religiosa.

Ya en la tercera planta, en una habitación de grandes ventanales, se encontraba el costurero de sor Virginia, la monja modista y su ayudante, una monjita de poca estatura que se movía con agilidad de bailarina. Ambas se complementaban como almas gemelas. Habían hecho de la estancia un pequeño hogar agradable, donde reinaba el color blanco y el olor a jabón y a ropa planchada.

Cuando Estrella estuvo en manos de ellas, la acogieron con auténtico fervor. A las hermanas les gustaba tener mucho trabajo pues decían que con ello honraban al Señor.

—¿Traes mucha ropa de casa? —le preguntó sor Concepción, la monja bajita, y Estrella se puso colorada y no supo cómo justificar la razón por la que solo traía una muda.

—Sor, no seamos indiscretas —reconvino sor Virginia—. ¡Cuántas veces nos han dicho que nosotras a lo nuestro! Cada una tiene su función. Eso no es cosa nuestra. Es como si sor Teresa se pusiera a confeccionar hábitos, ¿qué te parecería, eh?

—Que no sabría hacerlos —respondió de manera espontánea, y se cubrió la boca a continuación—. ¡Ya metí la pata otra vez!

Sor Virginia hizo como si no hubiera escuchado nada y se acercó a Estrella con la cinta métrica, pero antes de llegar a ella, sor Concepción se adelantó con una prenda de vestir entre sus brazos, larga y con mangas.

—Esta es la saya o camisola. La llevamos encima de la ropita interior. Con ella protegemos el cuerpo del mundo exterior. Se abrocha con botones en la delantera —explicó sor Concepción.

—Bueno, primero medir, sor —volvió a rectificar sor Virginia mientras anotaba las medidas que iba tomando—. A ver la cintura, porque el faldón plisado debe quedar ajustado para que no tenga caída y sobresalga bajo la túnica.

—El hábito es un signo de la consagración, la pobreza y la pertenencia a nuestra orden religiosa —prosiguió incontinente la ayudante—. Esta es la toca que se ajusta desde la frente al pecho, y deja al descubierto desde las cejas a la barbilla. Se cierra con botones en la parte de atrás de la cabeza. Ya ves que no puede contener tu melena rizada, por eso cuanto más corto quede el pelo más fácil será acomodar la cabeza dentro de este casco.

—Lo sé. Soy consciente de ello —le dijo Estrella—. Estoy deseando que me lo corten.

—Después se coloca el velo. Ahora será blanco porque eres novicia. Ya irás recibiendo los siguientes según vayas haciendo votos.

—Sí, hermana. —asintió Estrella mientras se dejaba medir el brazo que mantenía doblado por el codo.

Luego abrió los brazos levemente para dejar libre la cintura y las caderas y que la monja modista pudiera trabajar con holgura.

—¡Ay, niña, qué cintura tan estrechita tienes! Voy a tener que poner el fajín con unos centímetros de menos para que sea el vuelo el que se adapte a las caderas y se disimulen estas formas tan pronunciadas.

—Se ciñe anudando unas cintas que se aprietan de atrás hacia adelante —le indicaba sor Concepción, mostrándole un faldón plisado con mucho vuelo—. Esta prenda lleva una faltriquera a cada lado para el pañuelo, que también debe ser blanco y sin bordados, ¿sabes?

—Sí, sí... Yo haré todo lo que me digan.

—Ahora vamos a probarte esta túnica, porque si te está bien de larga ya me guío por ella y no hace falta medir más.

Estrella se enfundó la túnica blanca y recia con la mayor de las convicciones, y sor

Virginia sacudió la tela para que se adaptara al cuerpo.

—Creo que puede servir el largo, pero los hombros no quedan bien, ¿no le parece sor Concepción? A ver si metiéndole así —hablaba para sí mientras clavaba un alfiler remetiendo la tela.

—Encima de la túnica llevarás el escapulario que viene muy bien para encubrir los pechos. Las monjas debemos aparentar que no tenemos, y esta prenda lo disimula muy bien —le aclaró la modista.

—Sí, sor Concepción.

—El cinto y el rosario ya te lo dará la maestra de novicias —añadió.

—Te avisaremos para la prueba en unos días, ¿de acuerdo?

—El día que lo vistas ya te darán instrucciones de cómo llevar la mirada baja mientras caminas y cuando te encuentres con otras personas.

—Creo que ya se lo ha explicado usted todo, sor Concepción.

24

Alhamar, enero de 1949

Rosario quiso creer y hacer creer que Estrella permanecía en Jácara con sus hermanos, disfrutando del niño de su hermana Anita. A medida que pasaba un día más, utilizaba como argumento el empeño que pondrían sus hermanas para que la joven permaneciera más tiempo con ellos, ya que sus visitas eran escasas. Así se lo contaba a las vecinas y clientes que preguntaban por ella.

La prima Herminia se pasó por la casa una tarde para enseñarle a Flora el punto de arroz con las agujas de media, que todo el mundo quería aprender para lucir en su rebeca de lana.

—Y de Estrellita, ¿qué sabéis? —inquirió mientras echaba los puntos con la aguja bajo el brazo y cruzaba los dedos en laberínticos movimientos.

—Pues, ya ves, con lo que le gustan los niños recién nacidos, estará encantada. Yo creo que se le ha ido el santo al cielo —contestó Rosario.

—¡Ah! Pero ¿todavía está en Jácara? —Se sorprendió Herminia—. No tenía yo eso entendido.

—¡Pues, ya ves! —intervino Rosario limpiándose el sudor de la frente con el envés de la mano—. ¡Te has pasado de lista!

—¡No, si yo creo lo que tú me digas! —Se sacudió Herminia, espaciando los puntos a lo largo de la aguja de media—. Otra cosa es lo que dicen las gentes.

—¡Las gentes! —exclamó Rosario, indignada—. ¿Es que no puede una muchacha ir al bautizo de su sobrino? ¿O acaso es que no les parece bien que haya ido sola en ferrocarril? ¡Vaya pueblo, que se mete en todo!

—¡No es eso, prima, no te hagas la tonta con lo larga que tú eres! —terció Herminia—, y menea el brasero que tú tienes *muchas calores* pero las demás no.

—Hemmi, Hemmi... No te faltes con mi Dosario —intercedió Flora en favor de su hermana—. Aquí has venido a enseñamme a mí cómo se hace el punto de adoz. No a chismodear.

—¡Vaya, lo que me faltaba, llamarme chismosa en mi cara! Casi tendríais que agradecerme que venga a advertiros de lo que van diciendo por ahí. Pero si preferís, os ponéis una venda en los ojos y como dice el refrán, «el cabrito es el último que se entera». ¡Ya verás cuando el Palomo vuelva de la taberna como os va a decir lo mismo que yo!

—¿Qué dicen las gentes? —inquirió con ira Rosario—. ¡Dilo ya de una vez antes de que revientes!

—¡Pues que se ha ido al convento! Y que como ha sido en contra de tu voluntad, no la has dejado que se lleve ni un «hilacho» —pronunció al tiempo que soltaba la aguja derecha sobre su regazo para unir el índice y el pulgar en un gesto que representaba la insignificancia de lo que se llevó.

Rosario iba a contestarle cuando se escucharon los campanillos avisadores de la puerta de entrada de la tienda, entonces bajó carraspeando y recomponiendo el gesto. No se trataba de un cliente como imaginó. Era el cartero. Este le tendió una carta de correo aéreo y se dio la vuelta con la saca de cuero al hombro. Rosario leyó el remite y se descompuso.

—¡Chist! —llamó Rosario al cartero antes de que llegara a la puerta—. ¡Devuélvela!

—Pero...

—¡Devuélvela! arréglatelas como sea, pero devuélvela a la dirección que han escrito en el remite. Y ¡chitón! —Sacó dinero del cajón y le tendió el billete—. Toma, por los gastos que te ocasione.

—Como usted mande. —El repartidor tomó el billete y recogió la carta del mostrador. Leyó el remitente al que debía devolverla y pareció apenado.

Rosario, refunfuñando, dijo para sus adentros: «¡Otro escándalo! ¡Lo que nos hacía falta ahora!».

Corrió a la trastienda y se arrodilló ante el cuadro de la Virgen de las Angustias, azorada, acorralada y derrotada.

—¡Virgen de las Angustias, devuélveme a mi Estrella, sin ella me falta la luz! ¡Tú tienes muchas estrellas y muchos luceros, yo solo tengo esta, tráemela a casa! ¡Volveré a vestir de hábito. Haré lo que me pidas!

Se santiguó, se recompuso la ropa, se alisó el pelo y subió disimulando el sofocón que acababa de sufrir con la inoportuna carta.

La mercería de Rosario permaneció cerrada durante varios días tras la irritación que ocasionó lo que ya podía considerarse como la inexorable marcha de Estrella. Escribieron en un cartelito: «Cerrado por enfermedad».

Rosario deambuló por la casa con desasosiego. Una vez más repitió el recado que recibió de su sobrino Manuel en el teléfono de la botica:

—Que si podía venir en la moto a recoger las cosas de su hermana Estrella —dijo con ira Rosario al recordarlo—. Al mismo mancebo que me trajo la pregunta le di la contestación para cuando volviera a llamar mi sobrino: Que las cosas de Estrella no salen de esta casa ni ella vuelve a entrar por mi puerta.

A escasos minutos de salir del comedor volvió de nuevo con otra ocurrencia.

—¿Y si llamamos a la Guardia Civil para que la busque y la traiga de vuelta? —se le ocurrió a Rosario, desesperada.

—¡Ay, qué cosas tienes! —se indignó Flora, moviendo a los lados la cabeza al tiempo que sus pendientes se balanceaban.

—Eso no puede ser. Tiene veintiún años, ya es mayor de edad —afirmó Cebrián.

—¿No era a los veintitrés?

—¡Eso cambió en el año cuarenta y tres, mujer, y se puso a los veintiuno! —aclaró—. Además, ¿qué documentos tienes tú para reclamarla? No es tu hija. Y aunque la hayas criado en tu casa, no hiciste ningún papel de adopción ni nada. Así que no tires por ahí que ya es tarde para eso.

—¿Qué hago yo con esta pena? —gimoteó Rosario, desconcertada.

—Peor es cuando se muere alguien... y no puede desucitar —argumentó Flora para su consuelo.

—¡Ay, Flora, no mientes ahora a los muertos, que ya bastante tenemos! —le retó Rosario.

—¿No queríais iglesia y rezos?, pues ahí lo tenéis ahora. La muchacha ha seguido el camino por donde la habéis guiado. ¿O es que no os ha visto el pueblo entero llevarla desde que llegó con ocho o nueve años, con su velo puesto, a todas las misas, novenas, rosarios y demás inventos del cura?

—¡Es que no somos ateas como tú y los tuyos, Cebrián, no me hagas disparatar! —terció su esposa, mientras Flora se santiguaba muy despacito, casi disimulando, para no provocar la burla de su cuñado—. Una cosa es cumplir con las obligaciones de todo buen cristiano, y otra muy distinta es que la engatusen, porque eso es lo que ha pasado, que entre sor Regina y don Eusebio han organizado un complot.

—¡Anda! ¡Curas y monjas en complot! —exclamó Cebrián, gozoso.

—¡Lo que yo te diga! Y ¡todo por tu culpa! ¡Por haberme casado con un rojo!

—Yo no he dicho que Estrella se vaya de la casa, ¡eh! Cada cosa en su sitio —advirtió Cebrián a la defensiva.

—¡Eso es veddad! —verificó Flora.

—¡No, si no hace falta que lo diga! Es que ellos son más listos, por algo son curas y monjas —aseveró Rosario, acalorada. Se quitó entonces la capa de lana que le cubría los hombros y se desabrochó los botones del cuello—. ¡Han querido alejarla de tus garras, sin darse cuenta del daño tan grande que me iban a hacer a mí!

Cebrián bajó la cabeza buscando una contestación con la que defenderse, pero solo negaba con el gesto, sin pronunciar palabra.

—¡A ver si me van a querer llevar a mí también a otto convento por estar aquí con él! —replicó Flora— Mira lo que has ocasionado con casatte, Dosario.

—¡Ojú, ojú...! Yo si que no me he casado para escuchar a dos cacatúas —dijo Cebrián,

levantándose de la mecedora. Luego fue en busca de su sombrero de fieltro—. Me voy a tomar un vaso de vino a la taberna, que ya es hora.

—¡No, por Dios, no te vayas sin antes prometerme una cosa! —le pidió Rosario agarrándolo por los brazos de su traje de chaqueta azul— ¡Ve a buscarla! ¡Asústala si es preciso! Pero tráela de vuelta a casa, conmigo.

Desesperada, corrió hacia el gabinete. Se acercó al repostero donde estaba el Niño Dios, casi de tamaño natural, acostado sobre las pajas de la cuna. Lo tomó entre sus brazos y posó su mirada sobre la cara de la imagen escultural, con anhelo, como tantas veces hiciera.

—¡Niño Jesús! Tú que conoces el fondo de mi corazón, tú que adivinas mis pensamientos, tú que sabes que quiero a Estrellita con toda mi alma. Haz que vuelva conmigo. Aquella vez que creí que iba a volverme loca de ver que mi vida sin matrimonio y sin hijos no tenía aliciente... Aquella vez que te imploré que llenaras mi existencia, mi quehacer diario, tú me premiaste con el mejor de los presentes. ¡Ni el oro, ni el incienso ni la mirra! Nada tan valioso como la llegada de esta niña a mi casa. Sé que fuiste tú, Niño Jesús. Tú hiciste, además, que mi dicha fuera permanente, porque no regresó a su casa. Su madre tenía otros muchos hijos y no podía atenderlos, hiciste bien en traerla conmigo. No te la lleves ahora con las monjas. Pensaría que solo me la prestaste. Pero si me hiciste creer que era para mí para siempre, es porque así sería tu voluntad. ¡Niño Jesús, haz que vuelva conmigo!

Lo acostó con cuidado y se persignó. Fue al dormitorio de Flora, se arrodilló en el reclinatorio y rezó con fervor y devoción el santo rosario.

25

Convento, 1950

La segunda visita del tío Cebrián al convento le fue anunciada a Estrella una fría mañana de enero, al finalizar el rezo del Ángelus.

—Un señor bien vestido te espera en la sala de visitas. Sor Ángela te ha dado permiso para que lo recibas. Dice que es tu tío —le anunció sor Angustias al salir de la capilla.

«Mi tío, otra vez...», pensó Estrella. Antes de dirigirse al lugar en donde la esperaba, volvió a entrar en la capilla, se arrodilló y oró, rogando al Espíritu Santo, para que le infundiera la fuerza necesaria para resistir un nuevo embate de la intensa contienda a la que su familia de Alhamar la sometía.

—*Ven Espíritu Santo, y desde el cielo envía un rayo de tu luz. Lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo. Doblega lo que es rígido, calienta lo que es frío, dirige lo que está extraviado. Amén, Aleluya.*

Con paso confiado y el alma llena de gracia, se dirigió a la sala de visitas. Al acercarse a su tío, el hábito desprendía olor a limpio, un aroma de pureza. Cebrián se levantó del vetusto diván para saludarla. En el rostro de ambos se reflejó una alegría comedida.

Él, más robusto y barrigudo que la vez anterior. Ella, más refinada y espiritual, había perdido sus formas juveniles, desvanecidas en una profusión de ropajes diseñados a propósito para eludir la feminidad. Su rostro, asomado entre la pulcritud de telas blancas y gasas que gravitaban sobre su cabeza, transmitía una serenidad imperturbable.

—Me alegra verte, tío. ¿Cómo están ellas?

—Yo también me alegro, Estrellita.

—Puedes llamarme sor Alejandra. Es el nombre que he adoptado en honor a mi padre.

«Alejandro». La invocación de su nombre en aquel silencio conventual a través de los labios de la que ahora se llamaba como él, le produjo al Palomo emociones contradictorias. Percibió en el pecho como una pedrada. Recordó las palabras que él mismo había proferido contra Alejandro y Lucía el día de su boda cuando se alejaban en el auto de Valladares en dirección a Jácara: «¡Ojalá te mueras y yo viva para veros sufrir!». El hado se había encargado de cumplir esa maldición y Cebrián había podido saborear la satisfacción de su venganza. Sin embargo, la figura virginal que, ahora, tenía delante era hija de ellos, de Alejandro y Lucía. Su amor se había perpetuado y se hacía de nuevo presente en la encarnación de aquella criatura. El Palomo se sintió agraviado una vez más porque el destino también lo había privado de tener una hija como Estrella. Sintió con fuerza ese deseo, ya imposible de alcanzar, y dos lágrimas se deslizaron sobre sus carrillos orondos y bien rasurados.

Era la primera vez que Estrella veía un atisbo de sentimentalismo en Cebrián, el Palomo. Ignoraba el motivo que había originado tal estado en aquel hombretón rudo y poco dado a blandenguerías.

—Yo... yo no quería venir... De sobra me imaginaba esto. Pero tu tía, ya sabes, estaba esperando que hiciera el año de tu ingreso en el convento, ver si habías tenido suficiente para probar y querías volver a casa. Por más que le he dicho que era tontería venir a pedirte que volvieras, el empeño de ella está por encima de todo... Y por eso estoy aquí. Para darle gusto a tu tía, porque me trae frito.

—Veo que has captado mi propósito, tío. Mi llamada es muy poderosa y estoy siguiendo los pasos de mi fe. Me alegra que lo entiendas. Nunca me planteé dejar el convento para volver a Alhamar. Dentro de seis meses haré mi profesión religiosa y después mi destino estará en algún hospital cuidando enfermos. Eso, si cabe, dará un mayor sentido a mi vida.

—Repíteme cómo se llama lo que vas a hacer dentro de seis meses para que se lo explique yo a tu tía.

—"Profesión religiosa". Es un acto con el que termina mi etapa de noviciado.

—Yo se lo diré.

—Y mi tía Flora, ¿está bien?

—Ella está bien. En sus cosas, como siempre. Tiene menos calentamientos de cabeza que Rosario. Bueno, no te entretengo más. Les diré a las dos que te encuentras bien. Tu cara lo dice todo.

—Gracias, tío Cebrián, por tu visita y tu comprensión.

Y se despidieron con el contacto de ambas manos y una mirada. En los ojos de Cebrián destelló la tranquilidad de que su vida iba a seguir cómoda y tranquila. En los de sor Alejandra, el agradecimiento porque esta visita se había producido sin reprimendas ni reproches, sin culpabilizarla por el estado de salud de su tía. Parecía que empezaban a dejarla en paz.

Fue de nuevo a la capilla a agradecer a la Virgen que la visita hubiese transcurrido en calma, y a pedir que ese atisbo de comprensión por parte de Cebrián se extendiera a su tía y le diera sosiego a su alma.

Sor Ángela la esperaba al término de su oración en el claustro, frente a la capilla. Solo tuvieron que mirarse para que esta última entendiera que la visita no había trastornado la quietud de su espíritu.

El noviciado se vestía de fiesta para primeros de julio, día en que se celebraban las profesiones religiosas de las dieciséis novicias que habían compartido su etapa de formación. Habían ensayado los cánticos para la misa solemne: los *Kyries,* el *Aleluya,* el *Gloria...* Sor Alejandra cantaría el *Panis Angelicus,* acompañada por el órgano de sor Carmen. En las preces habían volcado sus intenciones personales más nobles. La capilla relucía en su decoración barroca. Guirnaldas de jazmines enlazaban los reclinatorios que ocuparían las que dejarían de ser novicias para convertirse en profesas. Los jarrones de gladiolos blancos y varas de nardos ornamentaban el altar, aromatizando desde la víspera aquel lugar bendecido donde las dieciséis jóvenes se consagrarían a Dios y prometerían los votos de castidad, pobreza y obediencia en presencia de su comunidad religiosa y el público asistente.

Prometía ser un día de júbilo personal y social, pues no en vano habían invitado a religiosas de otras congregaciones y órdenes monásticas. Era un día grande para las familias de cada una de ellas, el primer gran encuentro desde que salieron de sus hogares para el periodo de prueba.

Alrededor del claustro se preparaban mesas con manteles blancos para celebrar una comida de hermandad tras la ceremonia.

Avisados de la fecha, los hermanos, tíos paternos y primos de sor Alejandra acudieron el último día de junio a pasar la noche en la Pensión Veneciana para asistir a la profesión de Estrellita el martes día 1 y poder estar con ella todo el tiempo que les permitieran las normas del convento.

Llegado el gran día, las novicias bajaron la escalera de mármol en hilera, de forma pausada, con la mirada baja ante la expectación del grupo de familiares y convidados, que observaban el desfile para seguirlas en su cortejo hacia la capilla. Ellas portaban, sobre el velo blanco de sus cabezas, coronas de flores como novias a punto de ser desposadas. Costaba reconocer su individualidad, dada la uniformidad y los pocos elementos identificables de las muchachas, pues hasta los gestos habían sido educados y modificados para expresar actitudes pías y de beatitud.

De repente, la fila se rompió y, súbitamente, una corona de flores se vio mezclada en el tumulto de invitados. Sor Alejandra rompió el protocolo sin reparar en las posibles consecuencias. Obvió la jerarquía eclesiástica presente en aquellos momentos y con voz ahogada exclamó, «¡tita!». Fundidas en un abrazo, Estrella y Rosario estallaron en sollozos. El impulso de abrazarse les resultó tan incontrolable y potente como sanador y vivificante. En un silencio sobrecogedor se escucharon las palabras que intercambiaron:

—Perdóname, perdóname… perdóname...

—Perdóname tú a mí por haber puesto mi amor a Cristo por encima del tuyo, mi tita querida.

—Mi amor era egoísta y no quise entender que Dios te quería para Él.

—Gracias por darle a mi espíritu la paz que ansiaba.

La reconciliación que durante tanto tiempo había necesitado, como el sediento al agua, se concretó.

Sor Alejandra se incorporó instantes después a la fila bajo la mirada reprensiva y a la vez cómplice de sor Ángela, que supo comprender la importancia de un hecho que ponía fin al tormento de la muchacha. La inesperada presencia de sus tías de Alhamar constituyó el mayor regalo que Dios pudo haberle concedido en un día tan especial. La prueba de la grandeza divina se había materializado en aquella mañana para que sor Alejandra se entregara a Dios con el daño reparado.

CHOCOLATE CON CHURROS

Gloria abrió una de las pastillas de jabón precintadas mientras Manuel sujetaba la garrafa para que el chorro de agua cayera a modo de grifo en el fregadero de piedra. Hacía poca espuma, pero al menos nos lavamos las manos para poder tomar los churros y mojarlos en los vasitos de plástico del chocolate. Comimos con apetito, y tras un breve silencio en el que solo se escuchaba cortar los trozos de la rueda de tejeringos sobre el papel manchado de aceite, me acordé de preguntar.

—Ahora que estamos reunidos, ¿recordáis la foto que nos hicimos los seis hermanos en la azotea aquella vez? Siempre pensé en ella con cariño porque no tuve fotografías de la familia durante mucho tiempo.

—¡Eso digo yo! ¿Quién tiene esa foto? ¡Tanto tiempo llevo sin verla que ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice! No me gustaría perderla —dijo Anita.

—Yo no sé de qué foto estáis hablando. ¿Aparezco yo en ella? —preguntó Gloria.

—A mí tampoco me suena —repuso Manuel antes de sorber el chocolate que le quedaba en el vaso.

—¡Claro que estás tú también! Es la única foto en la que estamos los seis juntos —respondió Anita—. Ya había muerto mamá. Recuerdo que los tres mayores estábamos de pie, y Juli, Gloria y Gerardo, más aniñados, estabais agachados delante de nosotros.

—Manuel y tú teníais la satisfacción en el rostro de haber sido capaces de sacar adelante a la familia en circunstancias tan penosas. Yo simplemente estaba contenta de disfrutar aquel día con vosotros. —Rememoré el momento de aquella foto como una de mis escasas visitas a Jácara.

—¡Qué bien lo pasábamos cuando íbamos a despedirte a la estación las contadas veces que venías a casa! Te esperábamos por la mañana en la estación y tú, tan elegante, bajabas del tren. El tío Cebrián nos decía adiós desde la ventanilla y continuaba su viaje a la capital. A la vuelta te acompañábamos por la vereda como si de un acontecimiento se tratara. El Palomo se asomaba a la puerta del vagón para que supieras dónde tenías que subirte y ya nos despedíamos con besos y abrazos. Para mí, era una fiesta. El día que venías lo anunciaba a los cuatro vientos, advirtiendo que nadie contara conmigo, que ese día era para estar con mi Estrellita —dijo orgullosa Juli.

—Eso fue en los últimos tiempos. Antes pasaban los años y no nos veíamos los hermanos —dijo Estrella.

—¿Cuántos años tenía yo por entonces? —quiso averiguar Gloria, para ubicarse en la foto que no recordaba.

—Pues, verás... —Comenzó Anita a calcular con los dedos.

—Yo tenía diez años para cumplir once —afirmó categórica Juli, por si daba una pista con ello.

—Pues entonces, yo iba a cumplir veinte. —Sumó rápidamente Anita—. Manuel, dieciocho...

—Yo diecisiete —calculé según los intervalos de tiempo que nos separaban—; Gerardo, quince; y tú, Gloria, tendrías entre doce y trece.

—Gloria, tú llevabas tu melena rizada suelta, con una cinta de lazo en la cabeza para que la cara te quedara despejada. Tú también llevabas la melena suelta, Estrella. La gente decía que erais las dos que teníais el cabello más bonito de la familia. ¿Por qué no te quitas la toca para que te lo veamos, Estrella? —se atrevió a pedirme Juli, pero yo con gesto serio, traté de ignorar la idea. De sobra estaban viendo los rizos encanecidos que asomaban por las sienes y la frente desde que la nueva normativa modernizó nuestro hábito.

—¡Anda, Estrella, estamos en familia! —me animó Gloria—. Nadie lo va a decir en tu convento.

—No es por eso. Me debo a la regla de mi congregación —dije tajante—. Además ¿qué importancia puede tener eso ahora?

—¡Qué hubiera dado yo por tener vuestro pelo! —dijo Juli, evocando sus deseos de antaño.

—¡Eso mismo! —reafirmó Anita—. También yo lo envidiaba.
—Bueno, Anita, en esa foto tú tienes un peinado de tupé que te sentaba de maravilla en aquellos tiempos —comentó Juli.
—Oye, me parece que tú sabes demasiados detalles de esa foto. ¿No será que la tienes tú? —dijo Anita.
—Yo..., tengo una. No sé si será la única o habrá más fotos iguales —confesó la menor, con cierto sentimiento de culpa, y los demás rieron—. Es que... me la llevé a Balderas cuando me mandasteis aquellos años a cuidar del tío Matías. Me sentía muy sola. Él vivía una vida de hombre soltero y con su dinerillo para gastar en juergas. Con frecuencia volvía de madrugada y yo me pasaba las noches llorando. Me consolaba mirándoos a cada uno en la foto. En ella buscaba vuestro cariño que sabía seguro y, cuando me calmaba, la guardaba para no estropearla.
—¡Ay que ver! Para lo que nos querían a las mujeres de la familia. Mandar a una muchacha joven, casi una niña, para que le hiciera la comida y le apañara la casa a un tío soltero porque él no sabía ni freírse un huevo, ni pegarse un botón —sentenció Gloria indignada.
—Bueno, antes los tiempos eran así —intentó justificar Manuel.
—Los abuelos y nuestros tíos paternos nos ayudaron a salir adelante cuando éramos niños, y después nos tocó cuidar del abuelo hasta que murió. Había que lavarlo en la cama y… para qué contar. —Suspendió Anita el recuerdo.
—¡Ya ves, si me acuerdo! —confirmó Gloria—. Yo era la que iba al río a tirar los cubos en los que se vaciaban las escupideras, a lavar las sábanas, la ropa de todos... ¡Menuda carga!
—¡Así era, hija, pero yo tenía que lavar a mamá, vestirla y arreglarla! —dijo Anita—. Y Manolo me ayudaba a levantarla y a sentarla en la silla, ¿verdad, Manuel?
—Cada uno cargamos con lo nuestro —intenté suavizar.
—No, Estrella —reaccionó Juli—. Tú viniste a que te cuidaran y yo fui a cuidar a un tío que no era, precisamente, el modelo de persona con quien debía estar una muchacha de mi edad.
—Yo siento mucho que fuera así. Nunca supe por qué me eligieron a mí para traerme a esta casa —me disculpé apenada porque de un rincón oculto de mis sentimientos emergía sin respuesta la misma pregunta que me hacía de niña ¿sería que mi mamá no me quería?
—Te trajeron aquí porque comías muy poco y siempre estabas enfermucha. Cuando no tenías la acetona es que te daba la infección en los ojos y como en aquella época se morían muchos niños, pensarían que aquí estarías mejor cuidada. ¡Vaya, es lo que yo pienso! —dijo Anita, y Juli me besó para restar solemnidad a la situación.
—Las familias eran así, se ayudaban los unos a los otros. Aquello era lo que se solía hacer en aquella época —zanjó Manuel—. Máxime la nuestra, en que la familia paterna nos ayudó hasta que fuimos mayores. Es verdad que el tío Matías por ser el más joven hizo menos, pero también lo teníamos para todo.
—Y la tía Carmela nos cosía toda la ropa, los zurcidos en los calcetines, las piezas en las sábanas... hasta que yo aprendí a coser con el sastre. Pero ¡qué trabajo me costaba! Nadie se daba cuenta de que no veía bien, de que necesitaba gafas, y yo, como siempre había visto así, pues creí que todas las personas veían como yo —agregó Gloria a la lista de favores obtenidos por la familia.
—Manuel y yo, ya pasado el tiempo, en cierta ocasión que hablamos de cómo fue nuestra niñez, dijimos que no tendríais que haber salido de la casa ninguna de las dos, una por niña y otra por joven —expuso Anita, reflexiva—. Ya hubiéramos salido adelante con una más que con una menos.
—¡A ver, si yo no me quejo! —se sinceró Juli, riendo—. Si no me voy a Balderas, no conozco a Nicolás. ¿Con quién me hubiera casado entonces?
Y contagió la risa a todos, con la dificultad que suponía reír a boca llena.
«Y si yo no hubiese venido a esta casa con las tías maternas ni a este pueblo de Alhamar y en cambio hubiera permanecido con mis hermanos, ¿qué hubiera pasado?, ¿cómo hubiera sido mi vida?, ¿a quién hubiera conocido yo?», pensé.

—A mí lo que no me gustaba era que los días de ferias no nos permitieras quedarnos hasta más tarde, Manolito —dijo Juli, con el recuerdo a flor de piel—. Volvíamos cuando la verbena estaba en lo *mejorcico*, y cuando ya estábamos las tres en casa, tú y Gerardo os ibais al baile. ¡Eso es que no era justo! ¡Qué berrinche pasábamos!

—De verdad, qué mal lo pasábamos al escuchar el jolgorio de la gente en la calle. Nosotras sin poder divertirnos y ellos por ser hombres, sí... —añadió Gloria.

—¡Tenía que mirar por vuestra honra! —justificó Manuel su idea extemporánea—. Era mi papel como hermano mayor.

—Debió ser difícil actuar como padre siendo tan jovencito —agregué.

—Y mi Anita, como una madre, ¿verdad, Gloria? —recordó Juli.

—¡Eso mismo! —corroboró Anita—. A veces, cuando la gente me dice que soy muy seria, que no me rio... no contesto, pero en mi interior es como si viera a la niña que, en el tiempo de jugar y reír, tuvo que soportar una carga familiar que le cambió la risa por la pena. Y con ella me quedé para siempre.

Arrugamos el papel aceitoso, apilamos los vasos de plástico y anudamos la bolsa para la basura.

—¡Muy ricos han estado los churros y el chocolate! —concluí, para cambiar las tristezas de antaño por las alegrías del presente.

—¡Vamos a ir recogiendo que en esta casa está todo visto! —nos animó Gerardo—. ¡No hay nada que merezca la pena!

AMADEOS

«¡Un tesoro! ¡Un tesoro!», escuchamos exclamar a Manuel y a Gerardo desde el patinillo. Se oían hilarantes entre risas y guasa.

Nos miramos escépticas pero bajamos con curiosidad a encontrarnos con ellos y la supuesta fortuna que nos aguardaba.

—¿Serán las monedas de oro de las arras? —especuló Anita mientras descendíamos por la escalera.

Yo albergaba poca esperanza, convencida como estaba de que la casa había sido registrada minuciosamente antes de que su contenido se hubiera puesto a nuestra disposición. Si hubiese habido algo de valor en ella, ya lo habrían detectado los sobrinos de Cebrián. Sabían que jugaban la partida con adversarios poco ambiciosos, sin adiestramiento para la codicia.

Sobre el banco de zapatero abandonado y cubierto de polvo, Gerardo esparcía montones de monedas de plata que Manuel extraía de una bolsa de lino. El sonido metálico al espulgarlas, el color ennegrecido por el uso de las piezas y su gran tamaño y peso nos sugirieron que el posible valor de aquel «tesoro» dependería de la demanda de los coleccionistas, pues no serviría para otra cosa. Tomamos puñados de aquel peculio tan bien guardado y lo examinamos con curiosidad.

—*Aquellos duros antiguos que tanto en Cádiz dieron que hablar que se encontraba la gente en la orillita del mar...* —entonó Juli el famoso cuplé carnavalesco, mientras bailoteaba zapateando y moviendo los brazos en alto.

—¡Ole tu gracia! —Jaleó Gloria.

—¿Dónde estaba esto? —pregunté extrañada.

—¡Aquí! —Señaló Manuel el muro del patinillo, exaltado aún por el hallazgo—. Me llamó la atención un ladrillo que sobresalía de los demás... Al intentar encajarlo vi que estaba suelto y, antes de que se nos cayera encima, lo extraje con cuidado y en el hueco estaba esta bolsa llena de monedas.

—¿Habrá más escondites como este? ¡Vamos a seguir mirando! —se le ocurrió decir a Anita.

—Creo que son las monedas que llaman *amadeos* —calificó Manuel, analizando con las gafas a modo de lupa una de las piezas más abundantes allí expuestas.

—¿De qué época son, Manuel? —interrogué con interés.

—Mira, ahí lo pone, debajo de la efigie de este rey de España, Amadeo I —me indicó, mostrándome el dorso de la moneda.

—1871 —leí con dificultad.

—Pues esta es de un año antes, de 1870. —Descifró Gloria después de quitarse las gafas y acercar la moneda al ojo miope.

—¡El año en que nació el abuelo, que en paz descanse! —precisó Anita.

—La figura que se ve es de una mujer con una corona —detalló Gloria—. Está recostada y parece que lleva como un ramillete en la mano. ¡Miradla!

—Yo sin las gafas de cerca no puedo ver eso. ¡Quién iba a pensar que me iban a hacer falta y no las eché! —dijo Anita.

—Las dos clases de monedas son de cinco pesetas —añadió Gerardo, leyendo el reverso.

—Bueno, no somos ricos, pero más vale que las hayamos encontrado nosotros en vez de los albañiles durante el derribo —sentenció Anita, satisfecha.

—No sé si es nuestro deber comunicárselo a los sobrinos de Cebrián, puesto que son los propietarios de la vivienda —dijo Manuel.

—¡Anda, anda...! ¡De buenos, nos van a tomar por tontos! —exclamó Anita mientras Manuel y yo nos mirábamos vacilantes.

—Pero, vamos a ver... ¿Quién pudo esconder esos duros ahí? —inquirió Juli.

—Por lo menos, el padre de las tías o su abuelo... ¡qué sabemos! —aproximó Gerardo por la fecha.

—Entonces, ¿qué tienen que ver el Palomo y sus sobrinos en este asunto? —expresó

Gloria sin remilgos.

—¡Eso digo yo! ¡Bastante se han llevado ya sin pertenecerles nada! —añadió Juli, concluyendo con una palmotada.

—Tía Flora contaba cada vez que tenía oportunidad que *finmó*. Hacía un gesto de resignación, y como mucho añadía que su *henmana* le decía con el dedo que no, que no *finmara*... Pero que ella *finmó* —recordó Anita, imitando la entonación pausada y la pronunciación particular de su tía.

—Así... así lo decía ella. Yo también se lo escuché contar una vez —añadió Gerardo.

—¿Quién iba a pensar que mi tía Rosario, bueno, nuestra tía Rosario, iba a morir tan pronto? Yo ya no estaba en esta casa cuando enfermó tan de repente y, sin remedio, murió al poco tiempo. Y ¿quién iba a pensar que él iba a ser dueño de la mitad de la casa, que era propiedad de las dos hermanas?

—Yo no me explico lo que pudo pasar para que una casa cambie de manos así con esa facilidad —refirió Gerardo.

—Pues ya no creo que a estas alturas de vida nos enteremos de aquel tejemaneje. Nadie nos advirtió de lo que estaban fraguando en aquellos entonces —concluyó Anita—. Flora con repetir: «Mi *henmana* me decía con el dedo que no, que no *finmara*, pero él me regañó y me asusté. Había que llamar al médico. Mi *Dosario* estaba mala... y *finmé*».

—¡Desde luego, qué cosas ocurren! —comentó Gloria, moviendo la cabeza, sin salir del asombro—. Sin tener hijos el Palomo para qué tal avaricia, ¿para sus sobrinos? Nosotros hubiéramos sido los herederos como únicos sobrinos de las dos hermanas.

—Menos mal que cada uno tenemos nuestras buenas casas y que no nos falta de nada pero ¡lo que no es... no es! —opinó Juli.

—Ya ves, la casa donde ellas nacieron y en la que vivieron toda la vida —dije.

—Y la situación en que quedaron los cuñados cuando la pobrecita de Flora se enteró, después de morirse su hermana, que la mitad de la casa no era de ella, que era de Cebrián, el Palomo —expuso Manuel mientras recordaba la situación.

—¡La pila de años que se han tirado los dos viviendo bajo el mismo techo sin ser matrimonio! —exclamó Anita.

—Como que no se ha conocido cosa igual en tantos años que llevamos vividos, ni en Alhamar ni en Jácara —añadió Gerardo.

—El Palomo tuvo todo ese tiempo una moza gratis —comentó Anita.

—¿Hacían vida de matrimonio o en qué situación estaban? —quiso saber Gloria, pues por haber pasado más años fuera se había desligado de ese asunto.

—¡Eso es! Que no sabía uno qué responder cuando la gente preguntaba. A mí me daba como vergüenza —sentenció Anita—. Recuerdo la última vez que Estrella les insinuó algo y saltó el tío Cebrián contestándole, con muy mala uva: "¡Estrellita, tú eres la que tienes que salirte del convento y venir a cuidar a tu tía Flora y a mí. Es tu obligación!".

Yo escuché los pareceres de mis hermanos, en silencio. Cierto era que a los dos les pudo más el egoísmo que la moralidad, el honor y la decencia.

En aquella época para un pueblo pequeño, como Alhamar, la convivencia de un hombre y una mujer que no estaban casados constituía una indecencia y una inmoralidad inaceptables. Sin embargo, ambos se permitieron esa insólita forma de vida bajo el pretexto de que ninguno de los dos estaba dispuesto a abandonar la casa.

En cada una de las ocasiones que procuré hablar con ellos a lo largo de ese cuarto de siglo de coexistencia, ya fuese por carta, en persona, a través de miembros de mi congregación o autoridades eclesiásticas, obtuve la misma respuesta: el silencio por parte de tía Flora y la insolencia desafiante de Cebrián, el Palomo, quien, al ver cuestionada su forma de vida, había depositado sobre mí la culpa por abandonar a la tía Flora.

Él me recordó, siempre que pudo, mi obligación moral de atenderlos, y me retó a dejar el convento para cuidarlos a los dos. Había logrado que me sintiera mal, pero jamás consiguió que colgara los hábitos. Yo le ofrecí siempre a mi tía la posibilidad de ingresar en una residencia de nuestra orden, pero ella se negó de manera contumaz. Él, por su parte, no permitió que nadie le diera consejos.

Sobre su relación se sostuvo la duda de si habría forzado a la desamparada Flora para

satisfacer sus necesidades de hombre. Ninguno de los dos habló jamás de ello.

En mis plegarias había rogado la intercesión de la Virgen para que se apiadara de tía Flora y también había pedido a Dios por Cebrián, para que fuera compasivo y misericordioso con ella.

De pronto, dejé de sentir la impotencia que me había embargado hasta hacía unas horas. Comprendí con claridad que en el presente ninguno de los dos cohabitaba en la casa y que ese asunto ya pertenecía al pasado. La muerte de Cebrián puso punto final a la situación. Ahora, tía Flora estaba bien atendida en la residencia. Tales pensamientos aliviaron y confortaron mi alma afligida.

26

Alhamar, octubre de 1952

Flora notaba a su hermana Rosario muy cambiada. Parecía triste y a la vez irritable. A veces veía cómo se le derramaba alguna lágrima por la mejilla. Flora pensaba que era por su culpa, pues le afeaba con asiduidad el desaire que tuvo con ella, que la dejase desatendida un día tan importante para las dos desde que eran niñas.

Flora nunca entendió por qué, ese año, el día de la Virgen del Rosario no lo celebraron como toda la vida; en casa y con un convite. ¿Por qué le dijeron que iban a celebrarlo en Granada, el matrimonio solo? ¿Por qué no se lo avisaron antes? Los pensamientos iban y venían en su mente. Despertarla su Rosario de aquellas maneras, dándole un beso en la cama y diciéndole que se iban para todo el día a la capital y que comiera un hoyo de pan con aceite y un poco de queso con un racimo de uvas. No le pudo dar ni las felicidades como ella se merecía. Ni regalarle el bote de colonia con forma de muñequita que guardaba en secreto, ni la postal que escribió a escondidas copiada con tanto esmero... ¡Con la ilusión que le hacían a ella las sorpresas para su Rosario! Y ninguna de las cosas que había preparado con meticulosidad pudo llevarse a cabo aquel día.

—Tú no eras así, Dosario, el Palomo te ha cambiado —le reprochó, intuyendo, en el fondo, que aquella salida era una ocurrencia más de su cuñado; que eso de irse de viaje sin avisar y sin llevarla con ella no fue nunca cosa de su hermana.

—¡Y dale con el Palomo! Que es mi marido —le reprendió Rosario casi en un bisbiseo —. Solo faltaba que te escuchara decirlo y… para qué queríamos más, la que puede armar...

—Digo la veddad, Dosario, aquello no estuvo *bian* —le aseguró con un mohín de reafirmación.

—¡No me lo recuerdes más, por Dios te lo pido! —contestó Rosario con tal espontaneidad que la llevó a taparse la boca mientras miraba hacia el ala de los dormitorios para comprobar que su marido no la hubiera escuchado nombrar a Dios en casa.

—¡Ya ves tú...! Como si el ten no hubiera llevado más asientos que los de vosotos dos, Dosario —le repitió Flora, censurando la conducta de su hermana.

—¡Bastante me pesó y lo que me queda! —le dijo al oído.

—¡Ea...! Yo sabía que ese día cedabas la tienda, pero quién iba a pensar que me ibas a dejar *solica*, que la casa se me vendría encima y tú disfutando por ahí... ¡Ea...!

«Disfrutando», pensaba Rosario para sí, y el firmamento se le caía a pedazos, más que la casa a Flora. Aquel imborrable día en que su esposo quiso sorprenderla invitándole a celebrar su santo en la capital, para lo cuál debían tomar el tren de las seis de la mañana, no tendría que haber amanecido. Con ello, la gesta que desde entonces martilleaba su conciencia cada hora del día, no se habría producido.

¿Qué había hecho, Dios mío?, se preguntaba angustiada, ¿cómo pudo mi marido embarullarme de aquella manera? ¡Entregarle mi herencia al Palomo, por muy esposo mío que sea! Tal hecho había significado, ni más ni menos, que había dejado a mi desvalida hermana sin que pudiera disponer de la casa familiar.

Cuando miraba a la pobre Flora, tan ajena al devenir, suplicaba poder sobrevivirla, que la salud de su delicada hermana se marchitara antes que la suya para que no descubriera jamás la ingratitud que a ella le corroía las entrañas. Pero ¿si ocurriera lo contrario, si ella muriera antes que Flora?, Dios no lo quiera, ¿qué haría la criatura sin ser la dueña de su propia casa y sin nadie que la defendiera del Palomo?

Cebrián le prohibió bajo juramento que contase lo sucedido. Ella no lo contó, ni siquiera al cura bajo confesión. Tenía que comulgar con ese pecado dentro. A ese extremo la había llevado la influencia del Palomo. En lugar de rescatar ella un alma para el cielo, como le había dicho don Eusebio, iba a ser él quien la arrastrara al infierno. Sentía que solo los ojos de Dios conocían que había actuado bajo la coacción, la humillación y el miedo. Tal vez, el Todopoderoso se apiadara de ella y perdonara lo que

a sí misma no era capaz de perdonarse.

Cebrián entró en la sala y las hermanas interrumpieron su conversación. Una mezcla de aromas a café del bueno y a picatostes inundaba la estancia. Rosario trajinaba con cierta celeridad, volteando el pan en la sartén, vigilando la subida de la leche antes de que se derramase. Cuando el caballero se acomodó el pico de la servilleta sobre el cuello de la camisa, Rosario colocó en la mesa el vaso de café con leche y el plato con picatostes rociados con vino.

—¿Está colada la leche? —preguntó Cebrián a su esposa—. Ya sabes que no me gusta la nata. Y el azúcar, ¿se lo has puesto?

—¡Sí, hombre! La leche está colada y el azúcar solo para que la remuevas en el vaso —contestó Rosario con hastío.

Más tarde pondría el desayuno a Flora que permanecía en la mecedora, echando de menos un gato al que acariciar.

—¿No entras hoy al taller? —preguntó la esposa al verlo vestido con uno de sus trajes azul marino de entretiempo.

—No tengo ningún artículo que arreglar —dijo, masticando el pan frito y rezumando por la comisura un jugo amarillento—. La gente no quiere ya ni arreglar los zapatos... Es lo que dice mi hermano, el menor, que como lo que quieren es comprarlos nuevos, lo que hacen falta son zapaterías para venderlos y no zapateros remendones. Los tiempos cambian.

—Algunas familias podrán comprarlos nuevos y otros tendrán que apañarse con el calzado de unos hermanos para otros, echándole unas suelas o cosiendo las punteras, digo yo —comentó Rosario, que comprobaba, día tras día, cómo por el taller de zapatero que había montado en el patinillo pasaba haciendo una entrada por salida, y los clientes, desde luego, no hacían cola demandando su trabajo.

—Voy a afeitarme a la barbería —dijo Cebrián, cosquilleando el muslo de su mujer a su paso por la mesa para recoger.

Antes de marcharse, se colocó ante Flora y aludió con una ironía que a ella le costaba discernir:

—¿Hoy qué faena tienes? Yo voy «a contar los frailes, que dicen que falta uno». —Rio con sosedad de su propio dicho.

Flora alzó la vista hasta llegar a la altura de los labios gordos del Palomo, vió su risa sardónica y bajó los párpados, pacientemente, esperando que acabara pronto el chaparrón de sus burlas.

—¿Quieres que pregunte a las monjas, a ver si te admiten en un convento como a la niña? —le propuso como parte de la gracia—. ¡Con lo buena monja que tú serías, sin otra faena más que rezar!

Flora, que no llegó a saber si la broma del Palomo podría convertirse en realidad si algún día se lo proponía, reaccionó como un resorte, negando con el índice y chasqueando la lengua. Torció el torso y con la mirada buscó a su hermana en la cocina para ver si estaba enterándose de los sugerentes propósitos del hombre de la casa.

En el local del barbero, Cebrián se veía con su hermano, el menor, que también consideraba que el ir afeitado con navaja barbera era un placer del que tuvieron que privarse en tiempos de miseria y del que ahora podían volver a disfrutar. Mientras arreglaban a un Palomo, el otro, sentado en una de las sillas de anea situadas en la pared frente al espejo, colocó un pie sobre el soporte de madera que le ofrecía el limpiabotas. Alzó levemente la pernera y se dejó lustrar con betún los zapatos bajos. Mientras tanto, pasaba las páginas del periódico *Patria,* sin intención de leerlas.

Ambos hermanos, ya en la plaza, convinieron satisfechos en que el casamiento fue lo mejor que habían hecho en su vida, y buscar a la consorte, el mejor jornal que pudieron echar. El mayor de los Palomos ya se había decidido a pretender a la de los chivos. No debía hacerle ascos al olor a cabra de la casa ni de la propia mujer, más bien, lo conveniente era pensar en la carnicería que ella tenía montada y en el choto al ajillo con el que deleitarse.

—Hoy le he tirado una puntada sobre la zapatería, y ella, ¡dale que dale! Que si hay que arreglar zapatos... y yo no quiero ya ni coger una lezna —concluyó el Palomo.

—Poco a poco... ¡A paso lento pero seguro! Yo puedo ya dormir tranquilo. La casa y el negocio, en mi bolsillo. —Se pavoneó el Palomo menor, señalándose con la palma de la mano la pechera de la chaqueta.

—¡A mí me queda una, pero como si fueran dos! Veremos a ver cómo lidio yo estos toros, porque la tonta hace lo que la otra le diga, pero Rosario está ya como gato escaldado que con agua fría se quema. Ya no se va a tragar otra milonga como la de antes. ¡Con lo larga que es pensando, así como la ves tan rechoncha! —Sopló Cebrián ante el gesto ceñudo de su hermano.

—Eso vamos un día de estos, donde tú sabes, a que nos redacten un escrito en el que se quede la cosa bien atada. Ese papel siempre a mano. A la primera que tú veas que la cosa se pone a tono, ya sabes, como la otra vez... Se lo plantas delante y que firme, sin darle más vueltas al asunto. Eso sí, la ocasión tiene que ser de oro.

Cuando tuvo el documento listo para que Flora firmara la renuncia a su mitad de la tienda en favor de su hermana, Cebrián subió a la vivienda a media mañana cuando estaba sola. La encontró haciendo zapatitos de bebé a ganchillo y le costó entablar conversación con ella. Nunca encontraba nada agradable que decirle que la sacara de su hermetismo.

Él intentaba procurarle una situación en la que los útiles de escritura estuviesen sobre la mesa, que ella necesitara escribir una postal o copiar jaculatorias y oraciones que se pasaban de unas beatas a otras. Pero las onomásticas de las amigas ya habían pasado, y de sobra sabía que jamás iba a exponer imágenes de vírgenes o santos donde copiar textos sagrados para que él no se enojara.

A veces dejaba sobre la mesa su propia pluma, como olvidada, junto con alguna hoja rayada de papel de carta por si la curiosidad le hacía picar. El Palomo se imaginaba mostrándole únicamente la parte del documento prevista para la rúbrica, se la ofrecería como un papel cualquiera para que ensayara su firma. De ese modo, le saldría más bonita al hacerlo en la carta, le propondría ladino. Pero los días iban pasando y su estrategia no resultaba.

27

Cebrián, el Palomo, bebía vino en la taberna, comía copiosamente los buenos guisos de Rosario y eructaba en la mesa, sin pudor. Durante un almuerzo, ante el cruce de miradas cómplices de las hermanas y el gesto repulsivo de Flora, un engreído Cebrián acercó su cara hacia ella y le dijo con petulancia:

—¡Hago lo que quiero porque estoy en mi casa! ¿Te enteras? ¿O es que todavía no te han dicho que esta casa es mía?

Flora hizo una mueca de desdén y continuó desprendiendo la piel del plátano.

Rosario abrió los ojos como si con ellos hubiera podido detener las palabras mordaces del Palomo. ¿Cómo podía una persona tener una intención tan maligna? ¿Cómo podía ser tan cruel con un ser indefenso? ¿Por qué esa deslealtad para con ella misma, si convinieron en que se lo ocultarían a la pobre Flora para evitarle un sufrimiento innecesario?

Ante tal agravio, Rosario quedó conmocionada con la vista fija en el Palomo. Poco después, con el corazón vulnerado, comenzó a apilar los platos en la mesa casi de modo inconsciente. Él continuó desgajando la naranja sin reparar en el daño que acababa de causar a su mujer al infringir aquel acuerdo. El estruendo de un golpe tremendo y platos rotos hizo brincar al Palomo y a Flora de sus asientos. Rosario había desaparecido de su vista y yacía en el suelo con los ojos cerrados.

—¡Dios mío, Dosario!

El Palomo, atónito, le movió la cara y trató de levantarla. Al incorporarla, la mujer vomitó y pareció recobrarse levemente del desvanecimiento. Cebrián le dijo a Flora que le levantara los pies y esta, sin dejar de lloriquear, ayudó a su cuñado a transportar a su hermana hasta tenderla en la cama de matrimonio. Rosario se quejaba con sonidos débiles e ininteligibles. Flora juntó las manos en actitud implorante buscando un santo al que rezarle por la vida de su hermana, pero sobre el cabecero de su cama solo estaba el cuadro que reflejaba la escena de una moribunda, como si de un espejo funesto se tratara.

Flora limpió con su pañuelo la suciedad del rostro de Rosario, que continuaba diciendo algo que no se entendía.

—¡El médico, el médico! —suplicó Flora a su cuñado.

Cebrián, enhiesto a los pies de la cama, parecía aturdido, vacilante... Flora se dirigió a la cómoda a por un cernadero con el que limpiar la ropa manchada de la enferma, momento que aprovechó el Palomo para plantarle con un golpe que atormentó a la pobre Flora: la pluma y el documento encima del mueble.

—¡Firma! O no voy en busca del médico —le espetó él con voz bronca.

—¡Ay, Señor, llama al médico que mi Dosario se ha puesto muy *malica*!

Viendo la actitud impasible del Palomo, Flora intentó, con su andar torpe, dirigirse al balcón para pedir auxilio y un médico para su hermana. Cebrián la agarró con fuerza del brazo y la volvió sobre sus pasos.

—No te preocupes, si voy a ir a buscarlo. Pero como tú eres la hermana tienes que firmar de que estás conforme. Así son las urgencias... —le dijo, aterciopelando la voz.

—Cuando mi papá se puso tan *malico*, no hubo que finmar ningún papel y el médico vino.

—Ahora está todo cambiado, ¡no ves que manda Franco! —le mintió, poniéndole la pluma destapada en la mano.

—Yo nunca finmo sin penmiso de mi Dosario. Me lo tiene dicho —dijo Flora temblorosa.

—Pues, anda, pregúntaselo ahora, si eres capaz —la retó pérfido.

Flora la miró desorientada. Rosario no podía hablar pero movía la cabeza con exasperación, y su mano oscilaba advirtiendo con el índice una y otra vez: ¡Que no! ¡Que no!

«Ahora o nunca», pensó el Palomo. Apretó el puño de Flora con la pluma entre los dedos y la criatura claudicó a su pesar. Sin embargo, respiró hondo cuando Cebrián

salió de la habitación con paso firme guardando el papel en su bolsillo. Flora abrió el balcón y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro cuando se cercioró de que su cuñado dirigía sus pasos enérgicos hacia la consulta del médico para traerlo a que viera a su Rosario.

De las palabras que Flora escuchaba decir al médico no sacaba ninguna que le aclarara qué enfermedad le entró a su hermana. Durante dos días aguardaron una mejoría que no llegó. Herminia la acompañó de día y de noche. La casa se convirtió en un ir y venir de gente que, al ver la tienda cerrada, se fue enterando de la enfermedad que definitivamente la llevó a la tumba.

Después de la muerte de Rosario, Herminia le ayudó a Flora a entender porqué su cuñado se quedaría viviendo en la misma casa. La criatura se había convertido en una suerte de tapón de corcho que flotaba donde la vida la llevara.

Las primeras semanas, Cebrián la dejó en su ensimismamiento particular propio del luto. Mientras tanto, él hizo un buen negocio con la liquidación de los artículos de mercería heredados de su esposa y cedidos por Flora bajo engaño. Comenzó a adaptar el local para su ansiada zapatería. Le pagó unas perras a la Amparito, la mujer que les subía los cántaros de agua a la vivienda, para que arreglara la casa y el almuerzo. Pero, pasado un tiempo, decidió que ese estado de duelo en el que estaba su cuñada debía finalizar. Se decía a sí mismo, y su hermano lo incentivaba también a preguntarse: ¿para qué quería él una mujer en casa todo el día sentada?

Le resultaba difícil mantener una conversación con ella, impenetrable y deprimida. No se aseaba. Comía cuando se lo decían. El resto del tiempo rezaba rosarios balanceándose en la mecedora.

El Palomo consideró que debía actuar por las bravas para acabar de una vez con aquella situación absurda.

—¡Ya está bien de rezos! —le chilló malhumorado un día, arrebatándole el rosario con brusquedad —¡A Dios rogando y con el mazo dando! ¿No has escuchado nunca eso? Pues ya lo sabes, ¡a trabajar! Aquí el que no trabaja, no come. Así que ya lo sabes.

—¿El qué...? —preguntó ella con ingenuidad.

—¿Tú sabes que la comida cuesta dinero?

—Sí —respondió, reafirmando con un gesto.

—¿Tú tienes dinero para comprar el pan, la leche, los huevos, el pescado o la carne? —enumeró el Palomo ayudándose con los dedos de la mano.

Ella negó con la cabeza.

—Entonces, ¿con qué piensas comprar las cosas? —insistió él, tensando la situación.

—No lo sé. A lo mejor, mi henmana dejó dinerillo en el cajón de la tienda —expuso ella con razón.

—¡¿La tienda?! ¡No hay tienda! ¡Tú ya no tienes nada! —gritó con los brazos abiertos y ella se asustó—. Hay una zapatería, pero eso es mío. Así que si no tienes de qué comer, tendrás que trabajar: limpiar la casa, hacer las camas, hacer de comer, lavar, planchar mis camisas... En fin, lo que hacen las mujeres. ¡Parada se cría mala sangre!

—Yo... —balbuceó Flora, y dejó caer la cara sobre su propio hombro implorando compasión—. Yo no sé hacer esas cosas. Eso lo hacía mi Dosario, que en gloria esté.

—Para que veas que yo también soy bueno, te voy a dejar a la Amparito un par de semanas para que te enseñe a hacer todo lo que dices que no sabes. Ya verás cómo aprendes —le propuso el Palomo.

—¡Ea...! —Además, tienes que hacer todo lo que yo te diga —le dijo con tono conciliador—. Si te portas bien, yo te compro jamón, queso, pan...

—Y ¿qué tengo yo que hacer? —preguntó Flora.

—Lo que hacen las mujeres con los hombres. A lo mejor, hasta te gusta como a todas... —dijo el Palomo pérfido.

—Yo no sé lo que es eso —insistió.

—No hace falta que lo sepas. Tú solo tienes que estarte *quietecita* cuando yo te lo mande. Yo te haré todo lo que quiera. Es fácil, ¿verdad?

—¡Ea...! Será así, entonces —respondió displicente.

—¡Ea, sí, pues, ea...! —remedó él.

Flora, que había vivido en la abundancia, se vio en la última etapa de su vida sometida al Palomo. Dependía de él hasta para llevarse un trozo de pan a la boca. El que fuera su vecino, enemigo en la guerra, después marido de su hermana, ahora se había convertido en el cuñado con el que tenía que compartir la que fue su casa porque, según la ley, los dos tenían el mismo derecho. Lo peor es que ninguno tenía otro hogar adonde ir y que, como mujer, Flora quedó a disposición de los deseos libidinosos del Palomo. Ella entendió, a su manera, la situación, y culpó de todos sus males la firma de aquel documento en el que sentenció su desgraciada vida.

PAPELES VIEJOS

Teníamos la intención de ir cerrando bolsas con las estampas rotas y situarlas a la salida para tirarlas en el contenedor.

Agarré la primera bolsa que encontré y, al alzarla, noté resistencia. Descubrí entonces que se había quedado enganchada en las chapas metálicas de los cierres de la arqueta, sobre la que se encontraba. A pesar de la rotura que se había hecho, en la bolsa cabía más basura, y pensé en completarla con parte de los papelajos que ya vimos que contenía el arqueta.

Abrí la tapa maciza. El aspecto vetusto de los papeles espantaba. El olor a rancio, las manchas oleosas y los bordes deteriorados de las hojas denotaban que podríamos estar ante lo más antiguo que guardaba la casa. Algunos estaban enrollados, otros doblados en tercios y muchos sueltos de cualquier manera. Elegí un atadijo al azar. El tacto del papel y el modo en que se presentaban llamó mi atención. En lugar de arrojarlo a la bolsa, observé con curiosidad un librito de color hueso cosido con hilo de color. Pliegos de un papel grueso con textura de buenísima calidad. La grafía manuscrita requería de mucha paciencia y tiempo para descifrar los trazos a pluma y tintero que la mano experta de un escribano trazara con la caligrafía de la época.

Gloria y Juli se espantaron ante aquel *mare magnum* de legajos con membretes oficiales de notarías y escritos en letras ilegibles. Se trataba de escrituras, en las que a grandes rasgos se podía intuir nuestro apellido materno, fechadas en mil ochocientos sesenta y ocho.

—¡Uf! ¡Esto que lleva ahí guardado más de un siglo, no es para verlo ahora! Tenemos el tiempo echado encima y con el *calorín* que entra ya por los balcones cualquiera se pone a ver lo que dice ahí —sentenció Gloria.

—¡Mira, estos están escritos a máquina! Deben ser más recientes —observé mientras empezaba a leer el que sostenía en mi mano—. ¡Oh! Este es el otro Palomo, el hermano del tío Cebrián... *Y que al fallecimiento de este, el día siete de octubre de mil novecientos ochenta, le instituyó único y universal heredero...* se acompaña primera copia de su testamento....

—¡A ver si va a ser lo que habéis estado hablando antes que la pobre tía Flora decía: y *finmé*! —recordó Juli.

—¡Anita, ven, que ha aparecido en la arqueta el testamento del Palomo! —exclamó Gloria llamando a su hermana mayor.

Leí en voz alta los apartados que me parecieron de interés y me reí cuando en el primero decía: *Declara que es católico y deja todo lo concerniente a entierro y sufragios piadosos a voluntad de su heredero*.

—¡Desde luego...! —interrumpí la lectura—. Yo me alegro de que al final se volviera católico y hasta piadoso, ¡con lo que nos hizo pasar! —Luego continué leyendo—:

Segundo: Que se encuentra en estado de viudo de su único matrimonio contraído con doña Rosario tal y tal... del cual carece de toda clase de descendientes legítimos. Tercero: Instituye único y universal heredero con carácter puro de todos sus bienes, derechos, acciones y obligaciones a su hermano Antonio tal y tal... Al fallecimiento de este, los bienes que quedaran pasarán a su hijo José tal y tal... a quien designa sustituto vulgar y el cual será, a su vez, vulgarmente sustituído por sus descendientes legítimos, quienes también heredarán aunque la segunda heredera premuera al primer instituido.

—¡Anda hijo, para ti y bien atado para los tuyos! —concluyó Juli.

—¿Dice algo de esta casa? —preguntó Anita.

—¡Claro! Aquí lo dice: …*Adquirió el causante una mitad indivisa de la finca descrita por herencia de su esposa...* —leí y me pasé a otro cuadernillo mecanografiado y unido por grapas a un documento manuscrito—. ¡Ay, mirad! Doña Rosario otorgó testamento. ¡El testamento de tía Rosario, ay por Dios, pobrecita mía! ¿Qué dirá?

—¡No me puedo creer que al cabo de tantos años vayamos a enterarnos de cómo fue el tinglado que tanto les hizo padecer! —dijo Anita —. ¡Hasta el vello se me ha puesto de punta!

—¡Lee, a ver, Estrella! —apremió Gloria.
—*Granada, a siete de octubre de mil novecientos cincuenta y dos* —leí en la página de portada—. Pero ¡si era el día de la Virgen del Rosario! Digo, con lo que ella celebraba su onomástica, que ese día cerraba la tienda y todo para festejarlo por todo lo alto...
—¡Vaya felicitación que le dio el día de su santo! —acotó Juli.
—Pues se ve que el Palomo lo tenía todo acordado previamente con el notario y la llevó engañada —sugirió Anita.
—¡¿El siete de octubre?! —exclamó Gloria de súbito—. Comprueba, Estrella, en los papeles escritos a máquina, qué día dice que falleció el Palomo.
—El siete de octubre de mil novecientos ochenta —volvió a leer Estrella recalcando la fecha con asombro.
—¿El testamento de tía Rosario y la muerte del Palomo ocurrieron el día de la Virgen del Rosario? —dijo Juli reformulando los datos.
—Pues mira, quién sabe si el mal que hizo lo pagó ese mismo día con la muerte —teorizó Anita—. Aunque casi treinta años después y sin reparar el daño.

... mayor de edad, casada, sin profesión especial... previa invocación del santo nombre de Dios y protesta de profesar la religión, católica, apostólica, romana, ordena su última voluntad de la siguiente forma...
Instituye heredero universal a su citado esposo, don Cebrián... en la mitad de la casa de la Calle Mayor, número seis del pueblo de Alhamar y en la tienda de paquetería que la testadora tiene instalada en los bajos de dicha casa, así como en la cama que usa el matrimonio con todas sus ropas y baúl donde se guardan estas y las de uso particular de él.

—¡Jesús, José y María! ¿Habéis escuchado? ¡Hasta la cama que usa el matrimonio con todas sus ropas! —se indignó Gloria.
—¡Anita, a ver si después de desarmada no te puedes llevar la cama de la abuela porque la heredaron el Palomo y toda su descendencia! —dijo Juli sin salir del asombro.
—¡Y será verdad que no me pueda llevar la cama! ¡Y la tienda, también para él! ¿Habéis visto? —detalló Anita con asombro.

Tercera: Instituye heredera a su hermana Flora en los muebles que existan en la citada casa y que no pertenezcan a la tienda ni estén consignados en la cláusula anterior, así como en las ropas de la pertenencia de la testadora y en el remanente de sus bienes.
Cuarta: Si premuriese la hermana a la testadora, la institución hecha en la claúsula anterior se considerará hecha a favor de los sobrinos de la disponente, Ana, Manuel, Estrella, Gerardo, Gloria y Julia...

—¡Nuestros nombres están ahí escritos! Entonces, si tía Flora se hubiera muerto antes que ella, ¿qué nos dejaba?, ¿las ropas y los muebles? —se carcajeó Juli.
—De esto hace más de cuarenta años —calculé—. Pobrecita tía Rosario, poco duró después de este mal rato. ¡Con lo que ella quería a su hermana, cómo la cuidó siempre! ¡Pensar en manos del gavilán en que la dejó! ¡Dios misericordioso haya perdonado sus faltas!
—Pero ahí no necesitó firmar tía Flora. ¿A qué se refería tantas veces con lo de *finmé*? —preguntó Anita.
—Pues eso, que para dejarla sin la mitad de la casa no hizo falta que ella firmara —corroboré la idea de Anita—. ¿Sería para el traspaso de la tienda que estuviera a nombre de las dos? También le arrebató la tienda que había constituido la única fuente de ingresos para ella. Así que dependía totalmente de la generosidad del Palomo.
—Ella no sabía dar una explicación de lo que firmó porque tampoco se lo aclararían. Tan tonta no es. Ella vio las consecuencias que vinieron después y lo achacó a aquella firma, pero a saber qué fue —comentó Gloria.
—A ver, que en este documento de 1986 aparece el nombre de tía Flora: *... cediendo de por vida y gratuitamente a doña Flora... tal y tal... el derecho de uso y habitación de la casa descrita. Derecho que se extinguirá a su fallecimiento.* ¡Ah! Esto ya me acuerdo yo... —

interrumpí para aclararles—. Fue hace cosa de diez años cuando el sobrino del Palomo le compró a tía Flora su mitad de la casa. Dinero que fue a parar en ese acto a la residencia de las monjas para que la cuidaran.

»Esto ya si es conocido por nosotros. Llegada tía Flora a la edad de ochenta y cuatro años, decidimos Manuel, Anita y yo que tenía que ingresar en la residencia. Pero ella solo cobraba cinco mil pesetas al mes y gracias a que Manuel se lo arregló por la beneficencia. Como con eso no tenía para pagar la mensualidad, las monjas acordaron quedarse con ese dinero. Desde entonces, la familia del Palomo fue poseedora de la casa en su totalidad.

Las monjas, sabiendo las condiciones de ella y por estar yo de por medio, se arriesgaron con la cantidad que el otro les dio sin saber tampoco cuánto tiempo iba a vivir ella. De momento ya lleva nueve años.

—¿Quién nos iba a decir que esta incógnita se iba a desvelar? —se asombró Anita— ¡Será esto casualidad!

—No es casualidad. Es que Dios ha querido que lo sepamos —dije convencida.

CARTA DE LUTO

Agudicé la vista y noté los latidos del corazón cuando entre aquel montón de documentos apergaminados apareció una carta. Pensé que la arqueta podría ser el lugar donde las habían guardado. El sobre tenía orla de luto. Hacía tanto tiempo que no se veían misivas con esa distinción que la entresaqué con curiosidad. El paso del tiempo había desportillado la banda de tinta negra, siempre anunciadora de malos presagios familiares o el recordatorio de que el dolor por el fallecido seguía vigente. Se apreciaban algunas manchas de tinta que emborronaban algunas palabras, mas la letra de caligrafía perfecta y escrita con pluma estilográfica invitaba a leer:

Jácara, 8 de junio de 1945

Queridas titas y hermana:

Me será de mucha alegría que al llegar la presente a vuestro poder os encontréis bien. Nosotros quedamos bien A. G.
El motivo de la tardanza en contestaros a vuestra deseada carta ha sido daros fecha fija del funeral de nuestra querida madre (Q. E. P. D.), que según me dijo el señor cura ayer se va a celebrar el 14 del corriente mes a las 11 de la mañana. De modo que quiero deciros que os tendréis que venir un día antes porque dice que no puede esperar a después del tren correo.
Tita, de lo que me dices que os cogió de mucha sorpresa la muerte de mi madre, pues imagínate la pérdida tan grande que ha sido para nosotros.
Estrellita, si por alguna circunstancia de la vida, Dios quiera que no, no pudieran venir las titas contigo, me lo mandas a decir y yo voy a por ti para que al menos en la misa estemos todos los hermanos.
Contéstanos a vuelta de correo y dinos si la tita Rosario y tú os encontráis ya mejor.
Y sin nada más por el momento, se despide de vosotros estos vuestros sobrinos y hermanos con muchos besos y abrazos.

Manuel

La carta estaba fechada en 1945, pero sentí el mismo dolor de hacía cincuenta años, cuando no pude acudir al entierro de mi madre.
—¡Qué pena más grande! —mascullé, sollozando sin poder evitarlo.
—¿Qué te pasa, Estrellita? —intervino Juli alertada por mi gemido.
—¡No pude ir al funeral de mamá! —respondí compungida.
—Y ¿eso a qué viene ahora? Al cabo de tantos años... —comentó Anita, quitando importancia al suceso que me apenaba.
—Vosotros pudisteis estar con ella hasta sus últimos días. Yo no. Quizá pensasteis que no fui a Jácara a la muerte de mamá porque yo no la quería tanto como vosotros. Es un pesar que he arrastrado toda mi vida. Lo tengo aceptado, pero no lo olvido y ahora que sale esta carta de Manuel, es como revivirlo de manera especial —les dije, alargándoles la carta—. Ni siquiera recuerdo lo que ocurrió para que no pudiera ir a su entierro, pero de la desazón me puse mala y tía Rosario también.
Gloria tomó la misiva de mi mano y la releyó a media voz, al tiempo que Anita asentía con la cabeza. Al final esta dijo:
—Así mismo fueron las cosas. Aquel día ella parecía encontrarse mejor. Hasta quería levantarse y Manuel y yo le dijimos que era conveniente que se estuviera acostada. Él se arregló y salió tranquilo de casa, y a la hora y media me la encontré muerta, con la foto de papá sujeta contra su pecho.
—Siempre la tuvo con ella, ¿verdad? —preguntó Juli.
—Siempre —corroboró Anita con firmeza—. Cada vez que la cambiábamos de ropa para lavarla, había que estar pendiente de la fotografía porque, como se cayera al suelo, se ponía nerviosa. Ya ves, que se rajó por la mitad y hubo que ponerle tres tiritas de

esparadrapo por detrás para pegarla. Y al cabo de los años, otra tira de una cinta colorada le tuvimos que pegar pillando las otras tres a lo largo. Parece que la estoy viendo.

—Sin embargo, qué poco supimos de ella —añadí—. Con ese apellido tan poco común con el que no conocimos pariente alguno.

—Solo sabíamos que era de Alhamar y que la crió una tía suya —confirmó Anita—. Estrella, pregunto yo, en todos los años que estuviste en este pueblo, ¿no conociste a ningún familiar, a alguien que tuviera ese mismo apellido?

—Oye, pues no. Nadie me dijo que fuera de la familia de mamá, ni tampoco conocí a nadie con nuestro apellido —respondí—. La conocían mujeres de su edad que cuando me veían en la tienda me decían que me parecía mucho a ella.

—Es que ni tan siquiera tenemos una fotografía suya —resaltó Gloria.

—Eso mismo. Yo siempre la vi malita, con su cara de humildad —afirmó la más pequeña—. Era así como tú, Estre. Si te quitaras la toca y el hábito es como si estuviéramos viéndola, aunque ella era más joven, ¿verdad?

—Claro, aquello le dio con treinta y seis años y vivió otros diez enferma. Estrella tiene cerca de setenta —aclaró Gloria.

—Era una mujer joven, como quien dice. Tenía su periodo todos los meses. La vergüenza que pasaba, la pobre, cuando tenía que cambiarla y se resistía dando tirones con la mano buena... —recordó con pena Anita—. ¡Pobrecita mía lo que tuvo que sufrir!

—¡Cuánto supuso para nosotros perderla! —añadió Gloria—. ¡Qué vacío nos dejó!

—Otros hijos tendrán algún mal recuerdo de sus madres regañándoles si se portaban mal o algo parecido. Nosotros ni eso —reconoció Juli con resignación—. Por eso todo lo que nos dio fue bueno.

—Como decía Manuel, que hasta su sombra era respetada por nosotros, del primero al último —recordó Anita con la mirada perdida en el ayer—. Teníamos asumido que ella era así y la mirábamos con esa consideración, que tampoco era pena. No sé cómo explicarlo...

—Porque sabíamos que no la cuidábamos por gusto, sino porque enfermó —añadió Gloria—. ¡Qué culpa tenía la pobre! Demasiado que llevó su calvario con resignación y nos sirvió de modelo. Yo creo que aprendimos de ella a no quejarnos.

—Si le hablábamos despacio y se lo repetíamos con paciencia, parecía entenderlo. Lo que no le gustaba eran las voces que daba el abuelo hablando. Solo ponía interés cuando le refería algo de sus hermanas de Alhamar. Una vez llegó una carta de unas primas suyas que al parecer vivían en Ronda y que no conocíamos. El abuelo la abrió, se la puso en la mano y ella, pobre, la dejó caer sobre el regazo. Yo pensé que el abuelo ya estaba chocheando. ¡Mira que la ocurrencia de darle una carta a mamá para que la leyera!

—Yo creo que le bastaba con mirarnos a la cara y sabía lo que nos pasaba —dijo Gloria —. Lo que parecía molestarle era que llegáramos corriendo a acercarnos a ella. Era como que el nerviosismo o las prisas no le sentaban bien, la alteraban. Para ella todo llevaba su calma. Necesitaba dormir tanto... Era como si la vida la agotara y tuviera que dormir para seguir viviendo otro rato más.

—El abuelo siempre se quejaba de la tragedia. De cómo era ella antes y en lo que se había convertido. Pero nosotros como éramos chicos no sabíamos cómo había sido y la aceptábamos tal como era.

—Yo le enseñaba mis cosas como si ella fuera una niña de mi edad y me daba la sensación de que le gustaba.

—Lo difícil era no poder comunicarnos con ella —reconoció Anita.

—¿Qué hubiera contestado ante cada una de esas situaciones? ¡Dios mío! —intenté imaginar—. Si tenía pena o alegría, si necesitaba algo, si quería preguntar... su comunicación con el mundo se reducía a la única palabra que podía pronunciar.

—A mí me hubiera gustado que refiriera cosas de su juventud, cómo se hicieron novios ella y papá... —se lamentó Gloria.

—Yo hubiera querido que me contara un cuento —expresó Juli sonriendo por su infantil carencia.

28

Jácara, diciembre de 1934

En diez años Alejandro y Lucía habían tenido seis hijos de los doce que él deseaba sentar a la mesa. La colección de ojos azules y verdes se hallaba a la mitad del propósito de su padre.

La pequeña Juli tenía solo cinco meses y dormía en su cuna junto a Lucía, que la mecía cuando lloraba si aún no era la hora de amamantarla. Gloria había cumplido dos años y ya destacaban sus mejillas sonrosadas, los rizos en el pelo y unos grandes ojos celestes. Aún dormía en la alcoba de sus padres, pues en el dormitorio contiguo compartían cama Manolito de ocho años y Gerardo de cuatro. Enfrente, la cama de las niñas cobijaba a Anita, que pronto cumpliría diez años y cuidaba el sueño de Estrella que aún no tenía siete.

Alejandro, orgulloso de su familia, procuraba que Lucía tuviera ayuda y compañía durante el tiempo que él estaba fuera, ya de viaje, con la contabilidad en la fábrica de Valladares o con sus propias representaciones de artículos de relojería y joyería. Por la mañana, antes de irse, él besaba con ternura a Lucía y a cada uno de los niños aún a riesgo de despertarlos, pero el rubor y el calor de sus cuerpecitos acurrucados le proporcionaba vitalidad y alegría para lidiar con los contratiempos que se presentaran a lo largo de la jornada.

Se acercaba el día de Nochebuena y, antes de arreglarse para salir, les dejó los troncos de leña preparados en la chimenea para encender el fuego cuando Lucía se levantara. Se abrigó bien y salió cuando apenas había amanecido. Una niebla densa impedía ver más allá de sus pasos, pero más tarde se levantaría para que el refrán se cumpliera: «Mañanitas de niebla, tardecitas de paseo». Alejandro encaminó entonces sus pasos hacia la fábrica de azulejos con júbilo y presteza.

Lucía escuchó la puerta de la calle cerrarse tras la salida de su esposo y, al rato, las campanadas del reloj de la torre de la iglesia que dieron las ocho. Intentó levantarse sin hacer ruido para no despertar a las pequeñas. Al incorporarse sintió un dolor muy intenso en la cabeza. Provenía de detrás del ojo izquierdo. Nunca había padecido esa aguda punzada que parecía taladrar el cerebro. Se apretó la zona dolorida con la palma de la mano y lo único que sintió fue el palpitar del ojo a un ritmo lento. Algo lacerante parecía quemarle por dentro. Se preocupó porque la intensidad del dolor no cedía. No sabía si tumbarse de nuevo en la cama o levantarse de una vez. Lo que le estaba ocurriendo no era normal. Rodó fuera de la cama y al ponerse en pie se sintió muy pesada. Se agarró a la cuna porque notó una especie de tambaleo y alcanzó a abrir el postigo de la ventana para ver si la luz del día la espabilaba. Pero la mente parecía ir por un lado y su cuerpo por otro. Sentía sus movimientos pausados, casi a sacudidas. La frecuencia de los pinchazos aumentaba en su cerebro.

Aturdida, decidió ir a la cocina a calentar agua para tomar una manzanilla. Se echó la toquillla de lana por los hombros y caminó agarrada a la pared, concentrada en mantenerse erguida por la falta de equilibrio que notaba.

Antes de llegar a la cocina, el llanto de su hijita pequeña estalló en su cabeza como un estruendo brusco y exagerado. Era un llanto de dimensiones insoportables que perforaban su zona dolorida. Intentó volver hacia la cuna pero sus movimientos se ralentizaban cada vez más.

Al reconducir su marcha, concentrada en ir a atender a la niña, sus ideas parecían aparecer y desaparecer. Cuando los pensamientos dejaban de existir, lejos de sentir pánico, encontraba una creciente sensación de paz. Dejó de recordar a dónde iba o qué tenía que hacer. Su cuerpo parecía líquido y no sólido, como un fluido que se fundía con el espacio de alrededor. Ya no escuchaba lo que ocurría fuera de ella misma y el dolor se había debilitado.

Perdió de repente el equilibrio cuando su brazo derecho cayó completamente paralizado golpeando el costado de su torso. Sintió como si se lo hubieran guillotinado.

Instantes después, su cuerpo se desplomó. Solo quería dormir y descansar.

El lloro de un rorro en aquella casa era un sonido habitual que no alarmaba a los demás hermanos. Anita y Estrella llevaban rato escuchando a Juli reclamar lo suyo, pero al comprobar que su llanto se prolongaba sin cesar, la mayor se levantó para despertar a mamá por si no la había escuchado. Al ver que mamá no estaba en la cama miró a la pequeña, destapada por la desesperación del momento. Le tendió el cobertor por encima y miró a su alrededor. La luz del corredor estaba encendida aunque ya era de día, entonces corrió a ver si estaba mamá en la cocina. Un grito de angustia escapó de su garganta al comprobar que aquel bulto en el suelo era su madre.

Aparecieron en el corredor, alarmados, Manolito y Estrella.

—¡Es mamá! —exclamó Anita.

—¿Qué le pasará? —preguntó Manolito mientras corría hasta ella.

—¡Mamá, mamá, despierta, despierta! —exclamaron los tres chiquillos moviéndola por los hombros, tocándole la cara.

Pero sus ojos no miraban ni sus oídos escuchaban. Su gesto se había torcido hacia un lado. Casi no parecía su mamá. Los llantos de Juli no cesaban y Estrella empezó a llorar a su lado. Anita y Manuel se miraron. Tenían que llamar a los abuelos. Se apresuraron hasta la puerta y el frío les recordó que tenían que ponerse los abrigos. Se cogieron de la mano y corrieron hasta la casa de los abuelos.

—¡Le ha pasado algo a mamá! —dijeron con la respiración agitada—. ¡Ven corriendo, abuela!

La abuela, al ver a los pobrecitos niños tan temprano en la calle con la bruma de fondo, sin peinar y en aquel estado de excitación buscando auxilio, dejó de migar pan en el tazón de cereales que estaba preparando para desayunar, cogió el mantón de lana y llamó exaltada a su marido y a su hija Enriqueta.

—¡Venid a casa de Alejandro, algo ha pasado! —gritó y salió corriendo detrás de los niños.

Cuando al ver a Lucía en aquel estado la abuela Ana comprendió la gravedad de la situación, mandó al niño a buscar a su padre a la azulejería y a la niña a casa del médico para que viniera a ver a Lucía.

—Abuela, mi hermanita tiene hambre desde hace ya mucho rato —le advirtió Anita al escuchar los gritos de la pequeña que no cesaban.

—Ahora le daremos biberón, hija, corre a por el médico —insistió la abuela—. ¡Di que es muy urgente!

—¡No sé por qué puerta se entra, abuela!

—¡Búscala! Que tu madre se nos muere.

La niña salió como una exhalación y se topó con el abuelo que llegó a casa junto con tía Enriqueta. Ella se hizo cargo de Juli. La pobrecita cabeceaba con la boca abierta buscando el pecho de su madre. Gerardo y Estrella, en cuclillas y gimientes junto a su madre, veían llegar a unos y otros con gesto alarmado.

Alejandro llegó justo cuando el doctor entraba a casa con el abuelo, quien había acudido en su busca detrás de la niña. Se le encogió el corazón al ver a Lucía en aquel estado y agradeció a la niebla el no haber salido de viaje.

El cuerpo de Lucía, derrengado y sin fuerza, fue depositado en la cama. La exploración médica concluyó con un diagnóstico grave.

—Apoplejía —dijo el doctor con seriedad—. A partir de ahora, hay que observar cómo evoluciona. Si sobrevive, es posible que no vuelva a ser la que era. Necesitará muchos cuidados y ayuda para conseguir algún grado de recuperación, pero es una mujer joven y esto juega a su favor. Tened paciencia ante esta nueva situación. Esto va para largo.

Lucía respiraba, vivía, pero se mantenía desconectada de la realidad. No salía de su sosegado mundo interior mientras algo sucedía en su cerebro.

29

Alejandro se quedó a solas con Lucía. Sentado junto a ella en la cama que compartían. Temía perderla. Velaba su sueño, observaba su respiración, acariciaba su rostro...

—No me dejes, Lucía —le susurraba muy cerca—. No podría vivir sin ti. Eres la luz de mi alma. Lucía de mi corazón, vive por mí, vive por nuestros hijos. ¿Qué haría yo sin ti? ¿Con quién hablaría, con quién soñaría, a quién le contaría los sinsabores de la vida? ¡Te necesito tanto! ¿Cómo podría yo dormir si no te encuentro junto a mi almohada? ¡Lucía, Lucía! ¿Quién vestirá a los niños? Yo no sé de quién es cada ropa. No sé lo que les gusta comer. No sé cómo cambiar los pañales... No sé nada, Lucía. No soy nada sin ti...

Ella dormía. Parecía no tener dolor. Pero no respondía a sus palabras. ¿Cuándo reaccionaría? ¿Tendría frío? ¿Tendría hambre? Cuando despertara le darían de comer. Seguro que la abuela estaría preparando un caldo que la entonara y Enriqueta y Carmela estarían con los niños.

—¡Despierta, Lucía, dime que estás bien! ¡Amor mío, vive! ¡Tenemos tantas cosas que hacer juntos!

Alejandro la besaba recorriendo su cara. Prefería pensar que a ella le complacía. Siempre decía que sus besos eran el aire que respiraba. Como un hálito divino que le insuflara energía vital, Lucía abrió los ojos... muy despacio. Luego los volvió a cerrar como si la luz la deslumbrara y, cuando los abrió de nuevo, parecía no mirar de la misma forma que antes.

—¡Te pondrás bien, Lucía, ya lo verás! —le dijo Alejandro emocionado al contemplar de nuevo el azul de sus ojos—. No importa lo que digan los médicos, yo estoy seguro que me escuchas. No hace falta que me respondas. Debe ser que estás muy cansada. ¡Te vas a curar, vida mía!

El ruido de los niños cuando entraron a verla pareció inquietarla. No los reconoció y solo quería seguir durmiendo.

El médico aconsejó mucho descanso. Tanto como el cuerpo le pidiera. El sueño, en la medida que fuera posible, tenía que reparar el daño causado en su cerebro. Durmió toda la tarde y Alejandro compartió su sueño, con celo, durante la noche.

Lucía permaneció en un estado de inconsciencia. Habían pasado varios días cuando ella finalmente respondió a los estímulos externos. Parecía oír a sus familiares que se aglomeraban en torno a ella para saber cómo estaba, pero evidentemente no era capaz de intervenir.

El tiempo transcurría demasiado lento y Lucía no mejoraba. Un día dio señales de querer hablar y moverse. Sentarla en la cama y cambiarla de ropa era una tarea de gran esfuerzo tanto para ella como para su familia. Poco a poco y con mucha dificultad comenzó nuevamente a alimentarse. Aprendió a tragar las cucharadas de sopa y comida en puré como si se tratara de la primera vez. Aquella mejoría debió suponer mucho esfuerzo para ella y la dejó exhausta. De nuevo necesitó dormir profundamente para reponerse.

El siguiente avance en su evolución fue declarado por Alejandro como un éxito. Lucía se puso en pie por primera vez apoyándose en él. El brazo derecho, sin embargo, continuaba débil y parecía dolerle. Su cuerpo y su mente necesitaban tranquilidad para ir retomando el gran esfuerzo que le suponía cada movimiento. En una ocasión, al observar cierto progreso, la incitó a dar los primeros pasos. Él la sostenía y ella se agarraba con la mano izquierda al piecero de hierro de la cama. Sin embargo, arrastraba la pierna derecha y el brazo continuaba desplomado. De su andar desequilibrado resultaba evidente que la mitad de su cuerpo había quedado paralizado. A pesar de ello, cada día repetían la marcha buscando asideros firmes a los que agarrar su mano. Aumentaban los pasos que la conducían hasta sencillas metas. Hoy hasta la cómoda, mañana hasta el mueble del lavabo y la próxima vez hasta la ventana...

Alejandro notaba que no estaba sorda, aunque miraba a los labios como en un intento de comprender lo que le decía. Su voz, en cambio, no tenía fuerza para pronunciar palabra alguna. Él le repetía despacio su nombre llevando la mano a su pecho y al de

ella para que se reconociera. Desconocía si lo que hacía era necesario o si, por el contrario, ella lo estaba entendiendo pero no podía expresar lo que sentía. En aquellos momentos, Lucía era lo más parecido a un niño en mantillas, y Alejandro, tras consultar al médico sobre este asunto, intuyó que habría que enseñarle todo como si fuera por primera vez. Así, le fue presentando por separado a cada uno de sus hijos y repitiéndole el nombre en tono suave. Estrella aprovechó para meter su muñeca, con delicadeza, en la cama junto a mamá, y el semblante de Lucía pareció sosegarse en señal de agrado.

Su gesto se contraía si escuchaba varias voces a la vez y se relajaba si escuchaba la voz de su amado hablándole cerca y repitiendo cada cosa con paciencia. Era desconcertante verla en aquel estado, en el que solo las expresiones de bienestar o molestia servían de guía para avanzar por un camino u otro hacia lo que hasta entonces era una leve recuperación.

Lo más importante era su propia voluntad. Durante la jornada de trabajo de Alejandro, el abuelo, un hombre fuerte y corpulento, trataba de imitar a su hijo ayudándola a caminar, pero ella no lo intentaba, se cerraba en sí misma y se resistía a hacer el esfuerzo con su suegro. Convinieron, por tanto, en que descansara durante el tiempo en que Alejandro estuviera fuera de casa, y que él mismo a su regreso se dedicaría a estimular a Lucía. De este modo, su voluntad respondía al reto que él le proponía; el sacrificado ahínco con que ella intentaba conseguir sentarse sola, balanceándose poquito a poco, se veía recompensado por la aclamación maravillada de su marido. Él nunca le refería lo que no podía hacer, sino lo que había logrado en aquel momento. Lo celebraba con la familia recordando lo que con anterioridad no había podido hacer y ahora acababa de conseguir.

Entrada ya la primavera, Alejandro llevó a Lucía a pasear a la calle. Todo le abrumaba; el ruido de los carros, los niños corriendo y gritando, la luz de la tarde, el rebaño de cabras volviendo del campo... Pero había que intentarlo. Ella agarrada de su brazo y él tomándola fuertemente por la cintura caminaron hasta la esquina para sorpresa de vecinos, que sonreían y animaban los pasos torpes e inciertos de la pobre Lucía.

—¡Ay que ver! La que les ha caído a las criaturas en la flor de la vida... —dijo un hombre mayor que estaba sentado en la puerta.

—¡Con la carga de hijos que tienen! —añadió otro.

—Menos mal que la familia de él se hace cargo de los chiquillos, porque ella no tiene en el pueblo ni hermanas ni primas que le puedan echar una mano, con la falta que les hace.

Los paseos se sucedieron, y la distancia que recorrían a diario iba aumentando, lo cual denotaba alivio y esperanza. En casa Lucía ya era capaz de llevarse la cuchara a los labios por sí misma, aunque derramara parte del contenido. Al pasar el verano, Alejandro tenía previsto llevarla al Hospital Noble de Málaga para ver si había algún tratamiento con el que mejorar su estado.

La pequeña Juli ya tenía diez meses y la sentaban sujetándola en su regazo para que le hiciera a su mamá las caricias que había aprendido mientras le entonaban la cantinela de «Misito, gatito, te comiste las sopitas de mi olla... y no me guardaste. ¡Zape, zape, zape!». Gloria se acercaba mansurrona para echarse en su pecho un ratito y mirarla sonriente. Los mayores aprendieron la forma de comunicarse con ella. Le hablaban bajito para decirle que la querían mucho, que se iba a poner buena, y le daban un beso en la mejilla.

Los abuelos se mudaron a vivir con ellos junto con el tío Matías y tía Enriqueta, que aún estaba soltera. Allí pasaban el día ayudándoles en lo que convenía en cada momento. Observaban la excitación de Lucía cuando Alejandro aparecía en casa y admiraban cómo solo él era capaz de entender los deseos de ella, mientras que los demás no lograban establecer comunicación por más que lo intentaran. Él sabía cómo hablarle, cómo preguntarle, cómo adivinar en el color de su mirada sus necesidades y satisfacciones.

Un día, para asombro de todos, Lucía, a su modo, se levantó del sillón para recibir a Alejandro que la abrazó con la ternura de quien recupera algo valioso que podría haber perdido. Por primera vez se escuchó la voz de Lucía pronunciando una palabra: «Tú».

Desde entonces, el mundo que la rodeaba, los acontecimientos que estuvieran por venir, sus necesidades físicas y espirituales, el afecto y la ternura hacia sus hijos o las emociones de amor y miedo quedaron ceñidos a la forma más abreviada en que podía expresarse mediante el lenguaje. «Tú». La vida de Lucía compendiada en una sílaba.

CARTA DE PÉSAME

Mi curiosidad no me permitía cerrar el arca y esperar a llegar a Jácara. Ya no me importaba la hora ni el calor y me decía a mí misma «solo un poco más y lo cierro».

Aparté a un lado libros que parecían de contabilidad comercial, al igual que otros documentos con membretes oficiales.

Destacaban varios sobres azules en cuya esquina, escrito en diagonal, se leía: «Arriba España». Abrí uno de ellos dirigido a tía Flora. La carta la había enviado un soldado desde el frente durante la guerra civil, y llamaba a la tía «madrinita de guerra». Le contaba allí sus pesares mediante una escritura agradable y legible, y le expresaba el desahogo que significaba para él poder escribir a señoritas que se preocupaban por sus penalidades en el campo de batalla y que rezaban por ellos mientras defendían a la patria.

«Pobres criaturas», pensé, qué tiempo más perdido aquel. ¡Cuánto sufrimiento! El miedo con el que vivimos siendo niños. Se acabó el colegio. Apenas nos dejaban salir a la calle por el miedo a las bombas, a que viéramos el horror cuando se llevaban a algún vecino casi en volandas, con las manos atadas y casi siempre para fusilarlos en la cuneta de la carretera. ¿Qué habrían hecho los pobres para merecer morir de aquella forma?

Yo sentía una pena enorme por aquellas gentes, por las mujeres a las que paseaban por el pueblo subidas en un burro para burlarse de ellas. Apenas era posible reconocerlas porque las pelaban al rape. Recuerdo el rostro desencajado de una de ellas a la que solo le dejaron un mechón de pelo en medio de la cabeza y le colocaron un lacito rojo. ¿Cómo pueden los seres humanos ser tan crueles para con sus semejantes?

Cualquier persona conocida podía ser buena o mala, de un bando o de otro, tu amigo o tu enemigo. Teníamos miedo del ruido de los aeroplanos porque los mayores decían que podían caer bombas.

Las tías quitaron de las paredes los cuadros de santos por si venían los milicianos, que no los vieran porque podían juzgar a las familias como enemigas por ese hecho.

Si nos preguntaban por Federico García Lorca debíamos decir: «No conocemos a ese señor».

¡Tantas cosas no comprendíamos!

Seguro que tía Flora había elevado sus plegarias por los remitentes desconocidos cuyos nombres figuraban en aquellos sobres azules. Empecé a rasgarlos y, junto con ellos, los renglones escritos por una juventud que aún sostenía la esperanza de la vida que dejaron, truncada entonces por la guerra. Los desechos terminaron en la basura, al igual que los proyectos de futuro de algunos de los que allí firmaran.

Mi vista se fue tras las hojas con orlas de luto. Estas parecían sobresalir por encima de los demás papeles, o al menos, se distinguían con facilidad. Quizá el dolor que albergaba su contenido me atraía por algún motivo. La saqué con cuidado, la abrí temiendo que se rompiera por el ya deteriorado doblez.

—¡Mirad quién firma esta! —exclamé, mostrándoles la rúbrica adornada con volutas.

—¡A ver! —Mis hermanas se acercaron curiosas a escudriñar el nombre.

—¡No veis, es de nuestro padre! —les señalé alborozada.

La fecha y las líneas del margen izquierdo se veían ligeramente emborronadas, sin embargo, la letra de la mitad derecha, pequeña y pareja, se leía con precisión y ayudaba a descifrar y comprender las otras palabras que parecían transparentarse y agrandarse bajo un velo morado.

—¡Ay, a ver qué dice! —exclamó acelerada Juli.

—Tengo que leerla despacio porque no es fácil —les advertí—. La fecha es del año 1922 aunque ponga solo 922, imagino que por costumbre de la época.

—En ese año no estarían ellos ni casados, ¿verdad? —dijo Gloria.

Y comencé a leer:

Jácara, 12 de junio del 922

Estimado amigo Gabriel:

Enterado de la muerte de su querido padre (q. e. p. d.) le doy el más sentido pésame y me asocio a su dolor, deseándole le dé Dios mucha salud para hacer bien por su alma en todas sus oraciones, como así mismo a sus queridas hermanas.
Sin otro particular, Dios le dé fuerzas para sobrellevar tan grande golpe y mande a su afectísimo amigo,

Alejandro

—Bueno, es solo una carta de pésame dirigida al hermano de las tías cuando murió su padre —concluí—. Cortita pero muy correcta, según el formulario de la época.
—¡Pobrecito papá! —se compadeció Anita—. Él escribiendo una carta de pésame sin saber cuántas llegarían a casa dando el pésame a la familia por su propia muerte.
—En casa no guardamos las cartas como aquí, sino allí estarían —reconoció Juli—. Al principio estorban, pero en estos momentos es grato encontrarse aunque sean unas pocas palabras escritas por él. Para mí al menos, que nunca lo conocí como quien dice... Porque ¿qué recuerdos puedo yo guardar de él si tenía un año cuando murió?
—¡Sí, hija mía, qué pequeña eras! —se compadeció Anita.
—Yo ni siquiera había cumplido los tres años —secundó Gloria—. Tampoco guardo ningún recuerdo de él.
—Puede que Gerardo lo recuerde algo, con cuatro o cinco años ya es posible tener alguna imagen —dijo Juli.
—El abuelo, siempre callado en ese tema al igual que las tías, pues qué vamos a saber nosotras —insistió Juli—. Claro que se supone que lo hacían con buena intención, porque siempre decían: «Ojos que no ven, corazón que no siente».
—Manolito y vosotras os tenéis que acordar, seguro —afirmó Gloria.
Anita y yo permanecimos calladas, ensimismadas, en tanto que los pensamientos hurgaban en los rincones más ocultos de la memoria tratando de arrastrar al momento presente las reminiscencias custodiadas por los centinelas del subconsciente, como si de los guardianes de la supervivencia humana se tratase. Esos que procuran que las experiencias dolorosas permanezcan sepultadas en lo más profundo de nuestra mente para evitarnos el sufrimiento por los acontecimientos del pasado.

30

Jácara, junio de 1935

El día que Manolito volvió a la escuela tras el suceso, sintió que el mundo había cambiado demasiado. Los dos escalones de piedra para entrar al portal enchinado de la casa del maestro donde se encontraba el aula, parecían más anchos, más brillantes. Llevaba la mirada baja, fija en cualquier punto. Su peinado con el cabello mojado y la raya al lado le daba un aspecto aseado. De su mano colgaba la cartera de cuero con hebillas metálicas que sostenía con desgana. La algarabía de sus compañeros de clase indicaba que aquel espacio y aquellos niños continuaban con el ímpetu y la alegría de siempre.

La puerta del patio, situada al fondo del corredor, estaba abierta. La claridad de la mañana penetraba iluminando la estancia y, sobre el fondo, se dibujaba la silueta alta y delgada del maestro, que avanzaba frente a Manolo con paso sosegado y seguro. La mirada del niño recorrió el pantalón gris, la correa de material, la camisa blanca y sin corbata hasta encontrarse con el rostro enmarcado por las patillas largas de don Serafín. Este detuvo su marcha y le posó su mano larga y huesuda sobre el hombro. El pequeño lo miró con unos ojos glaucos y apenados, necesitados de ternura, implorando compasión.

—Entremos, hijo —le dijo el maestro mientras lo conducía bajo su brazo protector.

El jaleo de voces cesó al detectar la presencia del maestro. Le siguió un alboroto de asientos de madera que se batían en tropel hasta que los alumnos se hubieran colocado junto a sus pupitres, de pie y con los brazos cruzados. Entonces se produjo el silencio. Don Serafín marchó por el pasillo con el niño, que se dejaba guiar. Llegados a la tarima desde la que impartía sus enseñanzas con autoridad, invitó a su pupilo a subirse en ella y dirigió su mirada al resto del alumnado para recibir el habitual «buenos días» a coro. Tras un gesto del maestro, el numeroso grupo se sentó al unísono.

—Manolito, lleva la cartera a tu pupitre y cuando la dejes allí vuelve a la tarima —le dijo el profesor a media voz.

El pequeño ejecutó la orden como un elemento más del desconcierto que le embargaba, al tiempo que sentía las miradas atentas de los demás siguiendo sus movimientos.

El maestro, en posición enhiesta, elevó su barbilla evidenciando la piel flácida de su cuello y enarcó las cejas, pobladas y blancas como su pelo. Posó su mano sobre la cabeza del chico y carraspeó antes de pronunciar con voz grave:

—Mirad, el papá de este niño ha fallecido. Un día antes de que esto ocurriera, este niño salió de aquí corriendo, como hacéis todos para llegar a casa. Seguramente, lo hizo con la despreocupación y la alegría de encontrar en su hogar la seguridad que dan un padre y una madre. Un día después, vuelve al mismo lugar pero la alegría se ha convertido en pena y el desenfado en preocupación. Como ya sabéis, tan solo tiene ocho años, sin embargo, cae sobre él una responsabilidad que, con la ayuda de otros familiares, tiene que desempeñar por ser el varón mayor de los seis hermanitos. Yo he perdido a un gran amigo —refirió al tiempo que se le quebraba la voz— y no me cabe duda de que muchas de vuestras familias también. Ha sido una pérdida para el pueblo despedir a una persona como Alejandro. He pensado que también he de enseñaros a ser hombres y un hombre ha de cumplir con el deber social de dar el pésame a sus semejantes cuando llega el momento del duelo. De tal modo que hoy, a medida que os nombre pasando lista, además de contestar «servidor de usted» pasaréis a formar una fila pegada a la pared.

Una vez los cincuenta y dos pupilos de distintas edades rodeaban las paredes del habitáculo, pasaron por delante de Manolito estrechándole la mano al tiempo que, según orden y vigilancia del maestro, decían: «Te acompaño en tu sentimiento».

Hubo el que dejó escapar una risa nerviosa por lo extraño de la situación, pero esta quedó sofocada por el cogotazo disciplinario de don Serafín.

Cuando Manolito regresó a su puesto, el gesto de su rostro se había relajado. Respiraba

confiado. Había sentido el calor de tantas manos y el susurro de los sentimientos de sus compañeros. En lo más profundo de su corazón se sintió querido. Ahora podía desabrochar las hebillas de su cartera, sacar la pizarra y el pizarrín para copiar los ejercicios de cálculo que el niño más alto de la clase copiaba en el encerado. Los aprendizajes adquirieron para él un sentido práctico. Tal vez para ayudar en casa cuando alguna de sus hermanas fuera a comprar a la tienda y él tuviera que controlar si le daban bien el cambio.

No sabía en qué consistía esa responsabilidad de la que todos hablaban y que él debería asumir como hermano mayor. Tal vez tendría que estar atento por si mamá empeoraba para avisar al médico, si la pequeña Juli lloraba porque tenía hambre o si era preciso avisar a Anita cuando necesitara un cambio de pañales. Gloria podría caerse al correr por la calle y tendría que aprender a curarle las rodillas. Más tarde, cuando Gerardo tuviera la edad de ir a la escuela, le repasaría la cartilla y las tablas de multiplicar para que supiera de letras y de números. Pero ¿qué hacer con Estrellita? Comía muy poco, tan poco que podían contarle el número de garbanzos que ingería. Era probable que el mismo temor que se respiraba en casa ante su inapetencia, formara parte también de su recién adquirida obligación. De Anita no tenía que preocuparse, ya había cumplido diez años y sabía mucho.

Aquel día, al salir de la casa del maestro, algunos niños prolongaron su conmiseración y rodearon a Manolito camino de su casa para que sintiera su cercanía y cariño.

—¿Te vienes a jugar a las bolas? —le propuso uno de ellos.

—No puedo. Tengo que ser responsable —le contestó sin saber muy bien hasta dónde llegaba el límite de su niñez y el de su nuevo papel en la vida.

31

Jácara, junio de 1935

Yo tenía siete años. Recuerdo aquella mañana. ¡La he revivido tantas veces! Deseaba olvidarla, o mejor aún, que no hubiera existido.

Me desperté en la cama de tía Enriqueta, pero ella ya no estaba ni en su lugar se notaba el hoyo hundido en el colchón de lana bajo la sábana. Me costó abrir los ojos, pegados por las legañas que parecían no curarse nunca. Me alegró pensar que la molestia pronto desaparecería. Papá me llevaba a pasar una temporada a la playa porque, según el médico, el agua del mar me haría mejorar. Por eso estaba durmiendo en la Casa de Teléfonos. Eso era... Poco a poco mi mente situaba en su sitio cada elemento que el sueño había desperdigado.

Pasé la noche en casa de los abuelos porque papá le encargó a la tía Enriqueta que me despertara temprano, que me tuviera vestida y con la leche bebida para cuando él pasara a recogerme sobre las siete de la mañana... Pero el sol entraba por los postigos entornados de la ventana. En vez de temprano, parecía tarde.

Mi vestido de manga corta para el viaje a Cartagena había quedado tendido sobre el piecero de la cama, lo recordaba bien. Mi maletita seguía junto a la puerta del dormitorio tal como la dejamos por la noche.

Pensando que tía Enriqueta pudiera estar en la cocina preparando el desayuno, me puse el vestido encima de la combinación de tela blanca con la que había dormido y bajé. Pero tampoco se encontraba allí. La mesa estaba limpia y no olía al café de cereales del desayuno. Tanto silencio me hizo sentir un extraño cosquilleo interior. Aligeré el paso para entrar en la sala de teléfonos. Seguro que el tío Juan estaría sentado en el sillón grande, hecho a su medida, conectando las clavijas de cables negros del cuadro de la centralita. Él no podía irse por muy corpulento que fuera porque no podía andar. Pero, para mi sorpresa, tampoco se hallaba donde yo supuse.

Al fin, vi a alguien. El ayudante que daba los avisos de telegramas en las casas se encontraba en un rincón, sentado en el taburete de anea. Era tan bajito y de cuerpo menudo que visto de espaldas se podía confundir con un niño. Aquella mañana tenía los codos apoyados sobre las piernas y, cabizbajo, ocultaba su rostro arrugado entre las palmas de las manos. Noté el sobresalto que dio ante mi inesperada y sigilosa presencia.

—No hay nadie —pronunció lacónico, esquivando la mirada bajo la visera de la gorra.

Ante tan contundente afirmación, no me atreví a preguntar por mi tío y salí a la calle a buscar a papá, a tía Enriqueta, al tío Juan... o tal vez a los abuelos.

¿Se habría olvidado papá de recogerme y se habría ido a Cartagena sin mí? No. No podía ser, pensé. Yo quería pasar esa temporada con mi tío, el hermano de papá, que era guardia de asalto. Lo había visto muchas veces en la foto que teníamos en casa con el uniforme puesto y el correaje. Me habían contado que tenía una prima a la que apenas recordaba y un hermano menor que ella con los que podría jugar con la arena en la orilla. Me ilusionaba ir al lado de papá en un viaje tan largo como decían que era. Me aprendí los nombres de las ciudades en las que él debía parar para hacer unos asuntos de su trabajo: Lorca y Murcia. También íbamos a dormir en una fonda a mitad de camino.

En Jácara hacía una mañana resplandeciente de primavera. Al pasar por la calle Sacristía, unas mujeres, que charlaban con el cesto de palma colgado del brazo como para ir al mercado, detuvieron la conversación y se quedaron mirándome al pasar. Claro, pensé, si ni siquiera me he lavado la cara ni me he peinado. Por eso me miran. Seguí mi camino a la vez que me alisaba el pelo y me anudaba con firmeza el lazo de la trenza que había permanecido hecha del día anterior.

Al bordear la plaza de la fuente, también advertí las miradas de las mujeres que llenaban sus cántaros fijadas en mí. Me toqué el filo del vestido por si me asomaba la puntilla de la combinación, pues sabía que en las mocitas ese descuido era motivo de comadreo. No era mi caso y, sin embargo, otra que barría con el escobón la puerta de su

casa dejó de hacerlo para llamarle la atención a la vecina señalando hacia donde yo me encontraba. Otras que se cruzaron por la acera conmigo giraron la cabeza comentando algo que no entendí, y cuando miré hacia atrás, las encontré observándome y cuchicheando.

No encontré explicación a tal conducta de los vecinos. El recorrido era el mismo cada vez que iba a la casa de teléfonos; las mismas calles, la misma plaza, y nunca me había sentido el centro de atención como aquella mañana. Empezó a dolerme el vientre y volvió el cosquilleo de antes. Eché a correr de manera impulsiva, quizá para llegar más pronto.

Al rodear la esquina vi el coche de papá parado bajo el árbol de la placeta. «¡No se ha ido sin mí!», descubrí contenta. Detuve mi carrera mientras respiraba agitada. Escuché el fragor de una multitud en tanto que me acercaba a casa y continué despacio. Un gentío ocupaba la acera, la calle y hasta la puerta de la vivienda. Me detuve para comprobar que aquella era, en verdad, mi casa. Un hombre con sombrero se inclinó para preguntarme que si yo era la Estrellita y a continuación alzó la voz diciendo que abrieran paso para que entrara la chiquilla.

Solo veía piernas de hombres como una barrera que tuve que sortear. Cuando pude penetrar en la amplia sala de la entrada donde debieran estar mamá y la abuela o alguna de las tías ayudando a que desayunaran los pequeños, tuve la sensación de haberme equivocado. Mi casa no parecía mi casa.

Una caja de muerto y cirios encendidos ocupaban el centro de la estancia. Alrededor había mujeres sentadas, serias, con vestidos negros de manga larga y velos de gasa en la cabeza que callaron al verme entrar. Olía a humo de cera y a sudor de gentes ajenas en el mismo lugar donde debía oler a leche y pañales. Me sentí confundida. La pata de la mesa donde reposaba el ataúd me sacó de dudas. En ella reconocí el dibujo torneado de su moldura que yo palpaba con mis dedos durante la comida diaria, sobre todo, cuando me insistían en terminar mi plato.

—¡Estrellita, hija, te has despertado y estabas solita! ¿Verdad, cielo?

Era la voz de tía Enriqueta la que me hablaba, aunque parecía haberse transformado en otra mujer. Se levantó de entre las mujeres sentadas en aquel siniestro corro y vino hacia mí, encorvándose para abrazarme. Su rostro con los párpados hinchados reflejaba mucha pena, y las mejillas estaban calientes y húmedas cuando me besó.

—¡Ve a darle un beso a mamá!

Repasé la hilera negra de mujeres y me costó distinguirla. La habían sentado en la mecedora y tía Carmela le arreglaba el velo. Me acerqué a ella, desconcertada. Me eché sobre su pecho como tantas veces hiciera, pero esta vez noté en mi sien su corazón palpitando tembloroso, como si aleteara tratando de alzar el vuelo. Llantos y sollozos al unísono acompasaron nuestro encuentro. Ella me dijo: «Tú», «tú», «tú»...

Tía Enriqueta me separó de mamá y me acercó a la abuela para que le diera otro beso. La pobre solo decía, con la mirada clavada en el techo: «¡Qué lástima de mi hijo, llevárselo Dios en la flor de la vida!». Una pariente a su lado susurraba: «¡Por la desesperación que tenía la criatura de ver la carga de hijos y cómo se había quedado su mujer sin servir para nada con lo que la quería!». Otra clamaba: «¡Y que no doblen las campanas ni el cura pueda echarle un responso!» Y la de al lado le respondía: «Es la ley del Gobierno de la república, mujer, ¿quién va a pensar con treinta y seis años en hacer un testamento diciendo que lo entierren con rito religioso? Él pensaba en vivir y sacar a su mujer y a sus hijos adelante, no en morir, como le ha pasado».

—¿Y el viaje a Cartagena, tita? —le pregunté bajito.

Ella negó con la cabeza y, agarrándome por debajo de los brazos me levantó hasta la altura del féretro, tal vez para que yo misma encontrara la dimensión de la respuesta a mi pregunta.

Escuché el chisporroteo del cirio y el calor de su llama. Papá estaba muy quieto, dormido y blanco.

32

Jácara, junio de 1935

Anita también se dirigió al colegio al día siguiente. Era tarde pero su puntualidad ya no importaba. Sus compañeras más íntimas corrieron a su encuentro antes de entrar en la escuela. Advirtieron que ya iba vestida de luto y que sus ojos claros interrogaban al cielo acerca de aquella brecha que había partido su vida con un abismo entre el antes y el después. Su andar pausado parecía soportar la carga que la vida le había echado encima sin haberle preguntado si se encontraba preparada para llevarla. No portaba nada en las manos que le colgaban de los brazos como dos pesas equilibrando su cuerpo.

—No traes tus cosas, Anita, ¿quieres que vuelva contigo a tu casa para recogerlas? —le dijo una de sus amigas mientras posaba una mano en su hombro.

—No. No las he olvidado, es que ya no me harán falta —le contestó con gravedad ante la expectación de las otras dos niñas que la miraban con extrañeza.

Otra la cogió del brazo y la tercera le dio la mano. Muy juntas, cobijaron el cuerpo de niña cubierto de telas negras y caminaron los pocos pasos que quedaban hasta la puerta de la clase de doña Teodora, aún abierta.

El olor tan peculiar del aula la reconfortó con un regusto de complacencia por los momentos de dicha compartidos allí. Pero las imágenes vividas durante esos dos días que faltó al colegio la zarandeaban con tal fuerza que le hacían clasificar cada acontecimiento para situarlo en el antes y el después. Sus días en aquel recinto, con aquellas niñas de su edad y con la maestra, a la que ahora se acercaba lentamente, habían concluido porque el propósito que la llevó hasta allí no era otro que despedirse de doña Teodora.

Con el corazón encogido y la garganta apretada, avanzó hasta que fue abrazada por su maestra. Recostada sobre su pecho mullido, Anita hipó una y otra vez sin poder pronunciar lo que en casa le habían encargado que dijera.

—Doña *Tedora*, Anita no trae sus cosas —comentó la amiga.

—Maestra, me parece que no va a venir más —añadió otra.

El corazón de Anita latió acelerado y los sollozos se escucharon ante el silencio del grupo de niñas que de sobra comprendieron cuáles eran las prioridades de la vida familiar.

Doña Teodora la separó de su cintura y le levantó la barbilla mojada por las lágrimas.

—¿Es eso cierto, Anita? ¿No vendrás más al colegio? —interrogó la maestra mirándola a los ojos. La niña afirmó moviendo la cabeza.

—Tienes que ayudar en casa, ¿verdad?

Anita asintió de nuevo. El temblor de su barbilla y su rostro atribulado dio muestras de lo que suponía para una niña aquel ingente paso que la vida le obligaba a dar.

—Cuentas con los abuelos que te irán orientando y aconsejando en los quehaceres y el cuidado de tu mamá y de tus hermanitos, ¿verdad? Y las hermanas de tu papá, que tanto os quieren, van a estar para todo cuanto necesitéis, ya lo verás... —dijo doña Teodora, conocedora de la situación familiar a la que debía enfrentarse su pupila.

Anita reconoció como una verdad auténtica lo que le decía la mujer buena que, además de enseñarles, quería a las niñas y se preocupaba de sus penas. Recorrió con la vista el encerado. Arriba a la izquierda aparecía escrito «Jácara», el nombre del pueblo que nunca se borraba, y a la derecha, «lunes 3 de junio de 1935», la fecha del día que dejó de ir a la escuela. Respiró hondo y, con el entrecejo fruncido y aceptando su destino, se dispuso a retirarse.

—Doña *Tedora*, ¿le doy su bastidor de bordar? —preguntó una alumna de las mayores.

—Sí. Puedes dárselo —contestó la maestra—. Vuelve siempre que quieras, Anita.

Ella volvió la cara hacia su profesora con una incipiente sonrisa y, abrazada al bastidor con la aguja clavada en el tejido de esterilla, encaminó sus pasos hacia la salida.

Cuando al cerrar la puerta detrás de sí sintió la madera hosca encajando sobre el

marco, Anita dejó atrás la niñez para atravesar el umbral de una precoz vida adulta. Dejaba los juegos y todo cuanto le quedaba por aprender para introducirse en un papel que aún no le correspondía. En adelante, su entretenimiento consistiría en cuidar a sus hermanos pequeños, alimentarlos y asearlos... Sus aprendizajes irían enfocados a preparar comida y llevar un hogar que había quedado cercenado por la desdicha.

Lo que más deseaba era que su mamá se restableciera un poco. Aún no la habían levantado de la cama desde que la acostaron después del ataque que sufrió.

Las imágenes que habían contemplado sus ojos quedaron atascadas en su memoria sin posibilidad de avance ni retroceso. Se contaba a sí misma la historia una y otra vez:

«Los tres pequeños ya estaban acostados. Aquella noche se había encargado de ellos tía Enriqueta. Antes de irse a su casa, con Estrellita de una mano y su maleta en la otra, me encomendó que estuviera atenta por si alguno de ellos se despertaba. Mamá y yo estábamos en casa cuando papá entró con la cara descompuesta y muy mal color. Se llevó la mano al pecho y con fuerza se tiró de la camisa desabrochada hasta que cayó a plomo, quebrándose como una caña de maíz. Mamá trataba de levantarse del sillón pero no podía. Yo no sabía a cuál de los dos acudir. Nunca había visto a papá caído con aquel gesto desesperado por el dolor. Cuando fui hacia él y me agaché para levantarlo, supe que no podía con él, y que con decir: "Papá, papá... ¿qué te duele?", no iba a solucionar nada.

Desde que, hacía solo unos meses, tuve que buscar al médico cuando mamá quedó paralítica, aprendí para siempre dónde encontrar al doctor ante un caso de gravedad, entonces salí corriendo hacia su casa. Su mujer me dijo que no había vuelto aún de visitar enfermos de la calle, pero que mandaría a buscarlo. Volví a casa y mamá también estaba en el suelo arrastrándose, exasperada porque no podía llegar hasta papá. Corrí a avisar a los abuelos como la otra vez y me encontré al tío Matías con las manos en el manillar de su bicicleta, caminando junto a ella y a Manolito, que iba sentado en el portaequipajes. Regresaba de pasearlo y lo llevaba de vuelta a casa.

Al verme corriendo tan de prisa, imaginó que era mamá que habría empeorado, y aceleró el paso. Bajó a Manolito de la bicicleta y se subió en ella para ir pedaleando y llegar más rápido. Manolito y yo nos agarramos de la mano y corrimos detrás.

Encontramos a papá y mamá tirados en el suelo. Él seguía inmóvil, en el mismo lugar. Mamá, arrastrándose en su intento de llegar hasta él, trataba de alargar su brazo bueno para tocar la mano de él, ya muerto...

El tío Matías buscó socorro en los vecinos. Unos para ayudar a levantar a papá y a mamá, otros para buscar al médico, algunas mujeres para avisar a las tías y a los abuelos.

Cuando el médico se puso en pie después de hacerle pruebas de vida, se dirigió al abuelo y al tío Matías, clavó los ojos en las tías que trataban de incorporar a mamá, y les dijo: "Vamos a atenderla a ella. Por él ya no podemos hacer nada más. Ha sido el corazón".

La abuela y las titas lloraban sin consuelo después de sentar en su sillón a mamá, que se resistía angustiada. El abuelo y el tío Matías alzaron a papá del suelo como si fuera un fardo y lo pusieron sobre la mesa del comedor. Allí se quedó *muertecico*, con su cara de bueno y su reciente corte de pelo a cepillo.

Manolito y yo nos abrazamos a mamá, que ni siquiera era capaz de pronunciar: "Tú".

Dormimos en casa de nuestros vecinos, los que comunicaban por la tapia de los corrales. Con ellos permanecimos durante el día del velatorio. Por la tarde escuché gritos y llantos desgarrados procedentes de mi casa y escapé hacia ella atravesando el pasadizo secreto que los niños teníamos para juntarnos a jugar de un patio a otro.

Estaban cerrando la tapa del ataúd. Cuatro hombres lo levantaron para sacarlo a la calle. Dos mujeres sostenían a mamá con la cabeza caída, la abanicaban y ella también parecía muerta. Yo escuchaba expresiones alarmadas de voces anónimas que entre el gentío que esperaba la salida del cadáver exclamaban: "¡A ella le ha dado un ataque! ¡Será que le ha repetido lo mismo que le dio la otra vez! ¡Verás, si vamos a enterrar a los dos a la vez!"

Tales augurios resonaron en mis oídos, insistentemente, estrujándome el corazón».

El AUTÉNTICO TESORO DE ALHAMAR

Mi mente escudriñaba recuerdos y mis manos los documentos de la arqueta. Antes de romper otra carta, me sonreí al ojear el mismo encabezamiento repetido una y otra vez como un formulario que se transmitió durante generaciones. ¡Qué tiempos aquellos...! Este decía:

Jácara, 17 de octubre de 926

Mis queridísimas hermanas:

Deseo que al ser esta en vuestro poder os encontréis en perfecto estado de salud. Nosotros quedamos bien, a Dios gracias.

Desdoblé el papel para romperlo con más facilidad, y por unos segundos mi intención se detuvo ante la ternura que desprendían algunas de las palabras que iban a ser destruidas para siempre.

Sentí la aspereza del papel pajizo entre mis manos y a la vez la fragilidad del plegado de la carta escrita a cuatro caras. Busqué la última de ellas para ver quién firmaba tan delicada correspondencia. Mi corazón se desbocó, pues entré en la casa buscando una carta que no encontré y, sin embargo, había hallado otra de un valor sublime.

Miré a mis hermanas, ocupadas en recoger el estropicio que habíamos ocasionado durante la mañana. Anita amontonaba en una caja las postales y cromos ya seleccionados. Juli ahuecaba el saco de plástico antes de anudarlo y Gloria se afanaba en completarlo con restos de papel. En aquel momento, se encontraban ajenas aún al pálpito que se estaba apoderando de mi ser.

Mis manos temblaban y el sudor me resbalaba por las sienes. Centré la mirada en la letra cursiva de impecable caligrafía con una mezcla de entusiasmo y desasosiego. Mi vista devoraba cada palabra con la avidez de un sediento; con cada renglón mi mandíbula se apretaba. Mis labios trémulos sentían la calidez de los afectos perdidos. Me sentí niña. Sin embargo, necesité un asiento donde reposar mi cuerpo desequilibrado por la conmoción.

—¡Es mamá! —alerté fuera de mí.

Mis hermanas reaccionaron al sobresalto impreso en mi voz y sus miradas desconcertadas se clavaron como alfileres en mí. Cuando las tres centraron su atención, me puse en pie con la carta en la mano, consciente de la trascendencia que iba a suponer para ellas, como lo estaba siendo para mí.

Leí en voz alta la carta que sostenía entre mis manos.

Jácara, 17 de octubre del 926

Mis queridísimas hermanas:

Deseo que al ser esta en vuestro poder disfrutéis de una completa salud. Nosotros quedamos bien, a Dios gracias.

Mientras contestáis a la mía, os escribo estas letras porque sé que os alegrará saber de vuestros hermanos y sobrinos. No podéis imaginaros lo monísima que está mi hija. Algo daría porque estuviéramos en esa para que disfrutarais viéndola y oyéndola con su lenguaje, pues es una monería. Para decir «sé», dice «si babo», pero con una cara que es para estar a su lado. A pesar de hablar claro, quien más la entiende soy yo y algunas veces tengo que decirle sí o no, porque me lo repite dos o tres veces y me quedo en ayunas. Esta noche estaba sentada en la mesa con una muñeca china que le regaló un viajante. La había desnudado para dormirla y al tiempo que la mecía le cogía la mano a la muñeca para persignarla, rezándole el «Bendito», pero como si fuera una grande, sin equivocarse. Dice que cuando se ponga su abrigo, sus zapatos blancos y la

medalla de oro que le ha traído Valladares de Madrid, que va a ir a la estación a esperar a sus titas, que la niña ya está guapa.

Quiere mucho a su hermanito y de tanto como lo quiere, muchas veces le hace llorar. Tiene una memoria buenísima. Sabe los dos apellidos de sus abuelos, los de sus titos y los vuestros. A sus titas Rosario y Flora no se le pasa un día que no las nombre tres o cuatro veces, y siempre que se ve los vestidos que le mandasteis se mira por detrás y dice: ¡Atito, mira que apa está a ñiña! Ella quiere que Manolito entienda lo que ella le habla. Luego le chilla diciéndole: «¡Ay qué asoso eres, ñiño Atito!». Ya os digo que es una monería y no tiene cosas de su tiempo.

Mi hijo ya mete el labio para llamar a su papá y, tan bueno como era, se ha vuelto muy revoltoso, pues no quiere nada más que jugar y que lo echemos por alto. Está muy hermoso y cada día que pasa, más guapo. Ya también sabe comer, pues todas las mañanas le hago dos galletas María hervidas con leche.

Espero me contestarás pronto, Rosario, y cuéntame muchas cosas.

Alejandro no sé cuándo irá por esa, pues hace tiempo que está queriendo ir a sus asuntos y visitaros de paso. Por si pasan los días y mi esposo no os ve en persona, tengo que daros la noticia de que estoy de nuevo en estado. Tenedme presente en vuestras oraciones a ver si sigue todo adelante y lo que venga, nace lo mismo de bien que los otros dos.

Sin más por hoy, recuerdos de mi familia, muchos besos y abrazos de mi hija, las caricias de mi niño, y vosotras mis queridas hermanas, sabed que os quieren vuestros hermanos,

Alejandro y Lucía.

—¡Es como si mamá nos hablara! —dijo Juli con los ojos saliendo de un sueño ancestral.

—¿Esa carta dices que la escribió mamá? —interrumpió Gloria confundida.

—¡Sí...! —respondí con perplejidad dirigiéndome a mis hermanas—. ¡Mirad la firma al final, «Alejandro y Lucía»!

—Si firma Alejandro y Lucía, la escribiría papá —adujo Gloria turbada—. De él sí tenemos entendido que escribía y sabía de cuentas, pero ¿mamá? ¡Cómo iba a escribir mamá una carta!

Anita, la primogénita, tensó el rostro ante las miradas inquisitorias de Gloria y Juli. Las dos menores buscaban en ella la confirmación del hecho.

—En esa época las mujeres no hacían nada sin contar con sus maridos. Tal vez por eso esté firmado por los dos —dijo Anita.

—Gloria, piensa en nuestros maridos... Por más que quieran a nuestros hijos, ¿te los imaginas contando sus cosas de la manera que ahí está escrito? —dijo Juli, con la voz quebrada y las mejillas empapadas de lágrimas—. Eso no está escrito por un hombre. ¡Eso solo puede haberlo escrito una madre!

—Me acuerdo de esa muñeca y de la medalla de oro que me trajo Valladares de Madrid —dijo Anita estremecida. Se sentó en la mecedora, cruzó los brazos en actitud esperanzadora y, azorada, me pidió que la leyera otra vez.

No pudieron escuchar de nuevo mi lectura al completo porque los sollozos espontáneos de sus llantos perturbaron el sonido de mi conmovido hilo de voz.

—¡Ay, mi mamá! Cómo imita el habla de Anita, que parece que la estás escuchando mismamente tal cual hablan los niños de esa edad. Ser capaz de todo eso y nosotras creyendo que era un *mueble* —dijo enternecida Juli.

—¡Llevas razón! ¡Cómo podía redactar tan bien y tener esa letra tan primorosa! ¡Decir lo de las galletas María hervidas en leche! —advirtió Gloria realzando tan particular detalle.

—Cuántas capacidades tenía ocultas y se llevó a la tumba sin que sus hijos pudiéramos valorarla ni apreciarla como ella era realmente. ¿Qué sentiría nuestra madre al ver su inteligencia encerrada en una urna y sus labios mudos? —me atreví a decir en voz alta lo que toda la vida pensé sobre mi mamá.

—Pues todo eso nos perdimos —concluyó Anita—. Desde aquella noche que murió papá, ella se convirtió en una viuda con seis hijos, que ni tan siquiera podía cuidar de sí misma y mucho menos de nosotros con la guerra civil que vino a continuación. De

haberle pasado en tiempos como los de ahora, tal vez habría mejorado con rehabilitación y con tantos adelantos como hay hoy en día. Ella no se curó de su enfermedad y nunca más volvió a salir de casa hasta su muerte.

Los latidos de mi corazón retumbaban en todo el cuerpo mientras veía a Gloria abrazarse a Juli con un llanto abierto, sin pudor. Una lágrima goteó sobre el último párrafo y al secarla volví a leerlo.

—¡Virgen Santa, cuánto te agradezco que hayas puesto esta carta en mis manos! —dije con toda la fuerza de mi alma, sintiéndome protagonista—. ¡Era yo! ¡Era yo la que estaba en su vientre! ¡Yo, que soy la tercera!

No me pude sentir más dichosa. Mi madre hablaba de mí y ya pedía a sus hermanas que rogaran a Dios en sus oraciones por la diminuta criatura de sus entrañas.

Anita permanecía sentada y el movimiento de su pecho oscilaba al ritmo de sus gemidos. Los párpados, arrugados por la edad, se hundían en profundidades que parecían transportarla a otro tiempo.

Manuel y Gerardo subieron la escalera a la velocidad que sus vetustos cuerpos les permitieron.

—¿Qué os pasa a todas? —exclamó Manuel alarmado—. ¿A qué vienen estos llantos?

Ninguna de las cuatro estaba capacitada para explicar con la razón lo que nuestro corazón sentía. El llanto, como una paradoja, expresaba la alegría inmensa que mana de la felicidad.

—¡Están como magdalenas! —exclamó Gerardo con el rostro desencajado bajo su pelo blanco y abundante.

Anita no podía responder y yo solo acerté a enseñarles la carta y a pronunciar la palabra: «mamá».

Manuel abrió los ojos tras los cristales de sus gafas, relajó las facciones y contempló el sentimiento que sus hermanas estaban desahogando. Seguramente, pensó, que algo grandioso debía haber ocurrido. Se sacudió las manos en el pantalón y sacó del bolsillo de su camisa la funda con las gafas para ver de cerca que se cambió con las que llevaba puestas. Tomó entre sus manos el pliego que le estaba tendiendo. Miró la firma y esbozó una leve sonrisa seguida de un suspiro de profundo bienestar. Gerardo se situó junto a su hermano que volteó la hoja doblada y comenzó a leer en silencio la pulcra letra manuscrita a pluma. Su ensanchado abdomen se contraía con emoción queda. Emitía suspiros, tragaba para liberar el nudo de su garganta y parecía sonreír reviviendo, como protagonista, los mimos que hacia él detallaban las palabras de su mamá.

Cuando terminó su lectura, la volvió a doblar y se la entregó a Gerardo, que la leyó moviendo los labios y compartiendo con sus hermanos una gloria que también desconocía.

Anita, ya en pie, se sintió reconfortada con el brazo de Manuel sobre sus hombros. Yo recliné mi cabeza en el pecho de este. Gloria pidió un pañuelo y Juli le secó la cara con el suyo, luego se acercaron a los tres mayores. Gerardo consoló a Juli con un beso en la mejilla ardiente, que contrastaba con el azul acuoso de sus ojos.

—Hace escasos minutos os llamábamos para mostraros el «tesoro» que habíamos hallado Gerardo y yo escondido tras un ladrillo. Pero este es el auténtico tesoro que la casa guardaba para nosotros —expuso Manuel alzando la carta en el centro de seis corazones que palpitaban acelerados de puro amor.

EL REGRESO

Manuel y Gerardo bromearon sobre si estarían robando las piezas de la cama antigua de hierro, mientras la bajaban entre los dos para colocarla en la baca del coche y amarrarla con seguridad hasta llegar a la casa de Anita en Jácara.

Encontrar la carta de mamá nos había dejado anonadados. Incapaces de seguir revisando nada más. Cualquier otra cosa resultaría ridícula frente al más preciado hallazgo de nuestras vidas.

Nos movíamos despacio, sin determinación. Colocamos las sillas en su lugar. No hablábamos. Cada una recreaba su mundo interior con una mirada plácida y una expresión enigmática, invadidas por una sensación tan agradable como extraña.

Entre nosotras, que desconocimos los afectos de una valiosa madre privada de todo tipo de lenguaje, Dios quiso establecer un puente de amor que nos acercó a ella. Estaba construido con todas las palabras inteligibles que no nos pudo susurrar, con las que no nos pudo advertir, ni aconsejar, ni tan siquiera mimar.

Descubrir que nuestra madre tenía esa capacidad de sentir y amar a sus hijos, esa forma de expresar sus sentimientos maternales nos dejó henchidos de gozo. La singular belleza de su alma nos fue revelada en todo su esplendor.

¡Qué pasión y delicadeza en los detalles que describía! Era como poder ver, después de una vida de ceguera. Oír tras haber transitado ausente un mundo sin sonidos. Hablar con tonos y melodías tras estar sometido a una vida callada. Nos pareció un encuentro con la luz divina después de vivir, gimiendo y llorando, en la oscuridad de un valle de lágrimas.

¿Cómo puede un ser humano asimilar tanta grandeza de repente?

Tal vez los afectos maternales, de los que carecimos y que creímos inexistentes, hoy habían cobrado presencia capital. Nadie pudo ser más feliz aquel día que nosotros. Seis hermanos que sintieron el cariño esencial de su madre hablándoles con la voz impresa en las letras de una carta olvidada.

Manuel nos avisó desde el portal que ya habían terminado de atar con guita la cama. Ante nuestro silencio, subió a ver si es que de nuevo habíamos irrumpido en llanto. Al contemplarnos, él mismo se contagió de la expresión nueva que emanaban nuestros rostros. No deseábamos quebrantar aquella unión mística, cercana al éxtasis, que parecía elevarnos a otra dimensión.

—¡Vamos, que es la hora de una cerveza! Yo estoy ya frito con tanto calor —voceó Gerardo desde abajo.

Y rompió la magia. Era necesario. Lo sublime no puede ser duradero.

Me puse en marcha para dirigirme hacia el ala de dormitorios y los demás parecieron despertar a la realidad que nos apremiaba.

Cerré la ventana del patinillo y el espacio que fue mi dormitorio quedó a oscuras. Después de haber dormido en tantos lugares a lo largo de mi vida y de haber visto donde lo hacía otra pobre gente, consideré que la vida me había ofrecido un placentero lecho. Una última mirada me hizo sonreír al ver iluminado el barrote del cabecero al que solía atar mi mano.

Las cajitas de hojalata, las de madera, las medias de costura, los cromos de ángeles y los perfumadores de color azul los llevé a las cajas grandes de cartón dispuestas en el gabinete, y luego volví para recoger mi cartera del colegio con los cuadernos.

Cerré los balcones de los dormitorios de mis tías y del tío Cebrián. Los sueños, la generosidad o la avaricia que en ellos se forjaron, quedaron de nuevo condenados a la oscuridad.

La mesa del gabinete quedó vacía. Ya se habían llevado lo que dejamos seleccionado. Cerré ese balcón y de nuevo me golpeé la espinilla. Seguro que era el gramófono, pero ya no me interesaba. Era como un viejo amigo que quiso despedirse del mismo modo en que me recibió.

La claridad y el bochorno bajaban como una lengua del terrado. Subí con prisa a cerrar las puertas, corrí los cerrojos y bajé despacio, porque el contraste del sol con la

oscuridad que se iba adueñando de la casa podía provocar un tropiezo.

Quedaba por cerrar la sala. La recorrí con la vista. Ni siquiera nos habíamos fijado en el aparato de radio sobre la repisa, con lo que supuso en otro tiempo. Cerré las puertas de celosía de las alacenas. Ya no olían a pescado, ni había gato listo atento a que le ofrecieran el boquerón. En sus baldas quedaban botellas de cristal rizado y el frasco de echar las guindas en aguardiente. En su interior brillaba algún objeto que volqué en la palma de mi mano. Era un reloj de bolsillo con cadena plateada. No recordaba a quién pudiera haber pertenecido. Apreté el resorte y en su interior guardaba una moneda de los amadeos. El dinero había perdido su valor y las agujas llevaban demasiado tiempo paradas en el olvido. ¿A quién podría interesar ni una cosa ni la otra? ¡Con lo grande que era el mundo y la de cosas importantes que se habían hecho desde que el reloj se paró!

Un saco de arpillera y otro de los de abono se mantenían de pie, atestados de objetos inútiles preparados para el contenedor de basura. Lo deposité allí.

—Si queda algo, ya volveré yo mañana a recogerlo —prometió Manuel.

Mis hermanas habían bajado. Las escuchaba tratando de ayudar a Manuel a ubicar las cajas y la arqueta dentro del amplio maletero de su Renault.

—¡Vamos, Estrella, ya está todo cargado! —me dijo Juli desde abajo.

Terminé de cerrar el balcón preferido de tía Flora, desde el que veía la plaza donde estaba el antiguo hospital, sin adivinar, por entonces, que aquel edificio sería su última morada en este mundo. También aseguré el pestillo del otro balcón, donde yo esperaba el regreso del abuelo, que nunca volvió.

La puerta acristalada del patinillo y la de la calle dejaban ingresar una tenue luz a la escalera que, posiblemente, bajaría por última vez.

En la puerta, cubierta de polvo, que daba acceso a la zapatería del tío Cebrián, antes mercería de tía Rosario, Juli escribió con el dedo: «Adiós». Se rio mirándome con un gesto travieso ante lo irremediable, y yo también sonreí.

Ayudé a Manuel a encajar la puerta principal de la casa para que pudiera cerrarla y, con esfuerzo, pudo dar una vuelta a la llave. El pasado quedó sellado con broche de oro.

Respiré hondo y me sentí liberada y agradecida. Consideré que mi estancia en Alhamar solo había sido un tramo del camino que cada uno elegimos recorrer de un modo diferente. El destino me había mecido entre aquellas paredes, conduciéndome a una vida, tal vez, especial.

En el coche comenzamos a bajar la pendiente de la calle despacio. Gerardo había llamado a Jácara desde una cabina telefónica para avisar de la tardanza, y junto con Anita y Gloria, que se encargaron de tirar la basura, nos esperaron al lado de los contenedores frente a la residencia.

Eran las tres de la tarde y los ancianos estarían echando la siesta. No debíamos interrumpir al personal y, por eso, no entramos a despedirnos de tía Flora. Tal vez mañana, pensé, Manuel me traería de nuevo a Alhamar para despedirme de ella antes de irme al otro lado del océano.

El coche no tenía aire acondicionado, y por las ventanillas abiertas penetraba un aire ardiente propio de la canícula.

—Estos días de finales de agosto suele haber tormentas. ¡Ojalá que no os pille ninguna en vuestros viajes de vuelta a casa! —dijo Manuel por romper un silencio solo interrumpido por el cantar de las chicharras y el motor del vehículo.

Nuestra particular tormenta necesitaba reposo para asentar la agitación producida por los encuentros con el pasado. Habían aflorado las carencias y los contrastes de un periodo convulso de nuestra existencia. Callamos para dejar que la imaginación recreara lo vivido en aquella singular jornada.

En el espejo retrovisor vi los ojos de Manuel, fijos en las curvas de la carretera con su responsabilidad siempre a cuestas. Era la misma mirada verdosa y humilde con que me despidió a la puerta del convento, confiando en que lo llamaría si lo necesitaba.

A su lado, Gerardo, siempre a la sombra de su hermano mayor, como si del padre que no tuvo se tratara.

Una sonrisa imperturbable permanecía en el rostro de mejillas rosadas de Gloria.

Anita, con su aire de satisfacción en el semblante, entornaba los ojillos tranquila de que todo estaba hecho.

Nacer y crecer en un mar de dificultades creó una cadena de amparo, cada hermano tendió la mano al otro. Nuestra unión era un potente imán que irradiaba paz y bondad. La semilla de amor de nuestros padres, Alejandro y Lucía, se engrandeció más de lo que ellos mismos pudieran haber soñado. Nos habían transmitido el legado más noble: tolerancia, compasión y capacidad para amar.

De nuevo, miré por la ventanilla. Todo había terminado. Hasta el miedo al encuentro con el pasado.

Manuel, como leyéndome el pensamiento, arrancó a cantar una de Gardel:

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
(...)
Volver
con la frente marchita
las nieves del tiempo
platearon mi sien.

Cada uno se incorporó al coro, según recordaba la letra de la canción y podía deshacer el nudo de su garganta. Yo movía los labios. No me salía la voz.

EPÍLOGO

Sor Alejandra fue trasladada por la Congregación a España cuando, por su edad y su salud, no era conveniente que siguiera de misionera en América. Había vivido intensamente. Su entrega a los enfermos en los hospitales la llenó de gozo.

Volvió a Granada, al antiguo convento donde ingresó.

Una tarde recibió la visita de un señor mayor, acompañado de su nieta que lo había traído en coche. Se presentó como el niño que su tío Gabriel tenía de aprendiz en el estanco de Alhamar. Su nieta había localizado por internet a la persona que su abuelo tenía tanto interés en encontrar.

Sentados en un banco de piedra del jardín, le contó que nunca tuvo una tienda, que empezó de cartero en el pueblo y después lo destinaron a Almería, donde conoció a su mujer y formó una familia con tres hijos y siete nietos.

Le dijo que, aparte del aprecio y el buen recuerdo que tenía de ella y de su infancia en la tienda, también tenía una espina en el corazón y que para un oficial de correos lo más importante era que las cartas llegaran a su destino. Le contó que en sus comienzos en Alhamar hubo una carta que no pudo entregar pero que él guardó siempre.

Se metió la mano en el bolsillo interior de la cazadora y buscó un sobre. Sacó por la abertura, con la torpeza de sus dedos, otro sobre doblado, antiguo y pajizo, con los bordes de colorines como los de correo aéreo. Le entregó la carta que, al desdoblarla, crujía. Señaló la dirección escrita a nombre de Estrella. Le contó que su tía no quiso aceptarla, que le dio dinero para que la devolviera, pero que él nunca lo hizo; que sabía quién era el remitente, que también lo había apreciado mucho en aquella época. Que Dios, que era sabio, sabría lo que tenía que hacer en aquellos entonces, porque hoy las cosas hubieran sido de otra manera.

Aquel hombre le dijo a sor Alejandra que quería tener su conciencia tranquila. Y que tarde y anciano acababa de cumplir con su deber y ya podía morir en paz.

Ella quedó cabizbaja con la carta cerrada entre sus manos. Leyó en la solapa: Ernesto Camino López. Se quedó pensativa. Nunca había recibido noticias suyas. Tal vez se tratara de la carta que tanto esperó y que tampoco encontró en la casa de Alhamar. Tan solo una vez, hacía bastantes años, en un librito que publicaron sobre las misiones de la Iglesia católica, había visto que aparecían los nombres de todos los misioneros españoles y los continentes del mundo donde ejercían su labor apostólica. Allí aparecía el nombre de Ernesto, en África, y el de Estrella, en América.

Cuando despidió al viejo amigo y a su nieta por la entrada lateral del convento, junto a las rejas cubiertas de rosales trepadores, sor Alejandra rompió la carta en pedacitos y los arrojó a una papelera cercana. Ya no necesitaba las palabras que alguna vez anheló recibir por parte de un hombre. Las había tenido siempre a través de Dios que es el amor universal.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores cero; Mercedes, Gemma, Paloma, Celeste, Alejandro, Arely, Genoveva, Carmen, Amanda, Ángela y Clara por prestarse a leer una historia en fase rudimentaria. Gracias a vuestras valiosas opiniones la novela hoy es mejor.